

La Esfera



ATENEODE
BIBLIOTECA
MADRID

Suscríbese á

EL SOL

Lea usted

EL SOL

Suscríbese á

EL SOL

en combinación con su Biblioteca, que ha
publicado ya los siguientes volúmenes:

- I. «Carmen», por Próspero Mérimée.
 - II. «Viajes y recuerdos», por Vicente Vera.
 - III. «El eterno marido», por Dostoievsky.
 - IV. «Postfigaro» (artículos inéditos de Mariano José de Larra, primera serie).
 - V. «La monja alférez», por Catalina de Erauso.
- Volumen sexto, último que se ha repartido á los señores suscriptores:

Stepanchikovo, por Dostoievsky.
(Traducción de R. Baeza)

EN PREPARACIÓN:

- «Postfigaro» (segunda serie de artículos inéditos y no coleccionados, de Mariano José de Larra).
- «Rojo y negro», por Sthendal.

Todos estos tomos pueden adquirirse también en todas las librerías, al precio de 1,50 pesetas ejemplar.

Sección de colocaciones de

EL SOL

CONVIENE: A los que solicitan trabajo. A los que necesitan empleados ú obreros.

¡Acudid á la Sección de colocaciones de EL SOL, Príncipe, 2, Madrid, y leed diariamente en EL SOL las operaciones que realiza!

EL SOL

Redacción, Administración y Talleres: Larra, 8. Teléfonos: J. 44, J. 517 y J. 518.—Sucursales: Madrid, Príncipe, 2. Teléfono M. 2.156.—Puerta del Sol, 6, librería de San Martín.—Barcelona: Rambla de Canaletas, 9.—Oviedo, (para toda Asturias): Pilares, 12, edificio Ojanguren.

EL SOL



CASA CAMPOS
NICOLÁS M. RIVERO, 11
MADRID

HELIOS

Para Navidad, nada más sugestivo
que un **PIANO MANUAL**
Su valor artístico es incomparable

FÁBRICA DE CHOCOLATES

BOMBONES

ARTÍCULOS

propios para regalos
de Pascua:

Preciosas Cestas



Bronces



Porcelanas



Cajas para bodas



Champagnes



Vinos



Mazapanes



Turrone



Cajas de frutas



Poulards



*Oporto, Burdeos,
Borgoña, Jerez,
etc., etc.*



EMILIO GONZALEZ
(Sucesor de Venancio Vazquez)

Carrera de S. Jerónimo, 29 y Claudio Coello 14 MADRID

J. ESTRADA

PEELE



CARLOTA PAISANO, hermosa tiple

Fot. Walken

Los preparados "PEELE", Lociones, Cremas, Polvos, Pastas, Coloretos, Tinturas, Depilatorio, Elixires, Esencias, Colonias, Jabones, etc., etc., tienen fama mundial por su incomparable calidad y por sus efectos higiénicos, no conteniendo ninguna substancia perjudicial á la epidermis ni á la salud

De venta en todas las Perfumerías,
principales Farmacias, y en la



CASA PEELE MADRID
CARRERA DE SAN JERONIMO, 40

¡¡EUREKA!!



*Es el mayor establecimiento
de calzado y el más surtido
de
España*



¡¡EUREKA!!

*Especialidad
en calzado*

Americano



¡¡EUREKA!!

**ES EL MEJOR
:: CALZADO ::**

NICOLÁS M.^A RIVERO, 11-MADRID

La Esfera

Año VI □ Número extraordinario

Precio: Una peseta

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



ROSA, cuadro de Eugenio Hermoso, que se conserva en el Museo de Arte Moderno



DE LA VIDA QUE PASA
LOS DOCE ARCADUCES



Los doce arcaduces dan la vuelta al año. Así es como el dicho popular une con diestra metáfora el paso de los días, desde Enero á Diciembre. En esta comparación, cada arcaduz representa un mes. El va subiendo lentamente, sujeto á la maroma que gira en la rueda. Viene lleno, se vacía, y torna á hundirse en el obscuro pozo. El Tiempo, asido á la palanca, empuja la rueda con afán incansable, y de esta suerte, el ayer, el hoy y el mañana aparecen del abismo misterioso, ven un punto la luz, y caen otra vez en el rosario sin fin de las esperanzas y los dolores.

Cuando el último de los doce arcaduces sobreviene, es que el año ha concluido. Y entonces es cuando hay que considerar los hechos que acaecieron en ese periodo. Porque es cierto que el último día de Diciembre y el 1.º de Enero son iguales en extensión y en capacidad, pero la fantasía humana los diferencia y califica. No creo que nunca el día de San Silvestre haya escuchado loores para el año que concluye. Jamás ha habido uno que otorgue todo lo que de él se esperaba. En cambio, el Año Nuevo es recibido con complacencia. Se le adula, se le mimas, se solicita su favor; y como si él fuera un sér real, movido por las pasiones del hombre, éste procura ganar la simpatía del Dios que viene, injuriando al Dios que se fué.

Imitemos á los viejos autores de calendarios; á aquéllos que, en torpe métrica, escribían lo que invariablemente era nombrado «Juicio del año». Cuando éramos niños, nos recreaba la lectura de aquellos versos, y nos placía participar de las opiniones del juzgador. Ahora, cuando las amarguras nos han enseñado la vacuidad de los vocablos y la insensatez del dictamen común, aun nos regocija el recuerdo de aquellas impresiones lejanas.

No el espacio breve que me ha sido otorgado en LA ESFERA, sino muchos volúmenes serían precisos no más que para apuntar el sumario de los hechos del año 1918. He de limitarme á señalar las columnas de piedra ensangrentadas que aquí y allá aparecen, marcando los acontecimientos esenciales.

El año de 1918 es, antes que otra cosa, el que señala una modificación fundamental en el régimen de la vida de los hombres. El planeta, al cual llamamos Tierra, ha cambiado de eje espiritual. Antes, ese eje estaba sujeto, en lo alto, por el Principio de Autoridad, y abajo, sobre un disco diamantino que se nombraba Berlín. Desde el año venidero, el eje rotatorio girará entre el Ideal Democrático y Washington. Sólo esta mudanza bastará á que, á través de las generaciones, la fecha — 1918 — tenga un simbolismo histórico insuperable.

En este año llegó la Paz. La esperábamos ansiosos, y, sin embargo, nos ha producido una impresión de miedo. Es que las pasiones se habían encarnizado tanto en los cuatro años de guerra, que no se han tendido de trincheras á trincheras los brazos afanosos de fraternidad, sino que el odio ha seguido y seguirá actuando. Esta vez no ha sido la paloma la que traía en el pico inocente el ramo de oliva. Ha sido el buitre el que nos ha portado la nueva.

Y ante la visión trágica de la inmensa montaña de esqueletos que se eleva como fantástico Himalaya de la muerte, aparece la sociedad destrozada, vieja, frenética, estremecida por la ira. Harta ella de los agravios y de los martirios, busca inútilmente la reforma substancial de los regímenes. Ella ha destruído monarquías, ella ha destrozado imperios, y, en el furor febril de sus ansias, se ha herido mortalmente á sí misma. La sociedad antigua ha muerto.

Aquí hemos sentido todos los estertores del conflicto, y han ido apareciendo en serie inagotable los enemigos de la paz interior. Ha sido el año del Sindicalismo, militar y civil; el de las Juntas de Defensa, el de las Asociaciones de Empleados, el de la indisciplina general, el de las huelgas, que hierven en cuantos oficios y profesiones organizara el trabajo.

Ha sido también el año del Hambre. Los ejércitos reclamaban para sí cuantos frutos da

la tierra. Una administración militar, celosa y activa, compraba sin reparar en precios. Y veíamos salir de toda la nación española cuanto ella arroja: cereales, vinos, aceites, la pécora de los montes y de los llanos. Como si hubiera al otro lado del Pirineo un imán poderosísimo, capaz de atraer todo lo que el Genio mercantil le indicara, según se refiere en las *Aventuras de Simbad el Marino*, de aquella isla misteriosa que con su energía atrayente arrancaba de las naves los clavos de fierro, así veíamos pasar sobre nuestras cabezas la innumerabilidad de las cosechas, de los ganados, de aquello que más falta nos hacía para vivir, á nosotros, los neutrales. No hemos sufrido la muerte de las batallas. Estamos sufriendo el aniquilamiento fisiológico, la desdicha del no comer; esa desventura que seca los senos de la madre, que esqueletiza al hijo, y que hace andar por las calles de la aldea con paso tardo al viejo y al mozo, porque sobre todos ellos pesa la maldición de la escasez.

Sí, el año 18 ha sido el año del Hambre; pero ha sido también el año de la Riqueza. Porque la inventiva de los mercaderes se ha preparado maravillosamente para robar al soldado extranjero, para robar al ciudadano español. Y eso quedará también en la Historia como un ejemplo vil del poderío de los malvados sobre la debilidad de los buenos... La subida de los precios de la carne, del pan y de los otros productos necesarios al vivir, ha matado millones de seres y ha preparado la invasión epidémica.

Yo te miro cara á cara, Año de 1918, y te pido cuenta de esas multitudes famélicas, de esos muchachitos éticos, de esas mujeres descarnadas, de esas familias en cuyo hogar, sin hogar, la tragedia iba apoderándose de los estómagos, de los corazones y de los cerebros!... Y como consecuencia inevitable, surgió el fantasma negro de la enfermedad contagiosa. Tuvimos la gripe inocente y juguetona de la primavera. Luego vino la infección mortífera del verano y del otoño. San Sebastián, la villa elegante y brillante, se convirtió bruscamente en un hospital. Barcelona se llenó de enfermos. Casi todos los pueblos de la patria sufrieron los horrores de la enfermedad y de la muerte. ¡Buen año para los empresarios del enterramiento, para los negociantes de la tumba! Hubo en ello una lógica absoluta. Los negociantes sin conciencia se enriquecían, elevando injustamente las cotizaciones de los artículos de primera necesidad. Ellos fueron aniquilando poco á poco el vigor hispano. Gota á gota, iban extrayendo del corazón del pueblo la energía y la vitalidad, convirtiéndola en monedas y en billetes de Banco. Cuando estubo preparado el terreno, vino la epidemia... ¡Majestad siniestra, tú has sido la liquidadora, la que has deducido las consecuencias de un país abandonado por sus gobernantes, entregado á la rapacidad de los malditos acaudalados que dormían tranquilos, después

de estudiar día á día en su escritorio las cifras del beneficio!

Ved los contrastes que este año 18 nos ofrece... El Sindicalismo plutocrático arma eficazmente sus organizaciones para apoderarse del haber nacional... El otro Sindicalismo, el de las asociaciones obreras, acrecienta su poderío también. Es el anuncio de la lucha futura. Van á chocar el Banco y el Taller.

Y en este año 18, que desvelará á los historiadores y á los sociólogos largamente, resulta que todos los litigios españoles aparecen con faz siniestra; y los que habían de resolverlos, los partidos políticos, los personajes que los rigen, caen en el desdén universal. Nadie cree en ellos. También en esto ha sido el año 18 singularmente interesante. Han pasado los Ministerios por el Palacio de Oriente, en fuga precipitada, sin que dejaran beneficio alguno para la nación.

Sí. En este año han muerto los partidos antiguos, pero no han nacido los nuevos. Indicio triste, como el que arrojan las estadísticas demográficas en las naciones en que, sobre la pila bautismal, tejen las arañas sus redes, mientras el sepulturero trabaja de sol á sol, apisonando carne muerta.

Y ha sido el año del separatismo, de las antinomias raciales, de las viejas contradicciones legendarias... Cataluña, región magnífica, que merecería el amor de todos los españoles, si no la representaran la antipatía y la hostilidad, ha requerido su independencia... Euskaria, la de las minas, la de los hornos fundidores, la de los marinos valerosos, la de la poesía al mismo tiempo dulce y fiera de la inmemorial poemática, también ha pedido su libertad... Y Castilla, la vieja Castilla, la abuela que ha dado todo cuanto en su corazón y en su matriz existía para crear la nación española, ha temblado y tiembla en este conflicto; porque ella se siente madre de todas las regiones, y la entristece el que las hijas desordenadas y tumultuosas la ofendan y la quieran avillanar... Buscando el lugar propio para una síntesis de estas conflagraciones, voy mentalmente á las ciudades mortecinas, y allí poso un momento. En la hospedería en que me albero, escucho el patear de las bestias de los trajinantes, que como el pienso en las hondas cuerdas. La vibración del poema de *Mío Cid* pareceme como que estalla al golpear los ferrados cascos de las bestias las piedras de su estancia. Y siento el miedo de que asisto á los últimos esplendores de una nación que cae, de una raza que agoniza...

Hemos llegado, sí, á las horas de la incertidumbre, después de haber discurrido con inadvertencia por los estériles jardines de la fantasía. Eramos nosotros, los españoles, los depositarios del más rico caudal que en la tierra existe: la idealidad. Y hemos abandonado nuestro tesoro en un rincón del camino. Español sin ideal, es hombre vencido. Vamos á ser nosotros, en esta renovación de las organizaciones políticas, como aquel soldado de Flandes que halló en Flesinga una maleta de cuero, captura de la batalla vencedora. Abrió el soldado el cuero, cortándole con su espada, en la que aun había señales de sangre hugonota, y se derramaron sobre la tierra monedas y papeles. El soldado español, que era Iñigo de Burgos, apartó con el pie las monedas y recogió los papeles. En ellos había oraciones, cartas de un sacerdote que murió peleando por su religión... Iñigo de Burgos envió al Pontífice las cartas, que eran profesiones de fe, atisbos del daño contra la religión, y luego entró en una Orden monástica.

Y esta anécdota, apenas esbozada, pone en el término de la complejísima recordación del año, á la víctima primera, á la augusta, á la indiscutiblemente respetable... El Papa Benedicto XV yace en su tumba inmortal. El vive como hombre. El no es otra cosa ya, que una fulminación de las antiguas generaciones creyentes... Al morir los ideales, tiembla la nivea capa del pastor... Sobre el nido del poeta pende la lista de las cotizaciones de la Bolsa de Nueva York.

EL SONETO DE LA VIDA

Cabe la vida entera en un soneto
 iniciado con lánguido descuido.
 Y apenas comenzado, ha transcurrido
 la infancia, imagen del primer cuarteto.

Llega la juventud con el secreto
 de la vida, que pasa inadvertido,
 y que se va también, que ya se ha ido,
 antes de entrar en el primer terceto.

Maduros, á mirar á ayer tornamos;
 añorantes y ansiosos, á mañana...
 Y así el primer terceto malgastamos.

Y, cuando en el terceto último entramos,
 es para ver, con experiencia vana,
 que se acabó el soneto... y que nos vamos.

Manuel MACHADO

J. ORTEGA MUNILLA

AÑO NUEVO, VIDA NUEVA



(Buenos propósitos de un pícaro graduado por la universidad de la Briba.)

CALLE de Embajadores abajo, camino del Portillo, va como puede, y no puede bien, Perico Muela; más rúbricas hace que un escribano, más reverencias que un pretendiente; la capa lleva tuerta del un hombro, la cual, como manto de piadoso y justiciero monarca, arrastra sobre la miseria y el lodo. Váyale en gracia el que así como así, lo merece la prenda...

A su zaga, como seises del buen humor, van hasta dos docenas de chicos, que le vejan y zahieren, serretándole con los vuelos de la capa, y ya es muy notable milagro el que el hombre no dé en el santo suelo con su vacilante humanidad.

La camisa compónenla dos descomulgados jirones, por entre los que asoma la carnaza negra y peluda, bordada en ronchas y á punto de manar sangre.

Ráscase el mísero de vez en vez, y, parándose con no poca dificultad, como coche desvencijado, hacia los polos de sus ballestas, dice á su alegre y consecuente senado:

—Es la postrera; lo juro por esta sacratísima forma, que es pan de Dios — y muestra cerrado el puño diestro, con el pulgar puesto en cruz sobre el dedo índice.

Los muchachos le preguntan:

—¿Cuántos te dieron?

—¿Chascaban?

—¡Válame la Doctrina, y qué galán ibais por la bajada de Boteros, sobre aquel asnico malalón!

—Bien os hacía aire el compadre en los lomos con el abanico de suela.

—Por vida del bellaco, que en lugar de curarse las bendiciones de cordobán con vinagre y sal por fuera, se las alivia por dentro con mostagán de lo fino.

Y él, como si á otras personas fueran tales bernardinas, proseguía el hilo de su discurso, que era un verdadero acto de contrición, que en los folios del catecismo de su desaprensiva secta están escritos como artículo de fe para salvarse.

—¿Es hoy primero día del año? Pues, desde hoy, vida nueva. Así Dios me salve como esta que llevo no es de buen cristiano; el Señor no me la tome en cuenta, porque de ser así, no habrá tizonas bastantes en todo el Infierno para tostarme las entrañas. Acabóse ya por siempre la tabernilla de *El Cardoso*; lo que háyase menester della, á casa lo llevaré secretamente, por no dar escándalo.

Dijo luego cómo á su compadre Estebanillo Sánchez, azotador examinado de los hombres duros y ternes de la Villa, habíasele ido la mano aquella mañana, y tras la mano, la penca enemiga, porque de la azotaina de quince días antes quedárale á deber cien reales, al aquel de que fuese humano, y ahora que halló ocasión, habíasele cobrado en los primeros veinte azotes, como si la deuda fuese doblada, y juraba que por no darle á ganar, como tenían hecho trato, no habría de andar más á la gandaya.

—No más zahurdas ni libros de reyes y caballerías, como no sean devotos, destos de vidas de santos. Aquellos años que viví hasta ahora, táchense luego como no vividos. Borrón y cuenta nueva. No sépa nadie que hasta hoy fué mi envés la mejor tierra donde sembráronse azotes y se cogió sarna; no haya memoria de aquí adelante de que mis piernas y mis brazos andu-

vieron en buenas amistades con el cáñamo y el cordelillo; nadie pueda echarme en cara que co-nozco mejor que los aposentos de mi *palacio*, los mares latinos, desde el puerto de Málaga hasta las Indias, como quien durante más de quince años lo ha recorrido por propio impulso, ni menos que me son familiares la serranía andaluza y las estepas manchegas. Quitenseme de la vista corchetes, alguaciles, escribanos y demás cuervos de la *pleitesía*, pues más sangre tiénerme ellos chupada que ríos la mar. Pues, ¿por quién sino por ellos véome en este triste y desesperado trance de mudar de vida? No, si no fueran ellos equitativos y conformáranse sólo con la mitad de lo que ganamos los hombres de bien, y todos medraríamos; pero son á la manera de los boticarios y de los taberneros, que venden á peso de oro el agua disfrazada. Yo les juro á Dios que no habrán de holgarse más con lo mío; y si encuentro aldabas, á fe que procuro hacerme alguacil ó concejal, que ello es ser pícaro autorizado...

.....
Destá suerte íbalas ensartando, cuando quiso su mala estrella que pasara junto un comisario que andaba haciendo leva de *buená gente*, para enviarla á las minas del azogue y á las almadras, y cerró con él, marchitándole en flor tan cristianos y venerables propósitos.

Adviertan cómo el primero día de un año (cuya cifra no hay para qué apuntarla) mudó vida Pedrillo Muela, el gallofo más insigne de Embajadores, desde el Portillo de San Dámaso hasta la ribera del río...

DIEGO SAN JOSÉ

DIBUJO DE MARIN

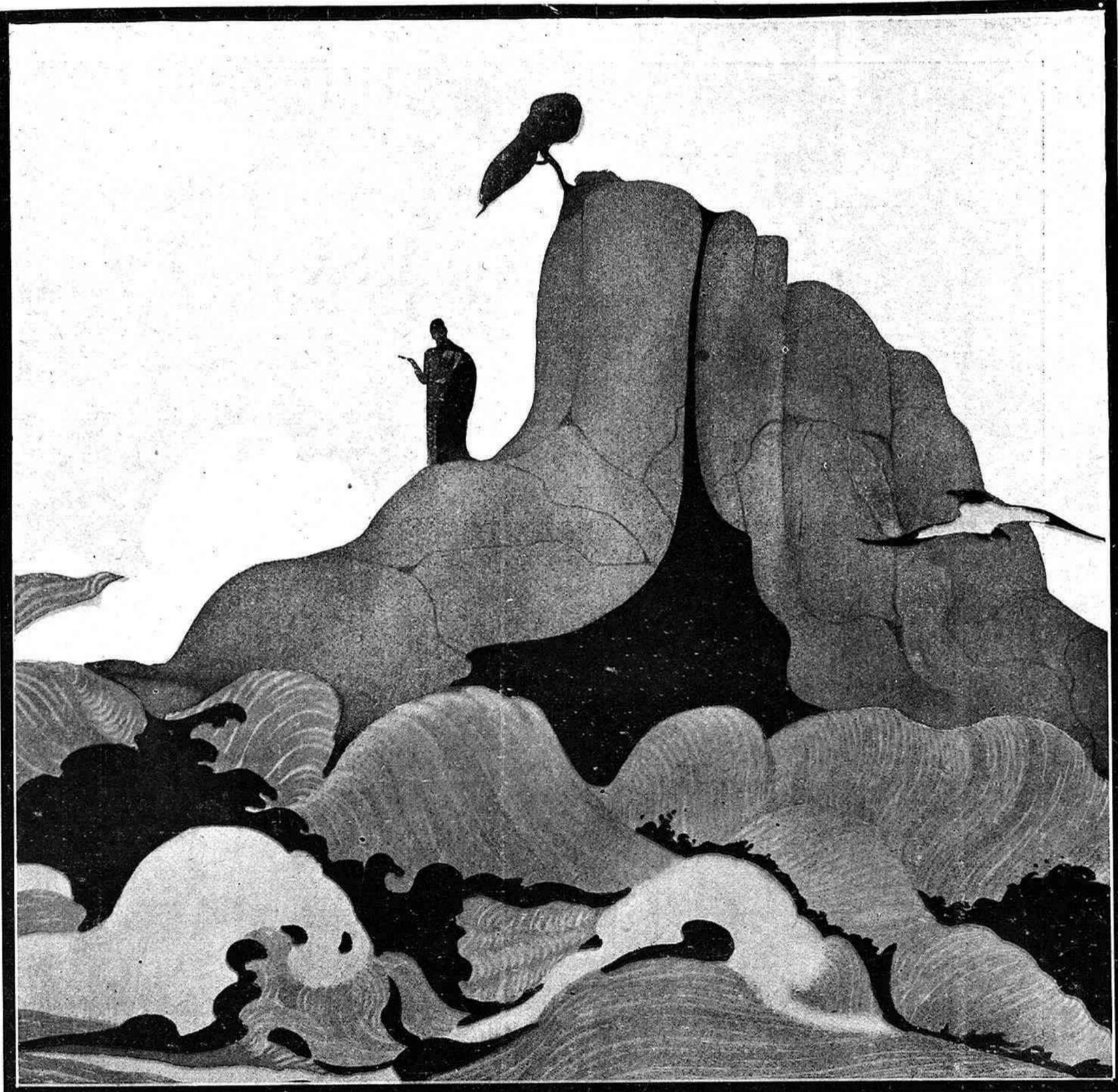
LA ESFERA
TIPOS ESPAÑOLES



HILANDERA DEL BURGO DE OSMA
Cuadro de Valeriano Domínguez Bécquer, existente en el Museo de Arte Moderno



LA DESPEDIDA FINAL



—Arrímate—le dijo—, ya más nunca te afligiré, Isabel; ya en paz quedaste...
 —En paz... en paz... mas con la vida trunca...
 —Ya no atada, como antes, en el maste de mi nave de lucha...
 —Tu guerra era mi paz, y nunca es mucha cuando es el corazón un arrecife...
 —Pues ahora, mira, se acabó la guerra; se me ha roto del todo hasta el esquiife, ni hay riesgo á domeñar; la dura tierra me llama ya, mientras la mar me esquiva... ¿A qué vivir? Cuando la mar reciba dentro en su seno al sol, también yo mismo me hundiré en el abismo...
 —Pero, hombre, Juan, ¿quién piensa ahora en eso?
 —Es verdad... ¿para qué? Véngase ó vaya mas sin pensar... ¡Siento aquí dentro un peso!... Incorpórame. ¡Así! Que allá, en la playa, quiero ver el quebrarse de las olas... ¿Te acuerdas, di?
 —Cuando los dos á solas y descalzos...
 —El mar nos confundía y rodábamos juntos, abrazados, riendo entre la espuma que reía por la arena...
 —Es la vida...
 —Es, bien dices... es la vida... y no fué... Siempre pasados son los tiempos felices... ¡Qué limpia de la mugre de la brega me era ver del oleaje la agonía!...

—Entonces no pensábamos... —¡Es claro!
 —¿Qué te pasa, mi Juan? ¡Vamos, sosiega!...
 —Ya pasó la congoja... ¡aun hay respiro!
 —Con nosotros fué Dios un tanto avaro...
 —¡Calla, Isabel, no hables así!... ¿Deliro, ó veo allá, á lo lejos, un penacho de espuma rozagante que se viene con aires de muchacho cantando su canción? Dime, ¿no tiene la vida en su regazo?
 —Otra ola solo...
 —¡Sí, que pasa y canta! Dame, Isabel, tu brazo, que la vea venir... Ya se levanta cuando tocan sus raices peregrinas la arena, que es su tumba, y siente á las gaviotas vespertinas rondándole al morir... ¡Ya se derrumba! ¡Mira otra allí! O dime, ¿es una sola?
 —¡Es la misma agua, Juan, es la misma agua!
 —Amarga, pero fuerte, y cada ola cual chispá de una fragua...
 —¿Qué te pasa otra vez?
 —¡Soy yo, que pasó! Luego, sabes, entiérrame en la arena...
 —Cállate, Juan, y de eso no hagas caso...
 —Sí, á bajamar, y que mi eterno sueño cunen cantando cantos de sirena, moviéndome, sobre mí...
 —Si ese es tu empeño...
 Y á mí, ¿quién me pondrá, cuando me llegue

de la resaca el día, ahí, á tu lado, abrazada yo á tí, tú á mí abrazado, y la misma salina que nos riegue los huesos confundidos?
 —Eso llega, Isabel; cógeme... ¡firmc!

Se abrazaron, pegándose las bocas, los ojos en los ojos derretidos, quietos los corazones como rocas.

—Mira al sol—dijo Juan—, pues quiero, al irme, verle hundirse en el mar de tus pupilas, y ¡cállate!

Callaron, y tranquilas sus almas esperaban; él, mirando el ocaso del sol, dentro en los ojos de la mujer que fué su ancla en el mundo, y ella, con ellos húmedos, clavando la sumisa mirada allá en los rojos desangres del Poniente moribundo. Y cuando el sol, el náufrago celeste, no era más que una perla encandecida, sobre la linde de la inmensa hueste de las olas, se fué el postrer aliento de Juan, el navegante de la vida, con un beso al respiro soñoliento de Isabel, y á la vez se derretía su mirada, mirando la agonía del sol, en la mirada de la mujer amada.

Miguel DE UNAMUNO

DIBUJO DE BARTOLOZZI

BÉLGICA

LA MUDANZA



NUNCA olvidaré la impresión de la última mudanza.

Los que cambian frecuentemente de casa ya se acostumbran, y no sienten ese dolor de arrancamiento y de adiós. No tienen tiempo de ligarse, de consagrarse á los lugares donde viven. Pero yo había vivido allí diez años. Toda una parte de mi vida que iba á desaparecer y á hundirse en la eternidad. ¡Cuántos recuerdos suspendidos en marchitas guirnaldas sobre las paredes! ¡Cuántas ilusiones de juventud desdoradas al propio tiempo que las molduras de los salones, ya viejas! Y los rostros, hoy día muertos ó ausentes, que se miraron en aquellos espejos, y que iba á ver surgir por última vez, como si para mí ya no pudieran existir sino en aquel sitio.

Fué en el pleno calor de Julio. Yo me encontraba un poco enfermo y predispuesto á emocio-

narme como una sensitiva. Aquella mudanza fué para mí como una pequeña muerte, como un ensayo de entierro.

Quise aprovecharla para ordenar un poco mis papeles; toda la clase de manuscritos y cartas, acumulados hacía tantos años y al azar en los cajones. Sobre todo, las cartas, esa marea cotidiana venida hasta mí.

Había qué destruir una parte, escoger otra y clasificarla. Y, por consecuencia, releerlas todas: ¡ah, las cartas que se releen! Todo el pasado se levanta, reaparece, incoloro y como empapado de lágrimas. El papel amarillento tiene el color de la ropa vieja. La tinta empalidecida, parece desear por sí misma el retorno á la nada. ¡Ah, las viejas cartas! ¡Canastilla del niño muerto! ¡Equipo de boda encontrado á la viudez, y que duerme entre sus pliegues!

Iba leyendo... ¡Cuántas cosas por las cuales

nos apasionamos, nos exaltamos, y que ya son tan vanas y tan lejanas como si nunca hubieran existido! ¡Y las cartas de amor? Se sentía uno dichoso de amar, y, sin embargo, no eran nada más que alarmas, inquietudes, reproches, dolores. En ellas, si la tinta es pálida, parece que fueron las lágrimas las que robaron su color. ¿Realmente es el amor esto? ¿Son así todos los amores? Y en la misma caja, ridículas reliquias: una cinta, una sortija; una rosa seca, fantasma de flor.

Y más cartas todavía incesantes, inacabables. Y siempre este deseo de releerlas, que es como una pequeña fiebre donde las mejillas se mustian. Parece que queremos reconstruir el pasado con todas estas cartas, como un castillo de papel.

Al poner en orden uno de los cajones, encontré todos mis recuerdos familiares, toda mi in-

fancia; sobre todo, retratos. Los míos primero: aquél hecho á los siete años, aquel otro de los quince años; y también otras facies mías—¡oh, la de primera comunión!—, es decir, otras almas mías. Luego, los retratos de mi padre y de mi madre. ¡Cómo me rehundieron en el dolor de su muerte! Volví á verlos, vivientes, felices, en la apartada casa provinciana, y me veía á mí, niño, cerca de ellos.

Todo esto había terminado, había concluido en un cementerio de barrio, con su nombre, *mi nombre*, sobre la piedra de una tumba.

Y otros recuerdos más lejanos aún: papeles de familia, genealogías; la hoja de servicio del abuelo que fué soldado; títulos de condecoraciones; actas notariales; manuscritos de libros; tantas existencias del pasado que encontraba ahora, que reconstituía pieza por pieza, en sus regocijos, sus luchas, sus honores y sus duelos.

Y yo pensaba: también mi hijo llegará un día en que removerá á su vez todo esto — tan poca cosa subsistente de muchas agitaciones —, y en el montón habrá algo más, algo que será mi propia vida en unos cuantos papeles. ¡Qué poco sitio ocupa una vida! Y me dí cuenta exacta de ello cuando vi que todo lo salvado de aquel amplio conjunto, apenas llenaba un maletín. Y que el maletín no pesaba más que el cadáver de un niño.

ooo

Mientras hacía los preparativos de partida, observé que en un balcón de la casa de enfrente había una muchacha llorando. Muchas veces la había visto, como entonces, rubia y dulce, pero feliz al parecer. Y pensé entonces: «nadie es feliz». También ella debía tener penas, puesto que lloraba.

Por la tarde tuve la explicación de su llanto. Próximo el crepúsculo, la volví á ver, siempre bañado el rostro en lágrimas, asomada al balcón, y con ella, dos ó tres personas de la numerosa familia que habitaba el cuarto. Todos tenían entre las manos coronas funerarias, ramos de flores con lazos de crespón, que iban á colgar al aire libre para conservarlos.

¿Quién de los suyos había muerto? Iba á dormir frente á ese muerto, y la idea de semejante hecho me llenó de angustia. Pensé en el entierro próximo. ¡Con tal de que no coincidiera con mi mudanza!

Al día siguiente vi cubierta la puerta frontera con cortinas blancas. Por fortuna, era para hoy el entierro. No coincidiría con mi mudanza, señalada para mañana.

Volví de nuevo á clasificar y á arreglar los papeles, los libros, los manuscritos, los periódicos. Mis viejos artículos, mis viejos versos; toda la serie de cosas empezadas, abandonadas y condenadas á no tener término. Y más cartas todavía. Cartas indiferentes que romper y cartas de amigos que guardar, para acordarse después ó para consolarse en la hora de las traiciones y de las rupturas inevitables.

¿Cuánto dura un amigo querido? ¡Ah, qué triste es la vida! ¡qué triste es la muerte! Ahora la veía claramente, á través de mi ventana, ya sin cortinas.

Habían colocado el féretro en el portal. La hora del entierro se acercaba. Vi en la calle la nube blanca de las niñas vestidas con trajes de primera comunión. Y entonces recordé detalles borrados de mi memoria, como, por ejemplo, una pequeña tos que oía á veces, seca y bronca, y de la cual pensé, oyéndola: «Mala tos es esa.» Recordé también una tarde de la primavera anterior, que hubo un banquete numeroso en la casa de enfrente. Me fijé en él porque la mayoría de los convidados eran muchachitas vestidas de blanco, y entonces dije: «Debe ser una comida de primera comunión.» La miré largo tiempo: era un suave espectáculo aquellas muselinas bajo el fulgor de las lámparas al otro lado de la calle.

Ahora volvían las muchachas vestidas de blanco. La muerta era, sin duda, la niña cuya primera comunión festejaron la tarde de la pasada primavera.

El cortejo, todo blancura, se puso en marcha bajo el sol estival. Blanca era la estufa, blanco el ataúd. Y toda una floración de ramos blancos, de coronas pálidas, como de un claro de luna, lo cubrían, mientras que en torno suyo ondulaban como cisnes las virgencitas. Detrás, un tropel negro: los crespones oscuros, todo el sombrío dolor de los parientes, de los que ya conocen el sabor de la vida.

Algunos minutos después, el coche verde de las pompas fúnebres llegó. Y en menos que se piensa, los empleados quitaron de la fachada los cortinajes, los candelabros, el tinglado y todos los accesorios de la capilla ardiente. No quedó la menor huella de la muerta y del entierro. La casa, ya no se destacaba de las otras, ya era semejante á las demás. Los empleados funerarios habían hecho lo mismo que los mozos de un carro de mudanzas. La muerte no es más que una mudanza.

Y la mudanza, una pequeña muerte. Harto lo

comprendí cuando á la mañana siguiente me levanté sin haber podido conciliar el sueño durante la noche. Al amanecer, me acometió uno de esos ensueños, agitados á medias por las pesadillas y por las sensaciones reales, frontera indecisa, claroscuro de la consciencia. Oía rumor de pasos; me parecía sentir la llegada de los carros de mudanza. Pero al mismo tiempo, el coche y los hombres de las pompas fúnebres. Y se equivocaban unos y otros. Los mozos cogían el féretro; los funerarios entraban en mi casa para transportar los muebles.

Me desperté sobresaltado, presa de una gran angustia. Inmediatamente abrí la ventana, para que el vivo aire mañanero barriese todo aquello de mi rostro y de mi alma.

En efecto. Habían llegado ya los carros de mudanza y esperaban en la calle, vacíos. Momentos después entraron en mi cuarto los mozos. Y con una rapidez implacable y automática, de hombres fuertes que no piensan, cogieron los muebles, las sillas, los cuadros, las camas, los libros, los *bibelots*: todos mis recuerdos, toda mi vida, que descendió, bamboleándose, en lo hondo de la escalera.

Recordé entonces á los otros empleados de las funerarias, que con la misma rapidez inverosímil habían metido en el coche toda la mortuoria pompa.

Ahora había llegado el momento de enterrar mi vida. ¿Era aquello mi vida? ¿Podía ocupar tan poco sitio? ¿Eran aquellos mis muebles? ¡Oh, cuán feos parecían ahora amontonados bajo la cruda luz del día!

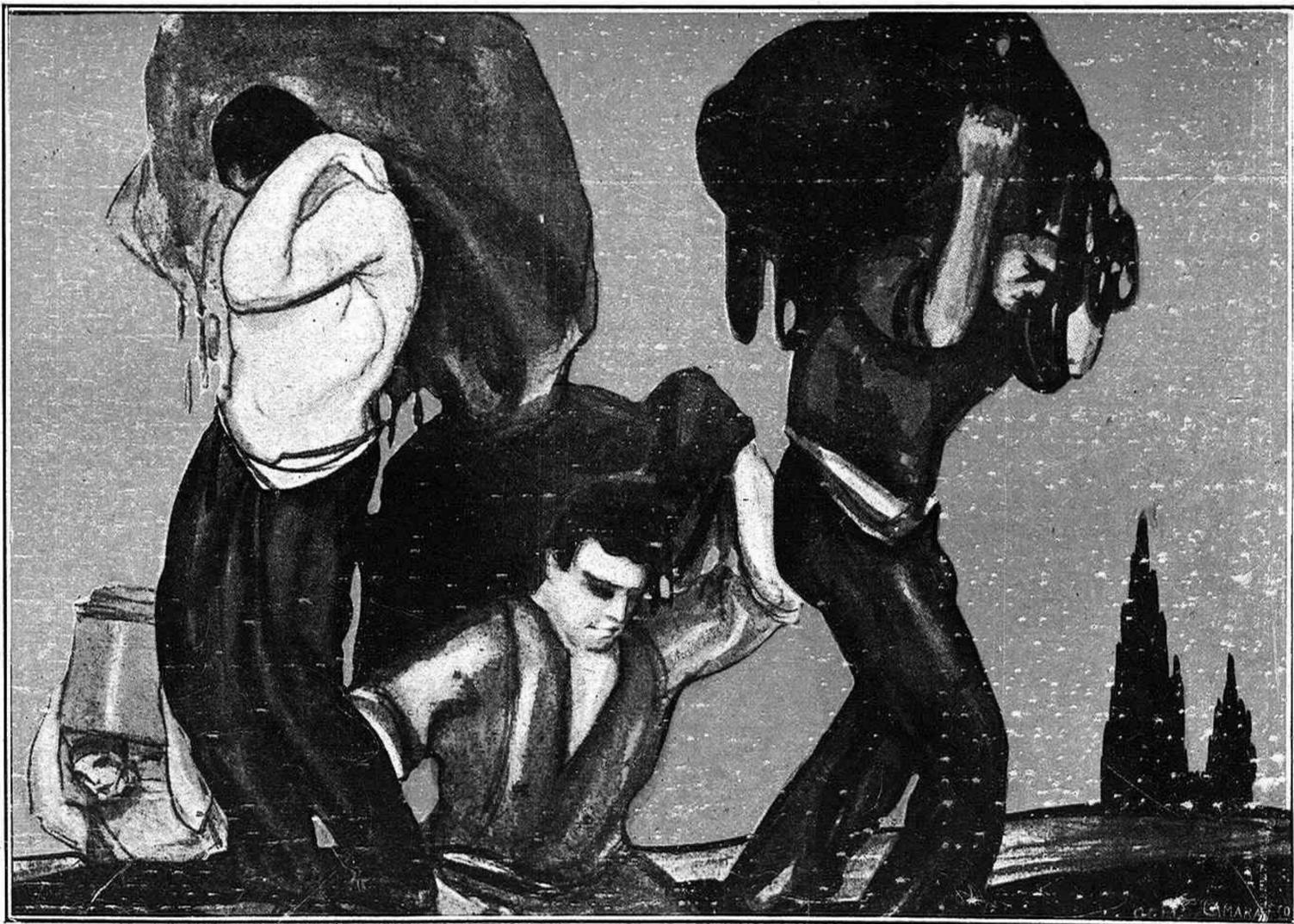
Realmente estaban enterrando aquellos hombres una parte de mi vida, y mis muebles eran lanzados á la puerta como parientes pobres. Volví á recordar el entierro de la víspera. Un muerto es siempre feo. La muchachita de la tos cóncava, también debía estar fea dentro de su ataúd.

Ya se terminó todo. Mi departamento quedó vacío. Casi no lo reconocía. Nada de mí estaba en él. Volví á recobrar su personalidad.

La casa no conservó más huellas de mi vida que la frontera de la muerte ajena. Y cuando el carro de mudanza se puso en camino y dió vuelta á la calle y desapareció, fué como si una carroza fúnebre se llevara para siempre el período vivido allí, el período de diez años — la edad de la comulgante de enfrente —, que también había muerto.

JORGE RODENBACH

DIBUJOS DE OCHOA



FRANCIA

LA LEYENDA DEL MONTE DE SAN MIGUEL



PRIMERO la vi desde Cancale, ese castillo de hadas plantado en el mar. La vi confusamente, como una sombra gris erizada sobre el cielo brumoso. Luego la vi desde Avranches, bajo el sol poniente. La inmensidad arenosa era roja. El horizonte era rojo. Toda la enorme bahía era de un color rojizo. Unicamente la escarpada abadía, elevada desde lo hondo, lejos de la tierra, como una mansión fantástica, estupefaciente como un palacio de ensueño, inverosímilmente extraña y hermosa, permanecía casi negra entre las púrpuras del día moribundo.

Fuí hacia ella al día siguiente, al amanecer, á través del arenal, con la vista fija en aquella monstruosa joya, grande como una montaña, cincelada como un camafeo y vaporosa como una muselina. Conforme me iba acercando, aumentaba mi admiración; porque tal vez no haya nada en el mundo tan asombroso ni tan perfecto.

Luego, lleno de sorpresas, como si hubiese descubierto la mansión de un dios, recorrí las salas, cuyos techos sostenían columnas ligeras ó pesadas. A lo largo de los corredores atravesados por la luz, alzando mis ojos maravillados hacia las torrecillas y campaniles, hacia toda aquella enorme serie de gárgolas, de cresterías esbeltas y encantadoras, verdaderos fuegos artificiales de la piedra, que constituían una obra

maestra de arquitectura, colosal y delicada á un tiempo mismo.

En medio de mi éxtasis se me acercó un campesino y me contó la historia de la gran lucha sostenida por San Miguel contra el diablo.

Un escéptico genial ha dicho: «Dios hizo al hombre á su imagen y semejanza, pero el hombre le ha correspondido dignamente.»

Esta frase tiene una verdad eterna é inmutable, y sería muy curioso hacer en cada continente la historia de la divinidad local, así como también la de los santos patronos de cada una de nuestras provincias. El negro tiene ídolos feroces y antropófagos; el mahometano, polígamo, puebla de mujeres su paraíso; los griegos, gentes prácticas, habían divinizado todas las pasiones.

Igualmente cada región de Francia se ha colocado bajo la advocación de un santo protector, modificado á imagen y semejanza de sus habitantes.

Así, pues, San Miguel vela sobre la Baja Normandía. El ángel radiante y victorioso, el héroe del cielo, el triunfal dominador de Satán.

Y ved cómo aquel bajo normando, astuto, cauteloso y zumbón comprendía y contaba la lucha de San Miguel con el diablo.

ooo

Para ponerse al abrigo de las maldades del demonio, su vecino, San Miguel construyó por

sí mismo, en pleno Océano, aqueña mansión digna de un arcángel. Realmente, sólo un santo como San Miguel podía crear semejante región. Pero como temía, á pesar de todo, que se le acercara el Malo, rodeó su dominio de arenas móviles y más péfidas que el mar.

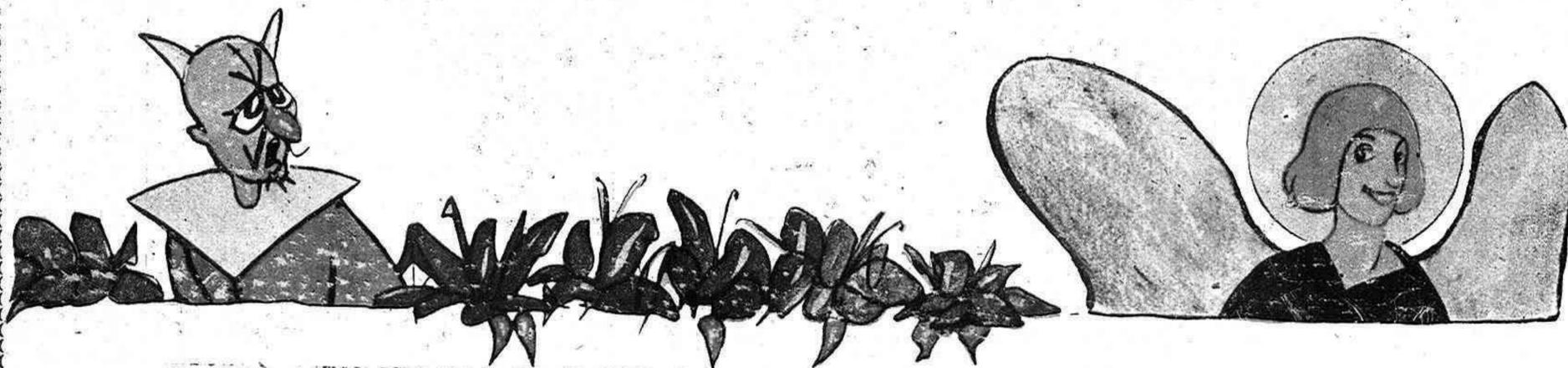
El diablo vivía en una humilde choza que había sobre la costa; pero poseía, en cambio, las praderas bañadas de aguas saladas, las fecundas tierras donde nacen grandes cosechas, los ricos valles y las ubérrimas huertas de todo el país; mientras que el santo sólo roinaba sobre la arena.

De modo que Satán era rico y San Miguel pobre como un mendigo. Después de algunos años de ayuno, el santo se aburría de aquel estado de cosas y pensó hacer un contrato con el diablo. Pero esto no era fácil, toda vez que Satán tenía en mucho sus recolecciones.

Reflexionó durante seis meses, y por fin, una mañana se encaminó hacia la tierra. El demonio estaba comiendo su sopa delante de la puerta, cuando vió llegar al santo. Inmediatamente se precipitó á su encuentro, le besó el extremo de la túnica, le hizo entrar en casa y le ofreció algo con que refrescarse.

Después de beberse un cuenco de leche, San Miguel tomó la palabra:

—He venido para proponerte un buen negocio.





El diablo, cándido y sin desconfianza, contestó:

—Hombre, me parece muy bien.
—Verás. Tú me cedes todas tus tierras.
Satán, ya inquieto, quiso hablar.

—Buono, pero...
El santo replicó:

—Oyeme primero. Tú me cedes todas tus tierras; yo me encargo de todos los trabajos del cultivo, sementera, recolección, etc. Y luego repartimos la cosecha. ¿Conformes?

El diablo, naturalmente perezoso, aceptó.

Pidió solamente que se aumentara el contrato con algunos de esos deliciosos mujoles que se pescan alrededor del solitario monte. San Miguel aceptó y prometió los peces. Se estrecharon la mano, escupieron por el colmillo para indicar que el trato estaba hecho, y entonces el santo añadió:

—Buono, mira: yo no quiero que luego te quejes de mí. Escoge lo que prefieras. La parte de cosecha que esté sobre la tierra ó la que quede dentro de la tierra.

Satán exclamó:

—Ah, desde luego, la que esté sobre la tierra.
—Conformes — dijo el santo.

Y se fué.

Pero seis meses después, en el inmenso dominio del diablo no se veían más que zanahorias, nabos, cebollas y salsifios; todas las plantas, en fin, cuyas raíces son buenas y sabrosas, y cuyas hojas inútiles sólo sirven para alimento de las bestias.

Satán no tuvo nada, y quiso romper el contrato, llamándole «cuco» á San Miguel.

Pero como el santo le había tomado el gusto á la agricultura, volvió á buscar al diablo.

—Mira, hombre, te aseguro que no lo he hecho con mala intención; es que han salido así; pero yo no tengo la culpa, y para indemnizarte te

prometo tomar este año todo lo que esté sobre la tierra.

—Muy bien — contestó Satán.

En la primavera siguiente todas las tierras del Espíritu del Mal estaban cubiertas de espeso trigo, de avenas gruesas como campanarios, de calabazas magníficas, de coles, de todo cuanto grana ó fructifica bajo el sol.

Satán no tuvo nada, y esta vez se incomodó de veras.

Recobró sus prados y sus labrantíos, y ya no volvió á hacer caso á ninguna de las proposiciones de su vecino. Transcurrió un año entero.

Desde lo alto de su apartada mansión, San Miguel miraba la tierra lejana y fecunda, y veía al diablo dirigiendo los trabajos agrícolas y le daba mucha rabia. Al fin, no pudiendo engañar otra vez á Satán, resolvió vengarse de él, y fué á invitarle á comer para el lunes próximo.

—Vaya, hombre, ya veo que no fuiste afortunado en tus contratos conmigo. Pero no quiero que haya ningún disgusto entre nosotros, y espero que me acompañes á comer el lunes que viene. Te daré cosas muy ricas.

El diablo, que es tan glotón como perezoso, aceptó inmediatamente. Y el día acordado se puso la mejor ropa que tenía y tomó el camino del monte. San Miguel le hizo sentar á una mesa magnífica. Primero le sirvió una suculenta empanada con albondiguillas. Luego, dos gruesos mujoles á la crema. Luego, una pava blanca rellena de castañas confitadas en vino. Luego, un perril de carnero marítimo, tierno como un pastelillo. Luego, legumbres que se deshacían en la boca; y, por último, una magnífica torta humeante y olorosa á manteca.

Bebieron sidra pura, espumosa y azucarada, y vino rojo y capitoso. Y entre plato y plato, hacían un agujero con el viejo aguardiente de la tierra.

El diablo bebió y comió como un baúl, tanto y tan bien, que no pudo resistirlo.

Entonces San Miguel, levantándose, formidable, exclamó con voz de trueno:

—¡Cómo, delante de mí! ¡Delante de mí, canalla! ¡Te atreves, delante de mí, á...!

Satán huyó aterrado, y el santo, armado de un bastón, le persiguió. Corrían por las salas bajas, dando vueltas alrededor de las columnas; subían por las escaleras aéreas; galopaban á lo largo de las cornisas; saltaban de gárgola en gárgola. El pobre demonio, enfermo que daba lástima, corría manchando la casa del santo. Al fin se encontró en la última terraza, allí arriba del todo, desde donde se descubre la inmensa bahía con sus pueblos lejanos, sus arenales y sus pastos. Ya no podía escapar, y entonces el santo, dándole un soberbio puntapié, le lanzó como una bala en el espacio.

Atravesó el diablo el cielo como una jabalina, y vino á caer pesadamente delante del pueblo de Montain. Los cuernos de su frente y las garras de sus miembros entraron tan profundamente en la roca, que ésta conservó por siempre las huellas de la satánica caída.

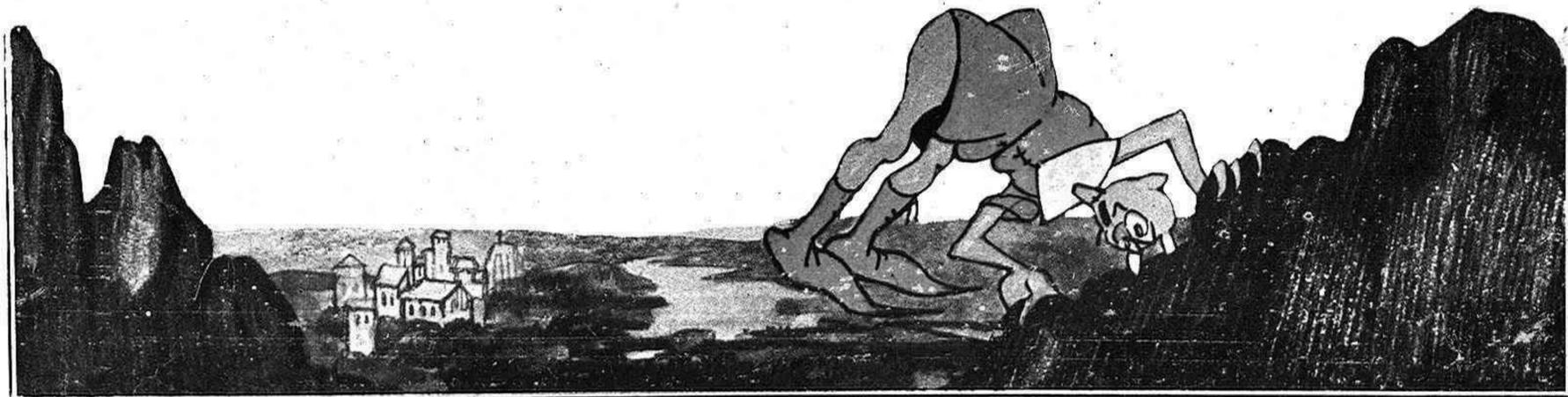
Se levantó cojo, derrengado hasta el fin de los siglos. Y mirando allá á lo lejos el monte fatal, erguido como un risco en el sol poniente, comprendió que siempre sería vencido en aquella lucha desigual, y entonces partió, arrastrando la pata, en busca de lejanas comarcas, y abandonando al enemigo sus campos, sus huertos, sus valles y sus prados.

Y he aquí cómo San Miguel, patrón de los normandos, venció al diablo.

Otro pueblo ha soñado de distinto modo esta batalla.

GUY DE MAUPASSANT

DIBUJOS DE ROBLERANO



ITALIA LOS CEQUÍES

PASACANTANDO entró, dando un portazo en la vidriera mal cerrada. Se sacudió bruscamente las gotas de lluvia; luego miró en torno suyo, quitándose de la boca la pipa y lanzando contra el mostrador un escupitajo, como signo de despreciativa indiferencia. Dentro de la taberna, el humo del tabaco era como una gran niebla turbia y densa, entre la cual se adivinaban las varias facies de los bebedores y de las malas mujeres. Allí estaba Pachio, el marinero inválido, á quien una mugrienta venda verde cubría el ojo derecho, enfermo de una repugnante laceria. Allí también Binchi-Banché, el ordenanza de la Aduana, un hombrecillo de rostro amarillento y rugoso, como un limón sin jugo, encorvado y con las flacas piernas hundidas hasta la mitad en unas botas enormes. Allí también Magnasangue, el correveidile de los sol-

mechón en forma de coma hasta la nariz, y otro se arrollaba en espiral sobre la sien. De todas sus actitudes, de todos sus gestos, de todas las modulaciones de su voz, de todas sus miradas, se desprendía una sensación natural de obscena picardía.

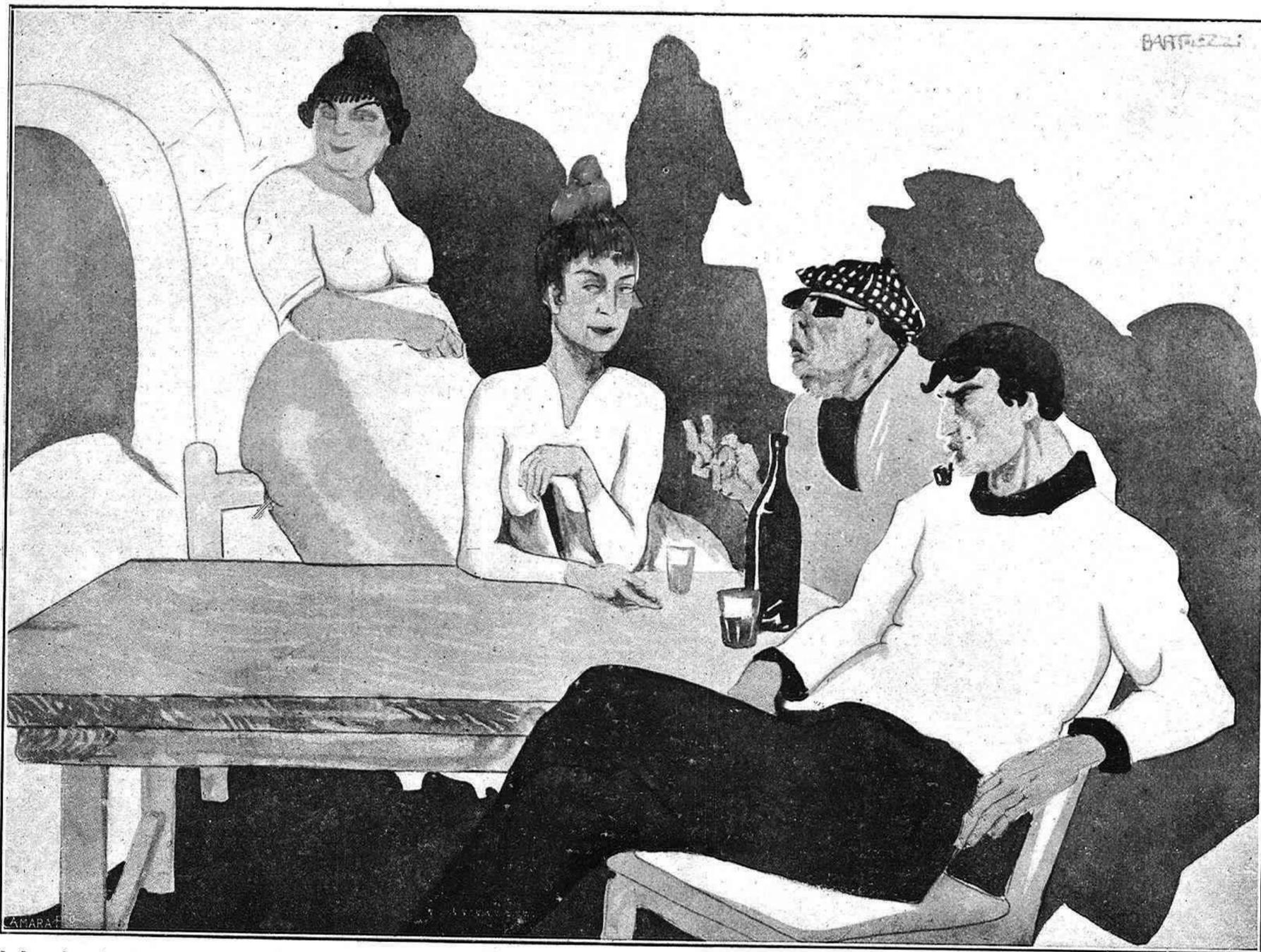
—¡Eh! Tú, Africana. Una *fujetta* — gritó, golpeando la mesa con la pipa, que saltó hecha pedazos.

La Africana, la tabernera, fué desde el mostrador hacia la mesa bamboleando su grave corpulencia, y colocó delante de Pasacantando el vaso de vidrio colmado de vino. Miraba al hombre con los ojos llenos de amorosa súplica. Entonces, Pasacantando echó un brazo al cuello de Peppuccia, obligándola á beber, luchando con ella á viva fuerza, entre la algazara y bromas de las demás compañeras de mesa.

mada iba de aquí para allá picoteando las migas de pan.

Al ver que Pasacantando hacía ademán de levantarse, se le acercó la Africana lentamente, procurando dar á su cuerpo deforme una atractiva languidez de amor. Oscilaba de un lado para otro el pomposo pecho, y una mueca grotesca la contraía el rostro de luna llena. Sobre la piel tenía dos ó tres verrugas peludas. Oscuro bozo la sombreaba el labio superior y los carrillos. Los cabellos, cortos, crespos y duros, la formaban sobre la cabeza una especie de casco, y las cejas se unían con un entrecejo fruncido y negro en lo alto de la roma nariz. Toda ella parecía un monstruo ambiguo, atacado de elefancia ó de hidropesía. Al llegar junto al hombre, le cogió una mano para retenerle.

—¡Ay, Juanito!



dados, el amigo de los cómicos, de los titiriteros, de los funámbulos, de los domadores de osos; de toda esa gentuza famélica y giróvaga que se forma en el país para arrancar el dinero de los ociosos. Y estaban las hieldades del *Florentino*, tres ó cuatro mujeres embrutecidas por el vicio, con los rostros escandalosamente pintados, la mirada bestial, la boca flácida y casi morada, como un higo demasiado maduro. Pasacantando cruzó la taberna y fué á sentarse en un banco entre la Pica y Peppuccia, contra la pared pintarrajeada de figuras y letreros obscenos. Era un jovencito larguirucho y esmirriado, con el rostro palidísimo, en el cual surgía la nariz gruesa, rapaz y muy torcida; las orejas se le separaban á los dos lados del cráneo; la boca hociuada, bermeja, y no exenta de cierta morbidez, tenía siempre en las comisuras blancuzca espumilla de saliva. La gorra, que la mugre había hecho consistente y maleable como la cera, le cubría el pelo, cuidadosamente peinado, del cual descendía un

Peppuccia reía forcejeando, y con la risa, el vino mal tragado espurreaba el rostro del provocador. La Africana se puso livida y retrocedió hasta el mostrador. A través del humo denso del tabaco la llegaban las exclamaciones y las palabras entrecortadas de Peppuccia y de la Pica. Pero en aquel momento se abrió la puerta, y en el umbral apareció el *Florentino*, envuelto en su capote como un esbirro.

—¡Eh! ¡Ragazas! — dijo con voz ronca — ¡Qué es la hora!

Peppuccia, la Pica y las demás se levantaron de entre los hombres, que las perseguían aún con la mano y con la palabra. Y se fueron detrás del patrón bajo la lluvia, que convertía el Bagno en un fangoso lago. Pachio, Magnasangue y algún otro también se marcharon uno á uno. Binchi-Banché permanecía amodorrado bajo una mesa, hundido en su embriaguez.

Poco á poco el humo de la taberna se iba concentrando en el techo. Una tórtola desplu-

—¿Qué quieres?

—¿Qué te he hecho yo?

—Nada.

—Entonces, ¿por qué me atormentas y me haces sufrir?

—¿Yo? Ahora me entero. Vaya, buenas noches. No estoy para perder el tiempo.

Y brutalmente insistió en el ademán de marcharse. Pero la Africana se le pegó de tal modo, sujetándole por el brazo, acercando su rostro al de él y oprimiéndole con toda la mole de su carne, con un impulso de pasión y de celos tan terriblemente descompuestos, que Pasacantando quedó aturdido.

—¿Qué quieres? ¿Qué quieres? ¡Dímelo! ¿Qué quieres? ¿Qué necesitas? Te daré todo lo que quieras. ¡Quédate! ¡Quédate conmigo! ¡No me mates! ¡No me vuelvas loca! ¿Qué es lo que necesitas? Anda, ven. Toma todo lo que quieras, todo lo que hay es tuyo.

Le arrastró hacia el mostrador, y abriendo el

cajón, se lo ofrecía todo con un solo gesto. En el cajón, reluciente de grasa, había esparcidas algunas monedas de calderilla, de entre las cuales relucían tres ó cuatro pequeñas de plata. En total, no llegarían á cinco liras.

Silenciosamente, Pasacantando cogió las monedas y empezó á contarlas en el mostrador muy despacio, con un mohín de desprecio en la boca. La Africana miraba alternativamente al dinero y al rostro del hombre, jadeando como una bestia fatigada. Se oía el tintineo del cobre, los saltitos de la tórtola, y en medio de todo, el rumor de la lluvia y del río, que descendía por el Bagno y por la Bandiera.

—No me basta— dijo al fin Pasacantando—. Quiero lo demás. Dame lo otro, ó si no, me voy.

Se echó la boina sobre la nuca; el mechón redondo le cubría la frente, y bajo él, los ojos blanquecinos, llenos de codicia y de desvergüenza, miraban á la Africana atentamente, envolviendo á la mujer como en una maléfica fascinación.

—No tengo nada, nada. Me lo has quitado todo. Si encuentras algo, llévate—balbucía la Africana suplicante, cariciosa, mientras la temblaba el seno y los labios, y las lágrimas hinchaban sus ojillos de cerda.

—¡Ah!, ¿no?— dijo Pasacantando en voz baja, inclinándose hacia ella—. ¿Tú crees que yo no sé que tu marido tiene unos cequíes de oro?

—Pero, Juan, ¿cómo quieres que los coja?

—¡Anda, anda! Ve por ellos. Aquí te espero yo. Tu marido está durmiendo, y este es el momento mejor. ¡Anda! O si no..., ¡por San Antonio!, que no me vuelves á ver más.

—¡Ay, Juan! Tengo miedo.

—¡Qué miedo ni qué...! —blasfemó Pasacantando—. Bueno, iré yo también. Andando.

La Africana, siempre temblando, señaló á Binchi-Banche, que permanecía aún bajo la mesa, hundido en su pesado sueño.

—Bueno; cerremos antes la puerta— asintió, ya resignada.

Pasacantando despertó de un puntapié á Binchi-Banche, que, espantado, empezó á dar gritos, hasta que le echaron afuera, á la lluvia y al fango.

Cerróse la puerta. El farol rojizo, colgado en una de las ventanas, tendía sobre la taberna su fulgor denso y sombrío. Las macizas bóvedas se dibujaron profundas y sombrías. En un rincón, la escalera tenía misteriosa penumbra; toda la arquitectura adquirió entonces una apariencia teatral.

—¡Vamos! — repitió Pasacantando, empu-

jando consigo á la Africana, toda temblorosa.

Subieron la escalera de ladrillo que había en el ángulo más obscuro. La mujer delante y el hombre detrás. Al final de la escalera, llegaron á un cuarto de techo bajo y envigado. En una de las paredes había empotrada una Madona de mayólica azulada, y delante de ella ardía, votivo, un vaso lleno de agua y aceite. En las otras paredes veíanse, como una lepra multicolor, innumerables estampas destrozadas. Olor de mi-

bierta de granos y reluciente de cerumen. Uno de los brazos, desnudo, descarnado, con el grueso relieve de las venas hinchadas como várices, salía de entre las ropas, y la mano se crispaba, agarrando un trozo de sábana, sin duda por la costumbre de coger algo. Tiempo hacía que aquel viejo guardaba dos cequíes de oro, que le había dejado no se sabía qué usurario pariente. Y los conservaba con celoso cuidado dentro de una tabaquera de asta, entre el tabaco, como hacen

otros con ciertos insectos olorosos.

Eran dos cequíes gayos y relucientes, y el viejo, viéndoles y palpándoles á cada momento, sentía, al coger entre el índice y el pulgar el aromático polvo, que aumentaba en él la pasión de la avaricia y la voluptuosidad de la posesión.

La Africana se acercó de puntillas, conteniendo la respiración, mientras Pasacantando la animaba con mudos gestos al robo. De pronto oyóse un rumor en la escalera. Ambos se contuvieron. La tórtola coja y desplumada entró dando saltitos en el cuarto, y encontró el nido habitual en una zapatilla, al pie del lecho. Pero como al acomodarse dentro de la zapatilla volvió á hacer ruido, el hombre, con un movimiento rápido, la estranguló.

—¡Qué! ¿Están?— preguntó á la Africana.

—¡Sí! Aquí están. Debajo de la almohada— contestó ella, alargando la mano bajo el escondite.

El viejo, sin despertarse, se movió, lanzando un involuntario gemido, y entre los párpados apareció un poco del blanco del ojo. Después volvió á hundirse en el senil sopor. El exceso de miedo hizo audaz á la Africana. Metiendo la mano rápidamente, cogió la tabaquera y se lanzó escaleras abajo, seguida de Pasacantando.

—¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío! ¿Ves lo que hago por ti?— balbucía, abandonándose en brazos del hombre.

Muy juntos, con inseguras manos, abrieron la tabaquera, rebuscando

entre el tabaco las monedas de oro. El penetrante aroma estuvo á punto de hacerles estornudar, y esto les produjo un ímpetu de risa.

Pero de pronto se oyó un rumor extraño. Y el viejo apareció en lo alto de la escalera, livido á la luz rojiza del farol, magro, esquelético, con las piernas desnudas, con la camisa hecha jirones. Desde lo alto miraba la pareja de ladrones. Y agitando los brazos, gritaba como un condenado:

—¡Los cequíes! ¡Los cequíes! ¡Los cequíes!

GABRIEL D'ANNUNZIO

DIBUJOS DE BARTOLOZZI



seria, olor de trapos calentados por el calor humano, llenaba la estancia.

Los dos ladrones avanzaron lentamente hasta el lecho conyugal. El viejo dormía y respiraba fuertemente, con una especie de silbido que salía á través de las encías, desdentadas, y de la nariz, húmeda y obstruida por el tabaco. La cabeza monda, descansaba torcida sobre una almohada de algodón rayado. La abertura de la boca, semejante á un corte hecho sobre una calabaza podrida, medio la cubría el hirsuto bigote, amarillento por el tabaco. Y la única oreja visible, parecía la oreja de un perro: peluda, cu-

En el pórtico

*¡Ya estás en el cancel! Tú, que no sabes
por qué en mis melancólicos jardines
es tan triste el olor de los jazmines
y tan doliente el canto de las aves,*

*cuando estos versos de leer acabes,
quizá la frente pensativa inclines,
y á llorar mis tristezas te encamines
sobre las teclas de empolvadas claves!*

*Acoge el libro como á un viejo hermano
que busca tu piedad, de muerte herido...
¡Libro más triste no abrirá tu mano,*

*porque en sus blancas páginas encierra
todas las amarguras que ha sufrido
el corazón más triste de la tierra!*

PAZ
DE
OTOÑO

Paz

*Ya es tiempo de vivir tranquilamente,
en paz con Dios, serena la conciencia,
en una blanca casa, á la querencia
de un ciprés, de un rosál y de una fuente*

*Lejos de las envidias de la gente,
contemplar deslizarse la existencia
con esa cristalina transparencia
que pone algo de cielo en la corriente.*

*Vivir en paz, loando mi fortuna
para todo rencor y todo agravio,
cerrado el corazón á piedra y lodo...*

*Y alguna tarde, sucumbir con una
sonrisa de perdones en el labio...
¡Quien mucho ha amado, lo perdonatodo!*



Acuarela

*Junto á una alberca de aguas cristalinas,
entre el áureo verdor de los chopales,
hay una casa blanca. En sus umbrales
picotean y escarban las gallinas.*

*Sangran en las ventanas clavellinas,
y con sus ojos grandes y leales
un lebel, entre setos y rosales,
persigue el vuelo de las golondrinas.*

*Me detengo un instante, y mientras miro
la blanca casa entre verdores presa,
nostálgico de paz, en un suspiro*

*muy dulce y hondo, á suplicar me atrevo:
¡Señor, una casita como esa,
y dentro un viejo amor y un libro nuevo!*

Como la espuma

*Sereno el mar. Tan sólo en la remota
quietud de su celeste maravilla
la vela triangular de una barquilla
se esfumaba como una gaviota...*

*¿Te acuerdas?... Sonriéndome devota
escribiste, al azar, con tu sombrilla,
mi nombre en las arenas de la orilla
que la espuma del mar baña y azota...*

*El espacio de un beso duró apenas.
La espuma lo borró... Sobre la calma
del mar, cantaban unos pescadores:*

*—¡Poco duró mi nombre en las arenas,
pero menos aún duró en tu alma
el sueño tan azul de mis amores!*

En la paz de la tarde

*¡Oh, qué bello crepúsculo! Se aspira
tal suavidad, tan íntima blandura,
que se empañan los ojos de ternura
y dulce el labio, sin querer, suspira!*

*La tarde en los remansos se azafira,
y al extinguirse en la celeste altura,
tiene la triste y mística dulzura
de una novicia que en su celda expira...*

*Todo se va esfumando... No se siente
el temblor de una hoja... Lejos arde
el oro fugitivo de un zafiro...*

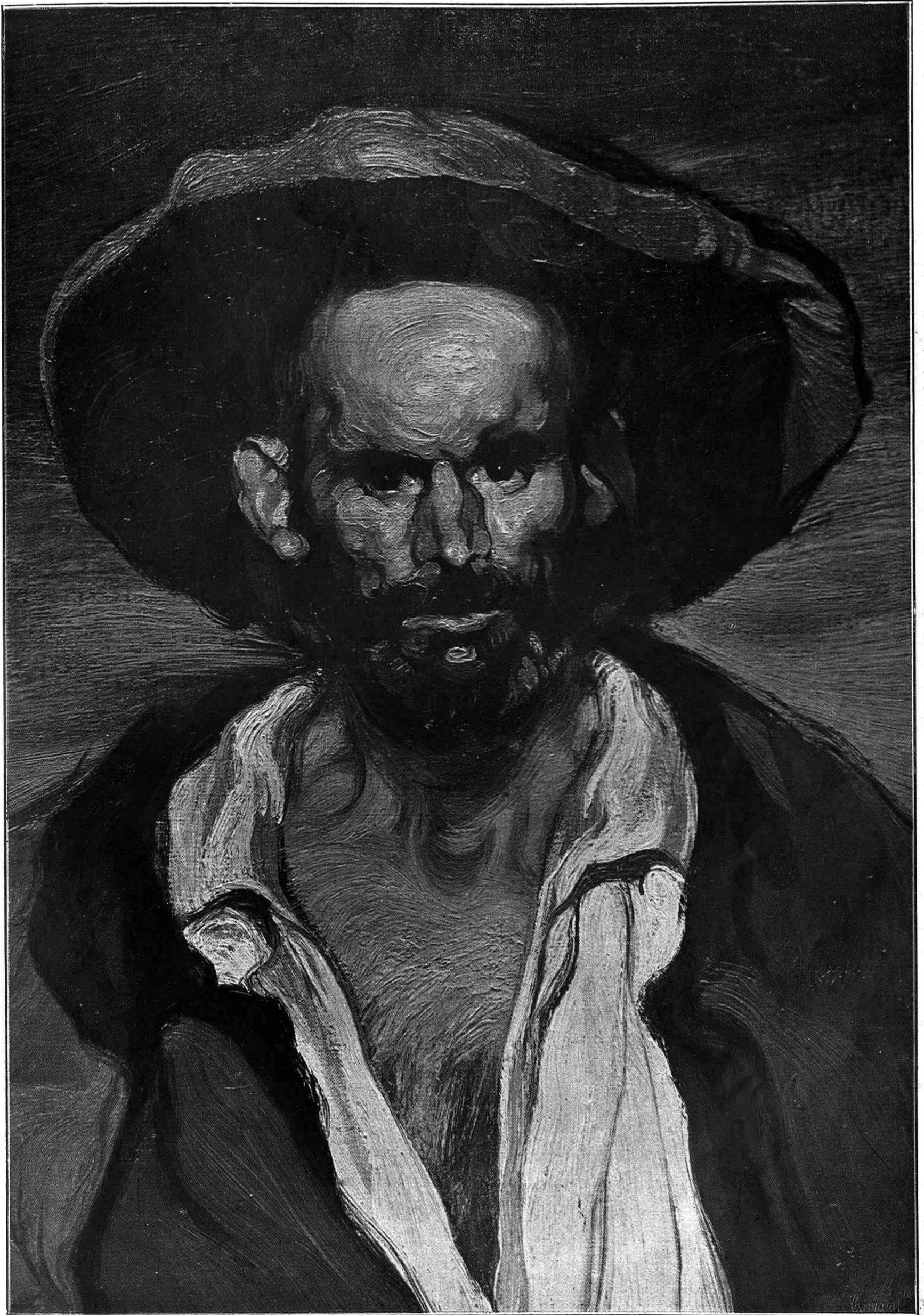
*Y el alma dice, silenciosamente,
viendo extinguirse el humo de la tarde:
—¡Oh, qué dulce es morir en un suspiro!*

Francisco VILLAESPESA

DIBUJO DE PENAGOS

LA ESFERA

TIPOS ESPAÑOLES



SEGOVIANO, cuadro de Ignacio Zuloaga, existente en el Museo de Arte Moderno

ESTADOS UNIDOS
UNA NOVELA DE LA EDAD MEDIA



CAPÍTULO PRIMERO

El secreto revelado

ERA de noche. Reinaba la calma en el enorme y viejo castillo feudal de Klugenstein. El año 1222 tocaba á su término. Allá, en lo alto de la más alta torre, había una luz encendida y se celebraba un consejo secreto. El viejo y severo señor de Klugenstein estaba sentado en un sillón de ceremonia y hundido en una profunda meditación. De repente, dijo con acento de ternura:

—Hija mía.

Un joven de noble aspecto y vestido de pies á cabeza con una férrea armadura, contestó:

—Hablad, padre mío.

—Hija mía, ha llegado el momento de revelar-te el misterio que pesa sobre tu juventud. Este misterio se funda en los hechos que voy á exponerte ahora. Mi hermano Ulrico es el gran duque de Brandeburgo. Nuestro padre decidió en su lecho de muerte que si Ulrico no tenía ningún heredero varón, viniese á mi rama el derecho de sucesión, siempre que yo tuviera un hijo. En el caso de que ni el uno ni el otro tuviésemos hijos varones, sino hembras únicamente, la herencia sería de la hija de Ulrico, con tal de que pudiera llevar un nombre sin tacha; porque si no, sería mi hija la heredera, con tal de que ésta demostrara una conducta irreprochable. Por lo tanto, mi mujer y yo rogamos fervorosamente á Dios que nos concediera el favor de un hijo. Pero nuestras súplicas fueron inútiles. Naciste tú. Yo quedé desolado. Veía que se me escapaba la riqueza y que el sueño espléndido se desvanecía. ¡Y pensar que había esperado tanto! Ulrico vivió durante cinco años sin que su mujer le diera ningún heredero de ningún sexo. «Sin embargo, me dije, todavía no lo hemos perdido todo.» Se me ocurrió un plan salvador. Tú naciste á media noche. Únicamente el médico, la nodriza y seis servidores conocían tu sexo. Les ahorqué sucesivamente en menos de una hora. Y á la mañana siguiente todos los habitantes de la baronía se volvieron locos de contento al enterarse por los heraldos que había nacido un niño en Klugenstein, un heredero del poderoso gran ducado de Brandeburgo. Y el secreto se ha conservado cuidadosamente. Tu propia tía materna te amamantó, y hasta ahora no hemos sentido el menor temor.

Cuando ya tenías diez años, le nació una niña á Ulrico. Esto nos causó mucha pena; pero confiamos en el sarampión, en los médicos ó en otros enemigos naturales de la infancia. ¡Ay,

quedamos descorazonados! ¡Creció rolliza y próspera, el cielo la maldiga! No importa. Ya estamos tranquilos. ¿No tenemos acaso un hijo? ¿No será nuestro amado Conrado el futuro duque? Porque aunque seas una mujer de veintiocho años, ya sabes, hijo mío, que te llamas Conrado. Es llegado el momento en que la vejez pesa sobre mi hermano y le debilita. El Estado pesa también mucho y desea que vayas junto á él para llenar las funciones de gran duque, mientras llega la hora de que lo seas en propiedad. Todo está dispuesto para que salgas esta noche. Ahora fijate bien: Existe una ley tan vieja como Alemania, que si una mujer se sienta un solo instante sobre el gran trono ducal, antes de haber sido debidamente coronada ante el pueblo, se muere de repente.

Por lo tanto, no olvides mis consejos. Finge humildad y pronuncia siempre tus sentencias desde el sillón del primer ministro, que está colocado al pie del trono, hasta que ya seas coronada y fuera de peligro. Es poco probable que se descubra jamás tu sexo; pero, sin embargo, es conveniente tomar todas las precauciones posibles en este mundo traidor.

—¡Oh, padre mío! ¿Y para esto ha sido una falsedad toda mi vida? ¿Por qué he de despojar á mi inofensiva prima de sus derechos? Evitad este acto á vuestro hijo.

—Vamos, hombre, vaya una recompensa por la alta fortuna que te he preparado. Pero te juro por los huesos de mi padre, que tus lloriqueos sentimentales me tienen sin cuidado. Id inmediatamente á reuniros con el duque, y mucho ojo en contrariar mis proyectos.

Después de la partida de su hija, el viejo barón permaneció algunos minutos silencioso, y luego, volviéndose hacia su esposa, la dijo:

—Señora, nuestros asuntos van muy bien. Hace ya tres meses que envié al hermoso y hábil conde de Detzin con una misión diabólica cerca de Constanza, la hija de mi hermano. Si fracasa, no habremos ganado nada; pero si triunfa, ningún poder en el mundo impedirá que nuestra hija sea duquesa, aunque la desgracia no consintiera que fuese duque.

CAPÍTULO II

Festejos y lágrimas

Seis días después de los acontecimientos relatados en el anterior capítulo, la brillante capital del ducado de Brandeburgo resplandecía de pompas militares y vibraba con los gritos dichosos del pueblo leal. Había llegado Conrado, el joven heredero de la corona. El corazón del vie-

jo duque desbordaba de júbilo, porque el hermoso aspecto de Conrado y sus graciosas maneras le sedujeron desde el primer momento. Las grandes salas del palacio estaban llenas de señores, que recibieron noblemente á Conrado.

Pero en una sala apartada del palacio pasaba una escena muy diferente. Asomada á un ventanal estaba la hija única del duque, doña Constanza. Sus ojos estaban rojos, hinchados y llenos de lágrimas. Y como estaba sola, se puso á gemir y á cantar en alta voz: «El cruel Detzin ha venido, — Mi bello duque ha desaparecido, — Nunca lo hubiera creído; — Y yo le quería, le quería, — Aunque mi padre se oponía. — ¿Qué es lo que me ha sucedido? — Ya la razón he perdido — Y ya todo se ha perdido.»

CAPÍTULO III

La intriga se enreda

Pasaron unos meses. Todo el pueblo cantaba alabanzas del modo que tenía de gobernar el joven Conrado. Todos celebraban la sabiduría de sus juicios, la clemencia de sus castigos; la modestia por la cual se obstinaba en no sentarse en el trono. Bien pronto el viejo duque abandonó todos los asuntos en sus manos, y escuchaba con orgulloso júbilo dictar sentencias á su heredero desde el sillón del primer ministro. Realmente, un príncipe tan amado y aplaudido como era el joven Conrado, no tenía motivos más que para ser muy dichoso. Y, sin embargo, ¡cosa extraña!, no lo era. Porque veía con espanto que la princesa Constanza se había enamorado de él, y veía, además, que el duque estaba muy contento por haber descubierto la pasión de su hija, é incluso pensaba en un futuro matrimonio. Conrado quedó espantado. Se reprochaba amargamente haberse dejado llevar de la simpatía que le inspiraba una persona de su sexo cuando erraba, melancólico y suspirante, por el palacio, sintiendo uno de esos deseos de amistad que sólo las mujeres son capaces de sentir. Procuró evitar á su prima, y esto empeoró las cosas; porque, naturalmente, conforme la evitaba, ella tenía más interés en encontrarle. Hasta que al fin un día, al salir de una antecámara contigua á la pinacoteca, Constanza se puso delante de él y, tomándole las manos, exclamó:

—¡Oh!, ¿por qué huís de mí? ¿Qué he hecho yo para que borreís la buena opinión que tenías antes? No me despreciéis, Conrado. Tened lástima de mi corazón, Conrado. Yo no puedo callarme más tiempo, Conrado. Yo os amo, Conrado.

El se puso á temblar como la hoja en el árbol. Luego rechazó desesperado á la joven:

—No sabéis lo que me pedís. Eso es imposible, absolutamente imposible.

Luego huyó como un criminal, dejando á la pobre princesa muda de estupor. Al cabo de un rato, doña Constanza se levantó lentamente y se alejó diciendo:

—¡Ah! ¡Pensar que desprecia mi amor en el mismo momento en que yo creía que su corazón cruel se iba á conmovér! Le odio, le odio porque me ha rechazado como á un perro.

había un solo sitio desocupado. Conrado, vestido de púrpura y armiños, estaba en la silla del ministro. A un lado y á otro se alineaban los grandes jueces del reino. El viejo duque había encargado severamente que su hija fuese juzgada sin clemencia ninguna, y luego se metió en la cama con el corazón roto. Los días de doña Constanza estaban contados. El pobre Conrado suplicó que se le evitara el enorme dolor de juzgar el crimen de su prima, pero todo fué inútil.

Ya los heraldos han pronunciado las pala-

temblor convulsivo sacudió la carroña férrea del viejo barón de Klugenstein. Conrado todavía no estaba coronado. ¿Se atrevería á profanar el trono?

Pero no había otro remedio. Subió dos escalones y, extendiendo el cetro, dijo:

—Acusada: en nombre de nuestro soberano Ulrico, duque de Brandeburgo, os anuncio que, según las leyes de la nación, sólo podréis libraros de la muerte diciendo el nombre y entregando al verdugo la persona de vuestro cómplice. ¡Decid quién es el padre de vuestro hijo!



CAPÍTULO IV

La espantosa revelación

Pasaron más meses. La tristeza grabó de nuevo los rasgos de la hija del buen duque. Ya no volvieron á verse juntos ella y Conrado.

Y de pronto corrió por el palacio y se propagó por toda la ciudad y penetró en todo el ducado un rumor insólito. Las gentes cuchicheaban: «Doña Constanza ha dado á luz un niño.»

Al llegar esta noticia á oídos del señor de Klugenstein, agitó por tres veces el casco empuñado por encima de su cabeza, y gritó:

—Larga vida al duque Conrado. Su corona ya está segura. Detzin ha cumplido con su deber. ¡Bien merecida tiene la recompensa el granuja!

CAPÍTULO V

Catástrofe horrible

Se celebraba el proceso. Todos los altos señores y los barones de Brandeburgo estaban reunidos en la sala de justicia del palacio ducal. No

bras rituales. El venerable ministro de la Justicia manda levantar á la princesa. La infortunada se pone de pie y aguarda, con el rostro descubierto, delante de la asamblea. Y el ministro dice:

—Nobilísima dama. Ante los grandes jueces de este reino se ha declarado y demostrado que, fuera de los lazos sagrados del matrimonio, Vuestra Gracia ha dado á luz un niño. Nuestras antiguas leyes castigan esto con la muerte. Únicamente os queda un recurso, que os diré solemnemente Su Gracia el duque reinante, nuestro señor Conrado. Prestad atención.

Conrado, á pesar suyo, extendió el cetro, al mismo tiempo que, bajo su manto, su corazón femenino se compadecía de la suerte de la desgraciada muchacha. Lágrimas acudieron á sus ojos, é iba ya á pronunciar una palabra, cuando el ministro de la Justicia le dijo precipitadamente.

—No. Ahí, no. No se debe pronunciar una sentencia contra una persona de raza ducal sino desde el mismo trono.

El corazón del pobre Conrado se estrujó. Un

Un silencio solemne, un silencio tan profundo que se oían latir los corazones, envolvió la sala. La princesa se volvió lentamente y, con los ojos brillantes de odio, señaló con su índice á Conrado, diciendo:

—Tú eres ese hombre...

Ni aquí ni en otra parte, ni hoy ni nunca, se encontrará la continuación de este palpitante y dramático relato.

La verdad es que he colocado á mi héroe — ó heroína — en una situación tan comprometida, que no veo manera posible de sacarle — ó de sacarla — de ella.

Por lo demás, yo me lavo las manos en este asunto. El ó ella es el que debe resolver. Al principio pensé que podría desarrollar fácilmente este asunto. Pero ahora he cambiado de opinión.

MARK TWAIN

DE DIBUJOS DE JUAN JOSÉ

LA ESFERA

PRIMAVERA



MADRIGALES

Dibujo de Manuel Bujados



LA ESFERA

VERANO



JARDÍN APASIONADO
Dibujo de Manuel Bujados



EL PINO



Soy un piñón, el fruto y simiente del pino.
 ¡No hay perla más pequeña en estuche más fino!
 Me desdén la almendra, me ignora la bellota.
 Soy manjar de la hormiga, si mi cáscara es rota
 por el pico protervo del pájaro enemigo,
 ó la mano del hombre, que es á veces mi amigo,
 pues no ignora, á pesar de mi forma sencilla,
 que puedo transformarme en una maravilla.
 Cógeme, sembrador, ocúltame en la tierra,
 y verás, con el tiempo, lo que mi cuerpo encierra.
 Mi cuerpo tan ligero, tan frágil, tan menudo,
 dará vida á un gigante, un gran pino copudo...
 Plántame, labrador; la tierra es mi defensa,
 te prometí que un día tendrás tu recompensa;
 y lo mismo te digo á ti, hombre de mar,
 y á ti también, guerrero. Sabré recompensar
 á todos: al obrero, al artista y al vate,
 al que surca la tierra ó el mar; al que combate
 en todas las batallas del mundo y de la vida;
 para todos tendré la dádiva ofrecida...

Quando yo crezca, y sea un pino alto y frondoso,
 extenderé mis ramas bajo el cielo, amoroso,
 y ofreceré en racimos, no el fruto de las viñas,
 sino mi propio fruto, en apretadas piñas,

para que los labriegos repueblen los pinares
 y no vean extinto el fuego de sus lares,
 y haré por el obrero, gustoso, el sacrificio
 de mi madera, para útiles de su oficio,
 y ofreceré al guerrero mi rama esbelta y dura
 con que pueda á su lanza poner fuerte armadura.
 Mi madera más fina, la de mayor virtud,
 será para que el vate construya su laúd,
 un laúd armonioso, cuyas voces suaves
 sean el eco mismo del coro de las aves
 que aniden en mis ramas, entre cantos de amor,
 que comience la alondra y acabe el ruiseñor...
 Y cuando yo no tenga ya nada que ofrecer,
 dada mi última rama, y después de verter
 hasta la última gota de mi vital resina,
 entonces... ¡ay, entonces!... diré á la golondrina:
 «Ven, ave viajera, construye en mi tu nido.
 Sé el alma que me lleve en viaje de olvido...»
 Diré al marino: «Quiero ser mástil de tu nave.
 Recorreré los mares ligero como un ave...
 Siendo el palo mayor de tu nave velera
 pasearé orgulloso, por el mar, la bandera
 de la patria querida, donde tú y yo nacimos...»
 ¡Qué gloria, al fin, ser mástiles, después de lo
 que fuimos!

¡Un piñón tan pequeño, tan insignificante,
 que la Naturaleza trocó en árbol gigante,
 para dar sombra y fuego y cobijo y encanto
 y fruto y alegría, y ser padre de tanto
 pino, tanto, que deje un extenso pinar
 con que poblar un día, de mástiles, el mar!...
 Y así, correr, en alas de las velas gloriosas
 tendidas á los vientos, las aguas rumorosas.
 Ir, desde el Norte helado, por la girante Esfera,
 hasta el desierto cálido donde está la palmera,
 amada de mis sueños, y unir nuestros destinos.
 ¡Ser cabaña, á su sombra, al fin de mis caminos...
 después de recorrer los mares, noche y día,
 conduciendo mi nave á toda lejanía,
 de una playa á otra playa, de una aurora á otra
 aurora,
 y cuando haya llegado nuestra postrera hora,
 heridos por el tiempo, por el rayo ó la guerra,
 servir para llevar el naufrago á la tierra.
 Y, al fin, después de árbol, de mástil y laúd,
 arma, herramienta y choza... ¡ser cuna y ataúd!...

Goy DE SILVA

DIBUJO DE R. VERDUGO LANDI

La mujer y las segundas tiples

EN el balance de la guerra figura un capítulo referente á las nuevas profesiones de la mujer. De tal modo el eterno femenino ha sabido acomodarse á oficios hasta ahora desempeñados sólo por hombres, que se teme incluso toda una inquietud social cuando los soldados pretendan tornar á los talleres de que se apoderaron las hembras durante los cuatro años tan horribles.

Es la revancha de Eva, castigada á causa de su curiosidad. En el período á que aludimos, pudo la fémina acercarse á cuantos árboles del bien y del mal crecen en la tierra, y arrancar sus frutos y paladearlos como golosinas.

Desde aquellas amazonas rusas á las espías tudescas, pasando por las enfermeras patrióticas, ningún papel de la tragedia se negó á las voluntarias damas. Y en los campos, las fábricas y en las calles se improvisaron labriegos, operarios y empleados de servicios públicos, á los que escapaban los rizos por debajo de los tocados propios de cada ocupación. Así, burla burlando, llegaron á formarse legiones de graciosos trabajadores que compiten con su antiguo tirano, el macho, y para que nada falte á las innovadoras, se consiguió en algún país la opción á elegir madamas diputadas, las cuales defenderán los legítimos derechos adquiridos por sus compañeras progresivas.

Única, excepcionalmente, España no contribuyó á la transformación femenina. Veamos: ¿qué oficio nuevo ha aparecido entre nosotros, mejor dicho, entre nuestras compatriotas? Ninguno. La negativa no alcanza á desconocer la mágica evolución de las españolas. El tipo se afina, las siluetas se espiritualizan, de día en día se perfecciona el arte del vestido, la marcha, las costumbres, todo.

Comparad una actual modista de sombreros con una costurerilla, ya legendaria, de mantón y lenguaje de sainete. Las obreritas de hoy se inspiran en los modelos de las películas y leen el *Vogue*, en tanto las muchachas aristocráticas viven en pleno cosmopolitismo. Es decir, que la mujer ibérica no descuida su cultivo, pero en un sentido siempre femenino.

Procuran ellas convertirse en muñecas, en flores humanas, en palpitantes obras de un arte de *bibelotage*, ó sea en todo aquello que desean olvidar las hembras de los otros pueblos. Caminamos á la zaga, y cuando comienzan por ahí fuera las mujeres á reclamar y obtener los derechos del hombre, principian las españolas á solicitar la venia para seducirnos con los encantos de su viva ostia de carne y de su espíritu de gnomo. Por el momento, les basta con no ser ya dirigidas, sin que aun les importe la categoría de directoras.

Y buena prueba del profundo sentido femenino del progreso de las españolas, está en que el único oficio nuevo y para ellas, que ha surgido aquí, no puede encajar más absolutamente en el concepto ya desusado de la mujer. Hablamos de las segundas tiples, reciente creación del trabajo y la moda. Una segunda tiple es el juguete de los millonarios que se arruinan y de los estudiantes que se suicidan por amor. Perpetúase en la cómica insubstancial y bonita, el ídolo de los fatuos, los inexpertos y los sensuales, precisamente la encarnación femenina que más odian las mujeres modernas, anhelosas de redimirse de su carácter de animalitos bellos.

Una segunda tiple es como una gran dama del mundanismo, aunque en pequeño, como si la viésemos con unos gemelos del revés. Bueno, no es que sean así nuestras segundas tiples, sino que así debían ser. Les sobran escrúpulos y resabios de la primitiva ineducación. La mayoría de ellas ostentan en el alma la hebra de hilo que llevaban en la falda cuando eran modistillas.

¿Tardarán mucho en llegar á la Península los ejemplos de las amazonas, enfermeras, granjeras, cobradoras del tranvía, aviadoras, etc., ya admitidos y consagrados en los países que hicieron la guerra? Acaso no, que puede que veamos pronto deliciosas parodias de todo ello, en la escena y á cargo de las segundas tiples. Y desde luego, con la moraleja y triunfo final de la mujer á la manera antigua, caprichosa, irresponsable, infantil y esclava. Y así resultará que la última vuelta que ha dado el mundo, no será para nosotros, en cuanto al problema femenino, más que una vuelta de un vals.

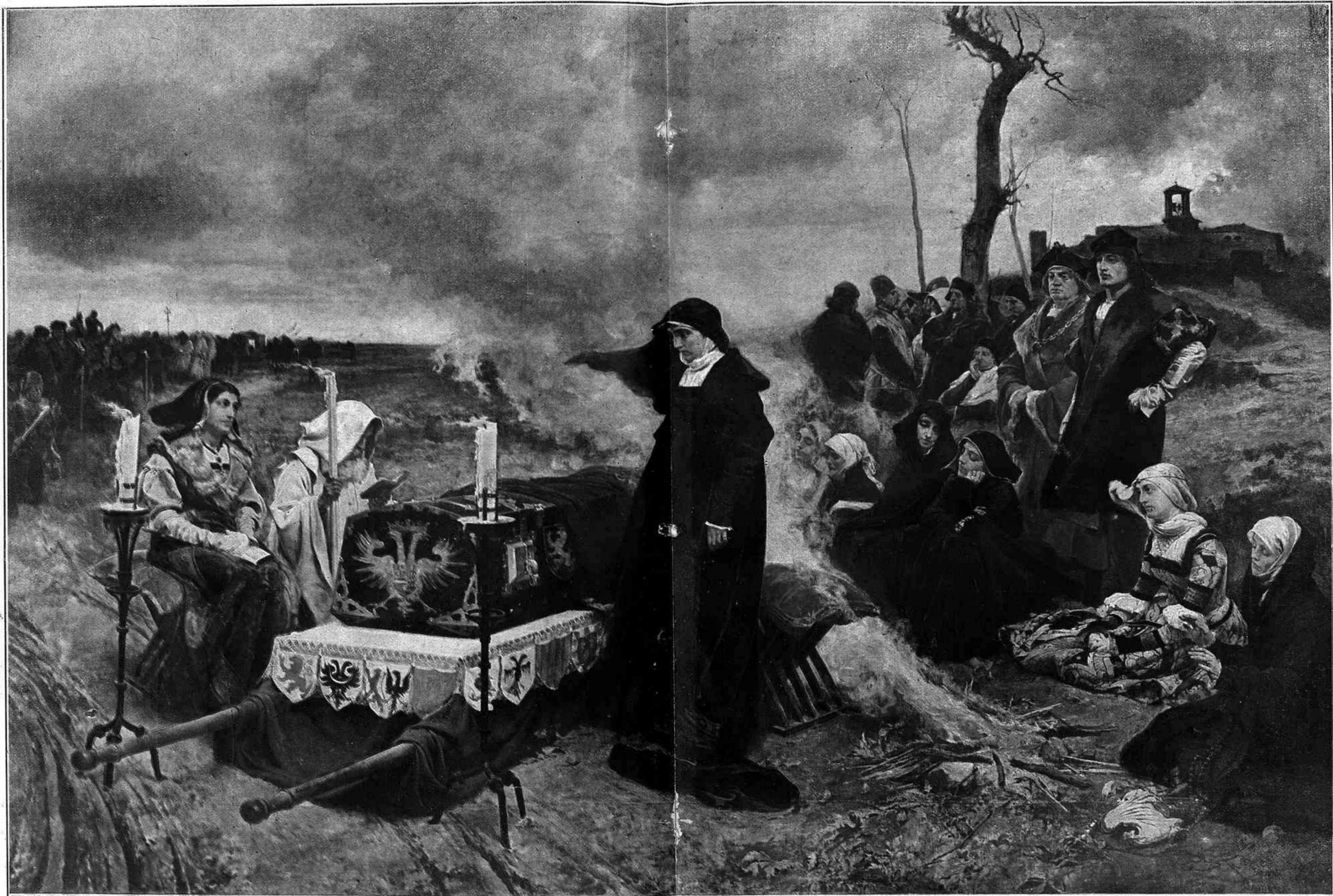
FEDERICO GARCIA SANCHIZ

DIBUJO DE RIBAS



ribas

CUADROS DEL MUSEO DE ARTE MODERNO



DOÑA JUANA LA LOCA, cuadro de D. Francisco Pradilla

RUSIA
EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE INVIERNO



HABÍA terminado un cuento de invierno, sombrío como los días breves y tristes que vivíamos entonces. Dejé la pluma y empecé á pasear por la habitación.

Era de noche. Fuera se anunciaba la tormenta. Llegaban hasta mí desde la calle, y corrían por el cuarto cubierto casi de tinieblas, extraños rumores semejantes á bisbiseos ó á suspiros. La nieve, empujada por el viento, se estrellaba contra los muros, y su capa blanca y espesa pasaba y caía por delante de los cristales, entorpeciendo, enfriando mi alma.

Entonces me acerqué á la ventana y miré hacia la calle. Estaba desierta. De cuando en cuando las ráfagas levantaban la nieve amontonada sobre la calzada y era un torbellino de copos ligeros y blancos.

Frontero á mi casa había un farol, y su llama temblaba, luchaba azotada por el viento. De cuando en cuando el surco vacilante se erguía como la hoja de una espada. Siguen cayendo los copos, y al atravesar la banda luminosa se irisan de centelleos multicolores.

Es tanta la tristeza, que me separo de la ventana, me desnudo, me acuesto y apago la luz.

Dueña por completo la obscuridad de mi cuartó, los sonidos se hacen más distintos, más

claros; el fulgor de la ventana proyecta sobre mí una gran mancha blancuzca. El reloj cuenta los segundos. A veces el rumor de la ventisca ahoga su tic-tac impasible; pero de nuevo se oye el caminar de los segundos hacia la eternidad. Es un tic-tac seco, que se apodera de mí, que me suena dentro del cerebro.

No podía dormirme y pensaba en las páginas recién escritas. ¿Tenían acaso algún valor?

Era el relato sencillo de dos pobres: un viejo ciego y su mujer, dos olvidados de la vida, tímidos y dulces. Una madrugada, la víspera de Navidad, abandonaron su aldea y fueron mendigando por los caseríos cercanos para comprarse un poco de júbilo y disfrutarlo en el gran día.

Mecidos por la esperanza, recorrieron la contornada creyendo que podrían volver á la hora de vísperas, repletos sus bolsillos de regalos, hechos en nombre del Señor. Pero las esperanzas resultaron fallidas y las limosnas fueron escasas.

Era ya muy tarde cuando el matrimonio com-

prendió que debían volver á la cabaña sin fuego. Y los dos ancianos se encontraron en medio de la llanura blanca, con la carga ligera sobre las espaldas y con una pesada amargura sobre el corazón. Ella iba delante, y agarrado á su cintura, seguía el ciego.

Marchaban lentamente, bajo la noche negra. Las nubes encapotaban el cielo; la ventisca danzaba con la nieve; los pies de los míseros se hundían en la fría y ascendente blancura. Y la aldea estaba cada vez más lejana. Proseguían silenciosos, helados por el viento nórdico.

La anciana se equivocó de camino. Iba á lo largo del valle. Y el viejo renegaba.

—¿Llegaremos pronto? Verás cómo no llegamos á tiempo de las vísperas.

Ella respondía que las casas estaban próximas. Sabía que estaban perdidos, pero quería ocultarlo. A las veces, oía ladridos y marchaba en busca de ellos; pero entonces sonaban en el extremo opuesto.

Por último, ya vencida, lo descubre:

—¿Perdóname, en nombre de Cristo! Nos hemos extraviado y ya no puedo más. Detengámonos un poco.

—Te vas á helar.

—¿Qué importa que nos helemos! No es tan dulce nuestra vida que nos dé pena perderla. Quiero descansar un poco.

Cede, suspirando, el viejo.

Se sentaron en el suelo, espalda con espalda, como dos montones de harapos juguetes de la borrasca. La nieve les va cubriendo; les hieren agudos cristallitos, y la vieja, peor vestida que su compañero, empieza á sentir un extraño calor.

—¡Madrecita! — clama el anciano, aterido—. Levántate, ¡vámonos!

Pero ella está adormecida, sueña y le habla de cosas incomprensibles. El intenta levantarla y no puede.

—¡Te vas á helar, madrecita!

Luego, aterrado, espantado, grita pidiendo auxilio. Pero ella no le oye, no puede oírle. Y cuando, ya rendido, cae de nuevo sobre la nieve, es la suya la muda desesperación de los fatalistas: todo lo que sucede en la tierra es por la voluntad de Dios.

La borrasca va desgarrando alegremente los andrajos que protegían los pobres cuerpos cansados de años y de dolor.

De pronto vienen en el viento campanadas lejanas. Son ruidosas, solemnes.

—¡Madrecita! Están tocando á vísperas. ¡Anda, vamos pronto!

Pero ella partió ya para el mundo del cual no se retorna.

—¡Oyes? ¡Levántate! ¡Que están tocando! ¡Que vamos á llegar tarde, madrecita!

Intenta levantarla y no puede. Todo está perdido. Una súplica pasa por sus labios.

—¡Señor, acoge el alma de tus siervos! Ambos somos pecadores, pero tú nos otorgarás el perdón y la gracia.

Entonces le parece que ha recobrado la vista. A través del yermo, en una nube de nieve centelleadora, se alza un templo de extraña arquitectura, el templo de Dios, que avanza hacia él. Tiene la forma de un corazón, y de corazones humanos y ardientes está construido. En lo más alto, Jesús sonríe. El anciano se alza para caer de rodillas sobre el atrio del templo imaginario y contempla extático al Salvador, al Mártir.

Y Jesús le habla con voz clara y consoladora:

—Los corazones inflamados de misericordia son la base de mi templo. Entra, pues, en él tú, que has tenido tanta sed de misericordia durante tu vida; tú, que fuiste desgraciado y humillado, entra y regocíjate.

—¡Señor! — exclama, sollozando de felicidad, el vidente —. ¿Vives, Señor?

Y Cristo sonríe al mendigo y á su compañera, resucitada por esta sonrisa.

Fué así, de este modo, como se helaron dos pobres miserables, una noche, en un campo.

ooo

Recordando esta historia, dudé si sería bastante sencilla y enteneceadora. ¿Despertaría la compasión en sus lectores? Yo creía que sí, y contento de mí mismo, empecé á amodorrarme.

El reloj tictaqueaba marcando, despiadado, parcelas de mi vida, que huían sin dejar huella. Oía el murmullo sordo de la nieve, cayendo incansable.

Aumentó su violencia la tempestad.

El farol de la calle se apagó al fin. Crujió el maderamen de la ventana. Las ramas de los árboles golpeaban, obstinadas, la techumbre. Iban y venían en la noche suspiros, lamentos, aullidos, silbidos. La lúgubre armonía estrujaba de pena el corazón.

De pronto, la mancha clara de la ventana se iluminó más aún con una luz azulina y fosforescente que vino á besar las ropas de mi cama. Y en aquella lumbrada azul surgió una nube espesa, blancuzca, sembrada de estrellas que parecían ojos humanos, y que oscilaba gallardamente bajo la influencia de un hálito misterioso. Esta nube giraba, se obscurecía, se aclaraba, se desgarraba y volvía á unirse. Luego, los jirones se destacaron más netos, más precisos. Visibles en la azulosidad que les envolvía, iban desuniéndose lentamente y tomaban poco á poco formas concidas, familiares á mis ojos. En lo hondo se veían unas sombras de niños; detrás, la figura de

un viejo con largas barbas blancas; más detrás, mujeres.

«¿De dónde vienen estas sombras y qué representan?», me preguntaba á mí mismo.

Este movimiento de mis ideas era visible para los huéspedes de la noche de invierno.

—¿Que quiénes somos y de dónde venimos? — dijo una voz grave, una voz lenta y fría —. Acuérdate, ¿no nos reconoces?

Yo movía silenciosamente la cabeza, negando toda posible relación con las sombras. Y ellas se balanceaban ampliamente en el aire, como si danzaran una danza solemne al ritmo de la borrasca. Siluetas confusas y vaporosas se estrechaban delante de mí. De pronto distinguí entre ellas á un viejo, el viejo ciego, agarrado á la cintura de una anciana encorvada, que me miraba con sus ojos llenos de reproche. Los harapos estaban cubiertos de copos de brillo cega-



dor y extendían la frialdad en torno suyo. Ya sabía quiénes eran; pero, ¿por qué estaban allí?

—¿Y ahora, nos reconoces?

Ignoro si fué la voz del huracán ó la de mi conciencia la que habló; pero esta voz era imperiosa, subyugadora.

—Ya has visto quiénes somos — continuó —. Los otros también son héroes de tus cuentos: niños, mujeres, hombres que hiciste sufrir por el placer de los que te leen. Abre los ojos y mira: van á desfilar ante ti, y podrás juzgar cuán numerosos y desgraciados son esos hijos de tu imaginación.

Entonces empezó el desfile de sombras. Fueron las primeras un niño y una niña, semejantes á dos grandes flores de nieve, que estelaban claridad lunar.

—Ahí tienes dos niños que hiciste morir bajo la ventana de una casa donde brillaba el árbol de Noel. Acuérdate: le contemplaban temblorosos de deseo, y quedaron allí inmóviles, helados.

A su vez se mostró una mujer espectral, de rostro pálido.

—Mira: esta es la madre ansiosamente esperada, que en la noche de Navidad se esforzaba en llegar al pueblo para entregar á sus hijos po-

bres regalillos buscados muy lejos, y que desfalleció en el camino.

Contemplé, aterrado y compasivo, desaparecer á la sombra. Y el cortejo continuaba, mientras la voz inexorable iba nombrando los héroes de mis obras amargas.

Yo temblaba de espanto y de frío frente á las sombras, lúgubres y silenciosas, que pasaban ondulando sus blancas vestiduras. Me oprimían el pecho sus movimientos lentos y la angustia indecible de las vagas miradas. ¿Qué querían de mí? ¿Qué se proponían?

Llegó, por último, el viejo ciego, de los harapos nevados, y clavó en mí la mirada de sus ojos, que el terror desorbitó. Su barba centelleaba de escarcha y de sus labios pendían carambanos. La anciana sonreía con la sonrisa feliz de los niños, muerta en la angustia de las arrugas faciales. Entonces, la voz lenta é impasible volvió á sonar de nuevo.

—Responde tú mismo á tus preguntas. ¿Por qué has escrito todas estas cosas? ¿Por qué, no bastándote las desgracias reales, la infelicidad tangible y visible de la vida, has inventado nuevas torturas y te esfuerzas en hacer reales tus fantasías? ¿Qué pretendes con ello? ¿Deshacer las ruinas de fe y esperanza que le restan á los hombres; quitarles toda confianza de redención mostrándoles sólo el mal? ¿Por qué odias tanto á los hombres, que quieres destruir en ellos el deseo de vivir, presentándoles la existencia como un suplicio sin término? ¿Cuál es tu propósito, dílo?

Yo estaba consternado. Estos reproches eran muy raros, ¿verdad? Todos los escritores emplean el mismo procedimiento cuando se trata de cuentos de Navidad. Se coge de cualquier sitio á un pobre muchacho ó á una pobre niña, y se les hace morir de frío bajo las ventanas de una casa opulenta donde centellea el árbol lleno de luminarias. Es una costumbre literaria.

—Oídme, sombras. Voy á contestar á vuestras preguntas, y confío que luego no me negaréis el derecho á dormir tranquilo el resto de la noche. Al describir todas estas miserables agonías, sólo intento despertar en mis semejantes sentimientos compasivos y humanitarios. Sólo procuro enternecer los corazones secos y abrir los corazones cerrados.

Hubo un extraño movimiento entre las sombras. Yo las miraba estupefacto, sin comprender. Giraban en una ronda silenciosa, como sacudidas por la fiebre. Se retorcían luchando contra el torbellino, que quería arrebatárselas, y el huracán aullaba, silbaba, reía, reía.

—Se rien de ti — dijo la voz implacable

—¿Por qué?

—Por lo ingenuo é infantil de tu defensa. ¿Pretendes, representando dolores imaginarios, despertar

buenos sentimientos en los corazones acostumbrados á los dolores reales? ¿Qué tontería! Cuando la realidad miserable no entenece á los hombres ni conmueve su alma, ¿van á conseguir conmoverla tus pobres fantasías?

Seguían las sombras gesticulando, seguía el viento riendo, y la voz implacable hablaba, hablaba.

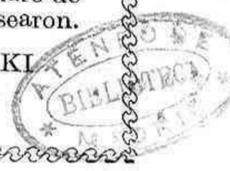
Quise huir de aquella obsesión; me hundi en la obscuridad. Y de pronto, resbalando del lecho, caí de cabeza en un sombrío abismo, hacia cuyo fondo rodaba, sofocado por la rapidez de la caída. Silbidos, aullidos y, sobre todo, la risa espantosa de las sombras, me perseguían. Y á través de las tinieblas, clavaban en mí la mirada fija de sus ojos muertos.

ooo

Desperté al amanecer, dolorida la cabeza, angustiado. Mi primer movimiento fué precipitarme sobre las cuartillas donde había descrito la aventura del mendigo ciego y de su compañera. Las rasgué sin leerlas. Y en el aire claro de la mañana arrojé sus trozos, que mariposearon.

MÁXIMO GORKI

DIBUJOS DE ECHEA



LA ESFERA

OTOÑO



LAS HILANDERAS

Dibujo de Manuel Bujados



LA ESFERA

INVIERNO



CAPRICO BURLESCO

Dibujo de Manuel Bujados



FRIVOLIDADES

LA PEREZA DE LA MUJER MODERNA

Es un hecho. La mujer moderna acaba de encontrar un arma eficazísima para herir certeramente la sensibilidad del hombre moderno. Me lo ha revelado el «Diario» de una mujercita dorada con translúcidas carnes de ópalo y ojos de tigresa. Yo os lo leeré en secreto...

«1.º de Enero de 1917.

»Día perdido. Es inútil. Salí de compras por la mañana, paseé en *auto* por la tarde y asistí durante la noche á la ópera... Nada... Los hombres me han mirado como bobos; alguno, más audaz, quiso besarme con los ojos; pero..., en definitiva..., nada!..., nada!... Todos me dejaron escapar, adoptando ese aire impertinente de indiferencia que caracteriza al hombre moderno... ¡El hombre moderno!... No hay cosa más ridícula que el hombre moderno. Con el hongo encasquetado hasta las narices, el bigote á la inglesa, el gabán de trabilla, los zapatos de charol, el pantalón por los tobillos, los calcetines de seda y el bastón de porra cogido en forma de pica, el hombre moderno marcha por esas calles de Dios, acompasando sus andares, su gesto y su espíritu al ritmo de cualquiera de esos malditos *fox-trot* que se bailan en el *super-tango* del Palacio. ¡Oh!... Esto no es un hombre de carne y hueso; es un mequetrefe, un muñeco inglés, por no decir otra cosa peor... Su indiferencia de *fox-trotman* ante nuestros encantos, nos hiera, nos ofende, nos irrita, y, en suma, nos obliga á dudar de la masculinidad de los pollos del día. ¡Ellos tienen la culpa! ¿Pues qué?, ¿acaso hoy no estuve tentadora con mis falditas cortas, luciendo mis pantorrillas estallantes en medias sedañas, mis blusitas transparentes y mis sombrerillos graciosos?... ¿No son sugestivos mis ojos brillantes, que prometen; mis labios finos y briosamente carminados; mis andares ligeros y gráciles, de perdiz acosada; mis manos largas y pulidas, y mi descote de alabastro y rosas tempranas? ¿Qué más quieren éstos pasmados para decidirse?... ¿Cómo conseguiremos que salgan de su marasmo? ¿De qué forma venceríamos esa estúpida indiferencia, tras de la cual se atrincheran?... ¡Oh, Dios mío!, ¿quién pudiera vencer ese impertinente gesto, que parece decirnos: «más valgo yo!»... Antiguamente, los hombres, con sus grandes bigotes á la borgeña, su capa de burladores y su aire donjuanesco, nos perseguían, nos sitiaban y nos hacían soñar; hoy... apenas nos hacen reír... ¡Uf! ¿Qué ridículo es el semihombre moderno!...»

«1.º de Enero de 1918.

»Pero, ¿qué pasa?... ¿Qué barbaridad! Nada..., que no es posible salir á la calle. Desde que me he decidido á no usar corsé y he adoptado este andar lento y perezoso, que da la sensación

de pequeños desmayos, los hombres se vuelven locos, me piropean, me persiguen..., me encierran en casa y me escriben cartas que son ascuas... ¡Poco á poco, caballeritos!... Hay que marchar al compás de nuestra pereza, como nosotras hemos aguantado la afrenta de vuestro aire impertinente de *fox-trotman*... Ya hemos dado con el arma que sacude vuestra medula y os saca de quicio... No era la falda pantalón, ni las piernas al aire, ni el descote exagerado, ni la indumentaria del *tennis*; es esta pereza musulmana la que os arrastra... Andamos con cansancio, con desmayo, como si sintiéramos deseos de dejarnos caer en vuestros

brazos...; y... cuando, confiados, los tendéis, nos reímos... de vuestro candor y de vuestros gabanes entallados, de vuestros botines blancos y de vuestros bigotillos ridículos... Ahora bien; confesamos nuestra equivocación de varios años... Creímos que la mujer moderna debía ser ligera, varonil, un poco norteamericana... Nada de eso... La mujer moderna, si quiere arrebatarse á los hombres, debe ser femenina, perezosa, y andar lentamente y rizando el cuerpo, como una pantera; como anduvieron siempre las heroínas.»

EL CABALLERO AUDAZ

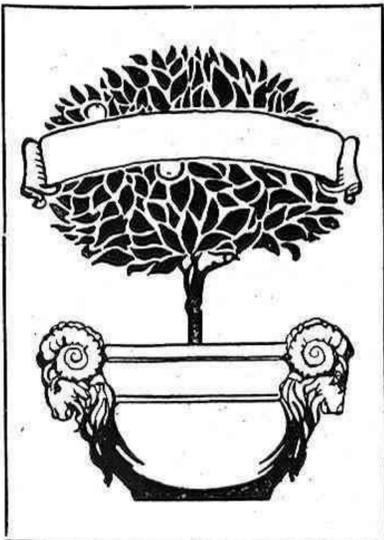
DIBUJO DE TOTARET



Totaret



DEL MODELO VIVO



... Y su obra fué genial, no fué reflejo
de tu vana hermosura indiferente,
retratada en su lienzo, solamente
como en la clara luna de tu espejo.

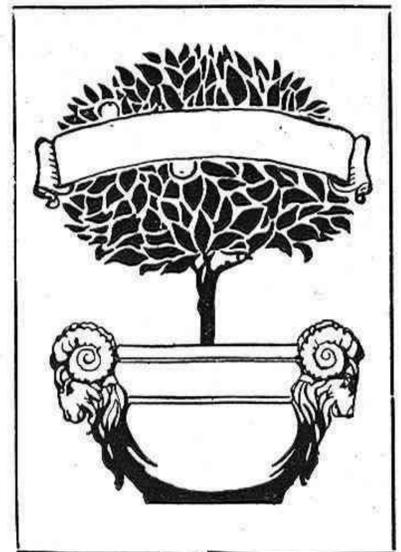
El dió la majestad á tu entrecejo,
de Venus y Minerva juntamente,
y dió un encanto al labio sonriente
en donde hasta el mufismo era consejo.

Y no copió ni el tizne de la ojeva
ni el rostro enjalbegado de pintura,
ni el carmín de la boca vocinglera

donde toda palabra es impostura.
Dió vida, al retratarte, á una quimera,
cuyo hechizo menor es la hermosura.

Francisco A. DE ICAZA

LIBRO DE PENAGOS



LA ESFERA

LA PINTURA ESPAÑOLA



RETRATO DE LA INFANTA ISABEL FERNANDINA DE BORBÓN

Cuadro de Carlos Luis de Rivera, que se conserva en el Museo de Arte Moderno



JAPÓN

Por qué Sanemori se teñía los cabellos

UN samurayo que estaba al servicio de los Heiké, que vivía en el país de Mouçasbi y que se llamaba Nagai no Saito Betto Sanemori, pensó una vez: «Ya tengo más de setenta años; ya no me queda ninguna gloria que esperar; no puedo escapar á la muerte, y lo mismo da morir en un país que en otro. Será siempre igual.»

Y en vista de ello, poniendo sobre sus vestidos de seda roja y bordada su armadura, de escamas negras, y llevando sobre el hombro diez y ocho flechas empachadas con plumas de halcón, se adelantó él solo y combatió, desafiando la muerte.

En el ejército de Kiço había un hombre, habitante del país de Shinano, que se llamaba Tezuka no Taró Mitsoumori, y éste fué el que, fijando la vista en Sanemori, se dirigió hacia él. Sanemori, también fijando la vista sobre Tezuka, se dirigió hacia él. Y entonces, Tezuka, acercándose, dijo:

—¿Quién sois y por qué combatis solo? ¿Sois un general ó un simple samurayo? Me molestáis de todos modos. Decid vuestro nombre. Yo me llamo Tezuka no Taró Kanazashino Mitsoumori, que vive en el pueblo de Souwa, en el país de Shinano. Soy un buen adversario. Decid, pues, vuestro nombre, y empecemos.

Acercaron más sus caballos.

—Ya he oído hablar de vos—dijo Sanemori—. Yo no diré quién soy, por ciertas razones. No os tengo el menor odio. Cortadme la cabeza sencillamente y mostradla á los Ghennji, y tendréis una buena recompensa. No echéis esta cabeza al río. El señor Kiço debe conocerme. Si combato solo, es porque he renunciado á la vida. Sea cual fuere el enemigo, siempre es agradable luchar. ¡Venid, Tezuka!

Y diciendo esto, arrojó su arco y se lanzó sobre Tezuka.

Entonces, un samurayo de Tezuka, para impedirle que alcanzara á su amo, se puso por medio. Sanemori le atacó.

—Eres un servidor de Tezuka y no puedo perderte.

Y cogiéndole por la hombrera, mientras que con la mano izquierda sostenía las bridas de su cabalgadura, le arrancó del caballo y le arrastró de tal modo, que los pies del servidor estaban á menos distancia de un *shakou* del suelo. Al ver esto, Tezuka, para salvar á su servidor de la muerte, cogió también por la hombrera la armadura de su enemigo. Y lanzando un *pei*, bajó también él del caballo.

Sanemori hubiese querido combatir con sus dos adversarios. Pero los tres juntos cayeron de las cabalgaduras.



Sanemori, apoderándose del samurayo de Tezuka, sacó su sable y le cortó la cabeza.

Al mismo tiempo, Tezuka, apartando la hombrera derecha de Sanemori, le traspasó, hundiendo su arma más allá de la empuñadura, y luego le cortó la cabeza.

ooo

Tezuka, llevando la cabeza de su enemigo, se presentó al señor Kiço y le dijo:

—Mitsoumori ha conquistado la cabeza de un valiente guerrero. Cuando le invité á que me dijera su nombre, me contestó: tengo razones para callar. Pero el señor Kiço debe conocerme. Y no me dijo su nombre. Cuando yo le pregunté si era un samurayo, llevaba una vestidura de seda bordada. Le preguntaba si era un general, y no tenía soldados. Pensaba si sería un hombre del Oeste, y tenía el acento del Banndó. Pensaba si sería un hombre joven, y las arrugas de su rostro atestiguaban más de setenta años. Pensaba si sería un viejo, y su barba y sus cabellos negros indicaban un hombre robusto. ¿A quién, pues, pudo pertenecer esta cabeza?

Kiço, después de reflexionar, exclamó:

—¡Ay! Debe ser Saito Bettó de Mouçasbi. Sin embargo, como yo era muy joven todavía cuando le conocí, debía estar hoy cubierto de cabellos blancos. ¿Cómo explicarse que sus cabellos y su barba sean negros? Y, sin embargo, me parece que esta es la fisonomía de su rostro. Es curioso. Higoutchi era su antiguo camarada; tal vez él pueda reconocerle.

Y diciendo esto, le hizo venir.

Higoutchi, tomando la cabeza entre sus manos, no hizo más que verla, y en seguida empezó á llorar *hara-hara*.

—¡Ay, qué pena! Es Sanemori.

—¿Y por qué entonces esa barba y esos cabellos negros?

—Sí, ya me acuerdo por qué —dijo Higoutchi—. Sanemori decía siempre: «Los que siendo viejos toman el arco y las flechas para ir al combate, deben teñirse los cabellos con tinta negra.»

He aquí por qué. Incluso en tiempo de paz, los jóvenes se burlan de los cabellos blancos; con mucha más razón, sobre los campos de batalla.

Si un viejo quiere adelantarse, dicen ellos que no tiene discernimiento; si retrocede, le insultan de no tener valor; y así, no se atreve á rivalizar con los jóvenes.

En cuanto á los enemigos, desprecian á los viejos como inútiles para todo.

Los cabellos blancos de la vejez son la cosa más triste.

Ya lo dice una poesía de Shounzei:

No siendo las jóvenes legumbres
Que en el valle crecen
En vano
Acumulando los años
Se mojan nuestras mangas (1).

Los hombres deben dejar algunas palabras para que se acuerden de ellas en lo porvenir. Por esto se tiñó de tinta negra sus cabellos.

Dicho esto, y como habían sido amigos durante muchos años, Higoutchi Jiro Kamemitsou pidió agua y lavó por sí mismo la cabeza, que se cambió entonces en la de un viejo, cubierto de cabellos blancos.

Era, sin duda alguna, el propio Sanemori.

Kioyou, de China, purificándose las orejas en el agua del río Eycenn, dejó su nombre á la posteridad (2). Sanemori, del Japón, tiñéndose los cabellos de tinta negra en el campo de batalla, alcanzó la admiración de todos.

(Del *Ghemmpéi Seïçouiki*.)

DIBUJO DE ANTEQUERA AZPIRI

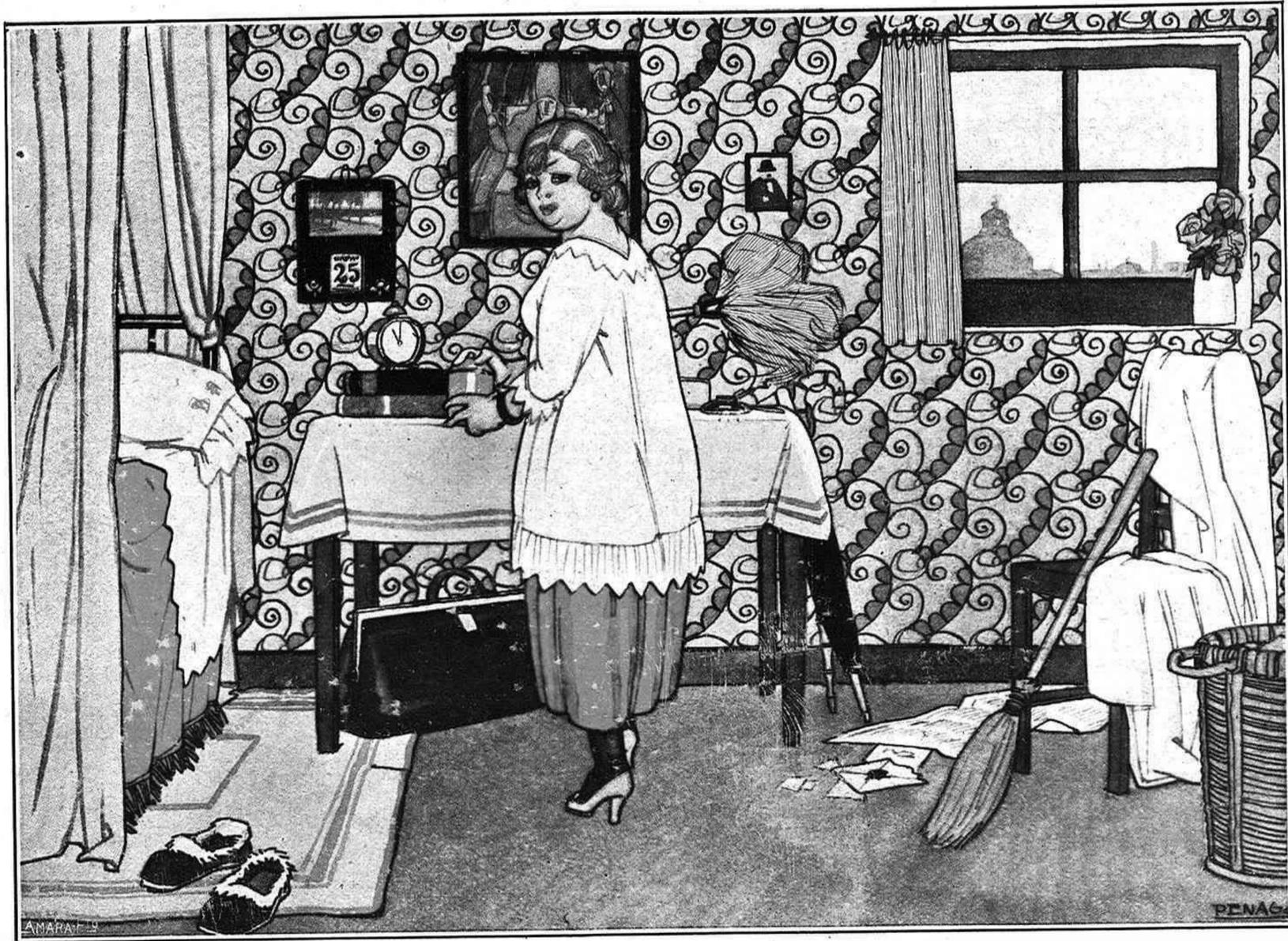
(1) Los dos primeros versos preparan los restantes. Es decir: no se pueden recoger las «jóvenes legumbres» sin mojarse las mangas, pero al menos se consigue algún resultado, mientras que es inútil que el viejo acumule los años y que llóre su decrepitud. Hay, además, un juego de palabras sobre *tsoumou* —«recolectar» y «acumular»—, ó sea la oposición entre las «jóvenes legumbres» y los años de la vejez.

Yoshinari ó Shounzei (1113-1204) fué el recopilador del *Yennzaishou* de la época de Heia.

(2) Kioyou, Diógenes chino, á quien la leyenda le hace vivir tres mil años antes de Jesucristo. Un día, el emperador Yao, habiendo oído hablar de su sabiduría, le pidió que cambiase con él la jefatura del Estado. Kioyou se apresuró á lavar sus orejas ensuciadas, por la oferta de esta suprema dignidad; y su amigo Sofou, que llevaba en aquel momento á beber á sus bueyes, le apartó en seguida de las aguas moralmente contaminadas.

(Notas de Michel Revon)

EL COMENDADOR PINHO



A madame de Jouarre

HE aquí, mi excelente madrina, lo que ha «visto» y «hecho» desde Mayo en la famosísima Lisboa—*Ulyssipo pulcherrima*—su admirable ahijado. He descubierto un compatriota y pariente mío, de las Islas, que vive hace tres años construyendo un sistema filosófico en el piso tercero de una casa de huéspedes de la travesía de Palha. Mi pariente, que se llama Procopio, es un espíritu libre, emprendedor y diestro paladín de las Ideas generales, y que, considerando que la mujer no vale los tormentos que ocasiona, y que los ochocientos mil reis de un olivar bastan y sobran para un espiritualista, ha consagrado su vida á la Lógica, y sólo se interesa y sufre por la Verdad.

Es un filósofo alegre. Habla sin dar gritos. Tiene un excelente aguardiente de moscatel, y yo trepo gustoso dos ó tres veces por semana hasta su oficina de metafísica, para enterarme si el alma dulce de Maine de Biran, que es su guía en los viajes por el Infinito, entrevió al fin, á través de sus últimos velos, la Causa de las Causas. En estas piadosas visitas voy poco á poco conociendo algunos de los huéspedes que en ese tercer piso de la travesía de Palha disfrutaban una buena vida ciudadana por doce tostones diarios, sin contar el vino y la ropa lavada. Casi todas las profesiones en que se ocupa la mesocracia portuguesa están allí fielmente representadas, y de este modo puedo estudiar fácilmente, como en un índice, las ideas y los sentimientos que en nuestro año de gracia constituyen el fondo moral de la nación.

No carece de encantos esta casa de huéspedes. El cuarto de mi primo Procopio tiene una estera nueva, una cama de hierro, filosófica y virginal; vistosos visillos en las ventanas; rositas y pájaros por las paredes, y en todo ello mantiene un rígido aseo una de estas criadas que sólo produce Portugal, bella moza de Traz-os-Montes, que, arrastrando sus chancas con la indolencia grave de una ninfa latina, barre, friega y arregla todo el piso; sirve nueve almuer-

zos, nueve comidas y nueve cenas; cose los botones de pantalones y calzoneillos que los portugueses pierden constantemente; almidona las enaguas de la señora; reza el rosario de su aldea, y aun le queda tiempo para amar desesperadamente á un barbero vecino suyo, que está decidido á casarse con ella cuando le empleen en la Aduana — y todo esto por tres mil reales de soldada. El almuerzo se compone de dos platos sanos y abundantes: huevos y biftec. El vino procede del propio cosechero, un vinillo leve y precoz, hecho con arreglo á los venerables preceptos de las *Geórgicas*, y muy semejante, sin duda, al vino de la Rethia — *quot carmine dicam, Rethica?* —. Las tostadas, hechas al fuego vivo, son incomparables.

Y los cuatro cuadros, ornamento de la sala, son un retrato de Fontes, el estadista ya muerto, á quien veneraban los portugueses; una estampa de Pio IX, que sonríe y bendice; una vista del Valle de Collares, y dos doncellas besuqueando una tórtola, y que inspiran todos ellos las saludables y tan necesarias ideas del Orden social, de la Fe, de la Paz campestre y de la Inocencia.

La patrona, doña Paulina Soriana, es una señora de cuarenta otoños, frescachona y rolliza, con el cuello muy grueso, y toda ella más blanca que el matiné blanco que usa siempre con la falda de seda roja. Tiene el aspecto de una excelente señora paciente y maternal, de buen juicio y de buena economía. Sin ser rigurosamente viuda, tiene un hijo también gordo, que se come las uñas y estudia en el Instituto. Se llama Joaquín, y por cariñosa abreviatura, Quinciño. Esta primavera estuvo enfermo de un duro mal que le obligaba á ingurgitarse infinitas horchatas y á tomar baños de asiento. Doña Paulina le destina á la burocracia, la carrera que cree, muy justamente, más segura y más fácil.

—Lo esencial para un rapaz — afirmaba hace varios días la apreciable señora, después del almuerzo y montando una pierna sobre otra — es tener padrinos y agarrar un empleo; lo demás, se arregla pronto. El trabajo es poco y el sueldo seguro á fin de mes.

Doña Paulina está tranquila respecto de la carrera de su hijo. Gracias á la influencia — todopoderosa en estos reinos — de cierto amigo suyo, el señor consejero Vaz Netto, le reservan en el Ministerio de Obras públicas ó en el Ministerio de Justicia, un puesto de escribiente para Quinciño. Incluso, en vista de que á Quinciño le suspendieron en los últimos exámenes, el ya mencionado señor consejero Vaz Netto acordó que lo mejor era que no terminase sus estudios en el Instituto, ya que mostraba tan poca afición á las letras, y que tomara posesión inmediatamente del destino.

—No obstante — añadió la buena señora, al honrarme con estas confidencias —, á mí me gustaría que Quinciño terminase sus estudios. No es que lo necesite ni por causa del empleo, como Vuestra Excelencia puede comprender, sino por gusto simplemente.

Por lo tanto, Quinciño tiene ya su porvenir agradablemente garantizado. Además, supongo que doña Paulina ahorra para él un prudente peculio. En la casa, muy acreditada, hay ahora siete huéspedes, y todos ellos fieles, permanentes y gastando en los extras de 45 á 50.000 reis mensuales. El más antiguo y el más respetable — que es precisamente al que conozco — es Pinho, el brasileño Pinho, el comendador Pinho. El es quien anuncia todas las mañanas la hora de almorzar — el reloj del comedor está parado desde Navidad — saliendo de su cuarto á las diez puntualmente con su botella de agua de Vidago, y yendo á ocupar en la mesa, ya puesta, pero todavía vacía de gente, su silla: una silla especial de mimbre con un almohadón de viento. Todos ignoran la edad, la familia, la tierra en que nació, los trabajos en que se ocupó en el Brasil, y hasta los orígenes de su encomienda. Llegó una tarde de invierno en un paquebote de la Mala Real; pasó cinco días en el lazareto; desembarcaron con él dos baúles, la silla de mimbre y cincuenta y seis latas de dulce. Alquiló uno de los cuartos de esta casa de huéspedes, que tenía ventana á la calle, y aquí empezó á engordar pacífica y risueñamente con el 6 por 100 de sus

títulos. Es un individuo rechoncho, bajito, con la barba grisácea y la carnación de un tono obscuro de café; va siempre vestido de casimir negro, y lleva lentes de oro pendientes de una cinta de seda, que de cuando en cuando, en la calle, en las esquinas, desenreda de la cadena de oro del reloj, para leer, interesado y lento, los carteles de los teatros.

Preside su vida una de esas prudentes regularidades que de modo tan admirable concurren para crear el orden en los Estados. Después de almorzar se pone sus botas de caña, lustra su chistera y marcha, muy despacio, hasta la calle de los Capellistas, donde tiene el corredor Godínez su escritorio, en el cual pasa dos horas, sentado junto al balcón, con las velludas manos cruzadas sobre el puño de la sombrilla. Después se mete la sombrilla bajo el brazo; con saboreada pachorra sigue la calle del Ouro, deteniéndose á contemplar, de cuando en cuando, á las señoras más elegantes ó á las victorias de más lujo — librea, y llega hasta el estanco de Sousa, en el Rocío, donde bebe una copa de agua de Caneças y reposa hasta que la tarde refresca. Se encamina entonces á la Avenida para gozar del aire puro y del lujo ciudadano, sentado en un banco, ó bien da una vuelta al Rocío bajo los árboles, con el rostro erguido y dilatado por el bienestar. A las seis se recoge, se quita y dobla su abrigo; se pone las zapatillas de tafilite; se endosa una cómoda americana de algodón, y cena, repitiendo siempre de la sopa. Después del café, da un paseo higiénico por la Baixa, con detenciones pensativas, pero sonrientes, ante los escaparates de las confiterías y de las tiendas de modas. Algunos días sube al Chiado, da vuelta á la esquina de la calle Nova da Trindade, y regatea, plácido y firme, una entrada para el Gimnasio. Todos los viernes entra en su Banco, que es el *London Brazilian*. En los crepúsculos dominicales visita, recatadamente, á una moza gorda y limpia que mora en la calle de la Magdalena. Cada semestre corta los cupones de sus títulos.

Así, pues, toda su existencia tiene un pautado reposo. Nada le inquieta, nada le apasiona. El universo, para el comendador Pinho, consta de dos únicas entidades: él propio, Pinho, y el Estado, que le da el 6 por 100. Por lo tanto, el universo es perfecto, y perfecta la vida mientras Pinho conserve el apetito y la salud, gracias á las aguas de Vidago, y mientras el Estado continúe pagando fielmente el cupón. Bien poco le basta para contentar las dos porciones de alma y de cuerpo de que aparentemente se compone. Esa necesidad que todo sér vivo — incluso las ostras, según afirman los naturalistas — tiene de comunicarse con sus semejantes por medio de gestos ó sonidos, es muy limitada en el comen-

dador Pinho. A mediados de Abril sonríe y dice, desdoblado la servilleta: «Ya tenemos el verano encima.» Todos asienten y Pinho goza. A mediados de Octubre se pasa la mano por la barba y murmura: «Ya tenemos encima el invierno.» Y si algún otro huésped disiente, Pinho enmudece, porque teme las controversias. Se conforma con este honrado intercambio de ideas. Con tal de que en la mesa le sirvan una sopa suculenta y en un plato bien hondo, para que pueda llenarlo dos veces, se considera feliz y da las gracias á Dios. En cuanto á esas otras necesidades de la inteligencia y de la imaginación, que Humboldt encontró incluso en los botecudos, se satisfacen con el *Diario de Pernambuco*, el *Diario de las Noticias* y alguna comedia del Gimnasio ó de magia. En las funciones del sentimiento, Pinho sólo pretende modestamente — según reveló un día á mi primo — «no coger una dolencia». Con la cosa pública siempre está conforme, gobierne quien gobierne, con tal de que la Policía mantenga el orden y no se produzcan en los principios y en las calles disturbios nocivos al pago del cupón. Y, por último, en cuanto al destino ulterior de su alma, Pinho — según me aseguró él mismo — «sólo desea, después de muerto, que no lo entierren vivo». Incluso, respecto de un punto tan importante como es el mausoleo para un comendador, Pinho es poco exigente: le basta una piedra lisa y decente con su nombre y un sencillo *Orad por él*.

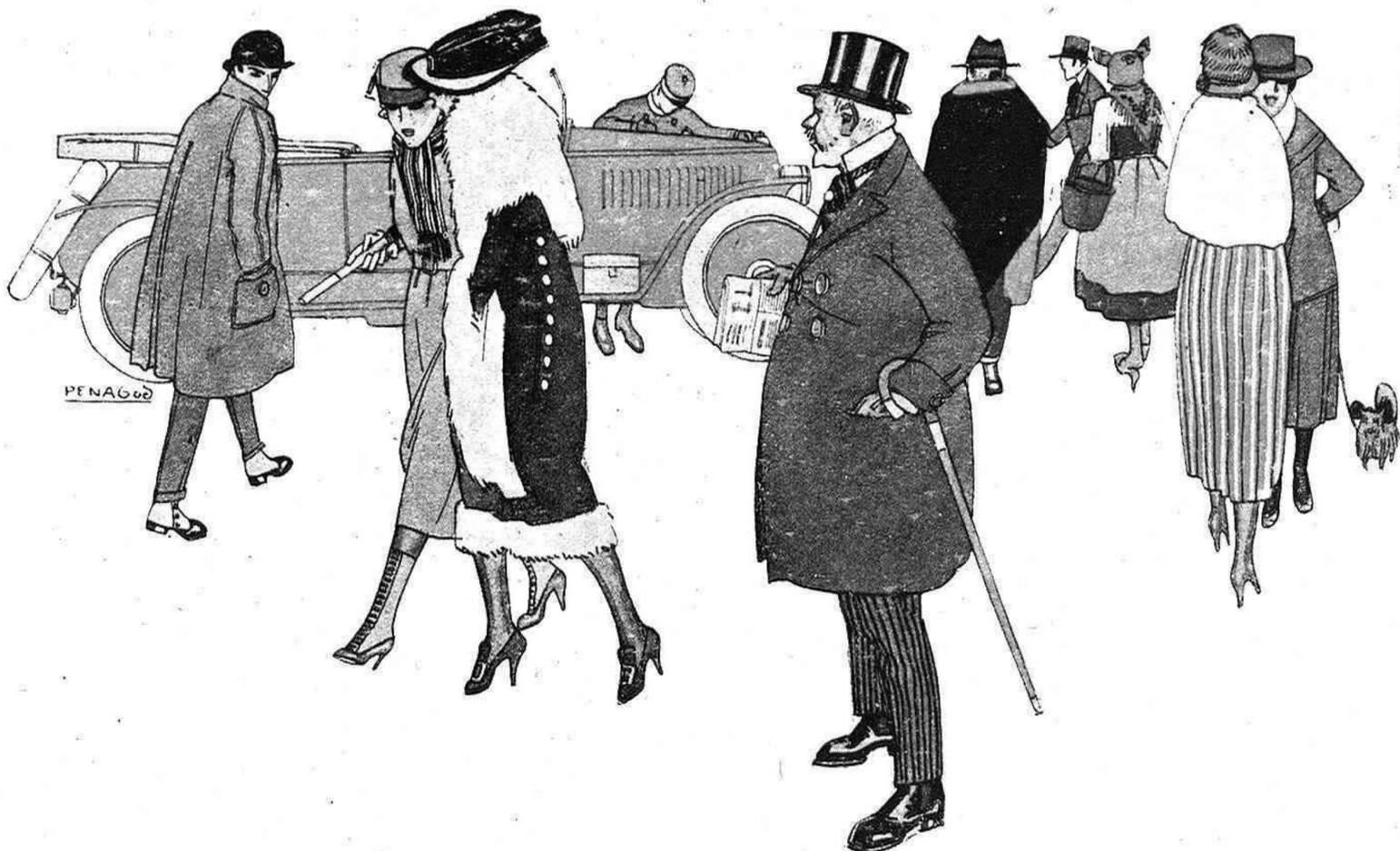
Cometeríamos un error, sin embargo, mi querida madrina, suponiendo que Pinho sea ajeno á todo cuanto sea humano. ¡No! Estoy seguro de que Pinho respeta y ama la Humanidad. Lo que sucede es que, á lo largo de su vida, la Humanidad se fué restringiendo excesivamente para él. Hombres, hombres serios, verdaderamente merecedores de ese noble nombre, y dignos de que se les muestre reverencia, afecto, é incluso se dé por ellos un paso que no canse mucho, sólo existen para Pinho los rentistas ó prestamistas del Estado. Teniendo esto en cuenta, mi primo Procopio, con una malicia inesperada en un espiritualista, le hizo en cierta ocasión la confidencia de que yo poseía ¡muchos papeles!, ¡muchas pólizas!, ¡muchos títulos!; y la primera vez que fuí á la casa de huéspedes, después de esta revelación, Pinho, ligeramente ruborizado, casi conmovido, me ofreció una cajita de dulce envuelta en una servilleta. ¡Hecho enternecedor que explica aquella alma! Pinho no es un egoísta, no es un Diógenes de levita negra, hurañamente metido dentro del tonel de su inutilidad. No. Tiene toda la humana voluntad de amar y de proteger á los hombres que sean sus semejantes. Ahora bien. ¿Quiénes son para Pinho sus genuinos semejantes? Los prestamistas del Estado. ¿En qué consiste la protección para Pinho?

En ceder á los demás aquello que á él no le sirve. Ahora, á Pinho ya no le sienta bien la guayaba, y en cuanto supo que yo era un rentista, un semejante suyo, un poseedor de títulos como él, no vaciló en cumplir su humano deber, y me protegió entregándome, ruborizado y feliz, una caja de guayaba dentro de una servilleta.

¿Es el comendador Pinho un ciudadano inútil? Ciertamente que no. Hasta para mantener, estable y sólido, el orden de una nación, no hay mejor ciudadano que este Pinho, con su placidez de costumbres, su fácil asentimiento á todos los actos de la cosa pública, sus cuentas bancarias, comprobadas todos los viernes; sus placeres recónditos con higiene y con recato; sus reticencias y su inercia. De Pinho nunca podrá salir ninguna idea ó hecho afirmativo ó negativo que atente á la paz del Estado. Gordo, pacífico, pegado al organismo social, sin contribuir á su movimiento, pero sin contrariarlo tampoco, Pinho presenta todos los caracteres de una excrecencia sebácea. Socialmente, Pinho es un lobanillo. En estos tiempos en que el Estado se ve lleno de elementos morbosos y parasitarios que lo succionan, lo infeccionan y lo sobreexcitan, esta infensibilidad de Pinho puede ser considerada, en relación con los intereses de orden, como una cualidad meritoria.

Adiós, mi querida madrina. Ya vamos con el décimoctavo día de lluvia. Desde el comienzo de Junio y de las rosas, que en este país de sol sobre azul, en la trigueña tierra del olivo y del laurel, caros á Febo, está lloviendo, lloviendo con hilos cerrados de agua, continuos, imperturbables, sin soplo de viento que los ondule, sin rayo de luz que los diamantice, tendiendo desde las nubes á las rúas una blanda trama de humedad y de tristeza, donde el alma se agita y se rinde como una mariposa presa en una tela de araña. Estamos en pleno versículo XVII del capítulo séptimo del Génesis. Y en el caso de que estas aguas del cielo no cesaran, deduciré que las intenciones de Jehová para con este pecador país son diluvianas. Y no considerándome menos digno de la gracia y de la alianza divinas que Noé, voy á comprar madera y alquitrán para hacer la segunda arca con arreglo á los buenos modelos hebraicos ó asirios. Y si por casualidad, dentro de algún tiempo, una paloma blanca batiere con las alas sus cristales, anunciará que he llegado yo al Havre con mi arca, llevando conmigo, entre otros animales, á Pinho y á doña Paulina, para que, más tarde, cuando hayan bajado las aguas, Portugal se repueble provechosamente y el Estado tenga siempre Pinhos á quienes pedir dinero prestado y gordos Quincinões con quienes gastarse el dinero que pida á los Pirhos.

DIBUJOS DE PENAGOS EÇA DE QUEIROZ



ESPAÑA
EL TÉ DE LAS CONVALECIENTES



ESTABAN aún un poco mustias, con un poco de niebla en los ojos mortecinos; pero ya deseosas de salir al ruedo y disfrutar su juventud, porque habían visto muy de cerca lo que horripila, y parecía inverosímil que hubiesen escapado de sus garras.

Eran señoritas de la mejor sociedad, sorprendidas, en medio de su existencia de suaves frivolidades y esperanzas de amor y ventura, con un porvenir riente y palpitante de indefinidas promesas, por la epidemia terrible, que elegía sus víctimas entre las personas en la fuerza de la edad, como si desdénase á los viejos, presa segura, en lo lejano plazo. Unas habían sufrido la bronconeumonía, con sus delirios y su asfixia cruel; otras habían arrojado la sangre á bocanadas; en otras se habían iniciado los síntomas de la meningitis... Y cuando se crecía que iban á cruzar la puerta negra y el misterioso río que duerme entre márgenes orladas de asfodelos y beleños, y en que el agua que alza el remo recae sin eco alguno..., el mal empezó á ceder, la normalidad fué reapareciendo, y las interesantes enfermitas reflorieron, por decirlo así, no con toda la lozanía que se pudiese desear, pero como

esas rosas blancas un tanto lánguidas y caídas, que en el vaso colmo de agua poco á poco van atersándose...

Todas tenían amigas entre las que no perdonó la Segadora, y aunque al pronto se lo ocultaron las familias, por no deprimir su ánimo, al fin lo tuvieron que saber, sucediendo algo muy humano y natural: que las convalecientes no se afligieron demasiado, porque la idea del propio bien consuela pronto del mal ajeno, y esta involuntaria reacción de egoísmo es una de las fuerzas defensivas de la pobre organización nuestra...

Y así que pudieron salir de casa, una extranjera distinguida y simpática, la secretaria de la Embajada rusa, la Kriloff, tuvo la ocurrencia de ofrecer un té á las convalecientes, un té blanco, sólo de muchachas, y poco numeroso, por limitarse á las que habían escapado del peligro y á media docena de amiguitas que no habían sufrido el mal. La condición — cosa admitida socialmente, por otra parte, desde años atrás — era que las madres no las acompañarían, y se contentarían con ir á recogerlas á eso de las ocho.

El piso en que habitaba la rusa estaba primorosamente dispuesto para la fiestecilla. Desde la

antesala se percibía un perfume insinuante y delicioso, y la adornaban palmeras y flores, colocadas artísticamente, no con la empalagosa profusión que caracteriza á la decoración oficial, sino con oportuna gracia. Vestían las paredes telas raras y objetos de Oriente, estatuillas bizantinas de esmaltes, iconas sobre fondo de oro, de negras caras y vestiduras cuajadas de turquesas y perlas; y sobre los muebles, incrustados de plata y nácar, se veían labores en marfil, lozas persas y armas de mango enriquecido con coral y diamantes. El servicio del té estaba preparado en mesitas octógonas, de taracea delicadísima, y los manteles, de colores, ostentaban bordados de oro. Todo era original y curioso en su exotismo, y las muchachas empezaron á gozar impresiones nuevas y á cuchichear admiraciones. Lo primero que les ofreció la Kriloff fueron largos cigarros de Oriente, en una bandeja de cobre nielada de acero, y si algunas hicieron remilgos, la mayor parte de las convalecientes los encendieron con monería, sacando volutas de humo azul, y no desdeñando los emparedados de caviar y la confitura de hojas de rosa. Una de ellas, Natalia Torrente, aceptó un sorbo de wodka, el

temible aguardiente ruso, padre de la locura; y las demás, animadas por el ejemplo, comenzaron á discutir si probar ó no aquella fuerte bebida. —El wodka — opinó la Kriloff, que sacudía la alborotada cabeza rubia, de un rubio casi blanco — no les puede hacer daño alguno. Yo he oído decir á eminentes doctores que todos los alcoholes son remedios contra la gripe. Pero es tal vez el wodka un poco áspero para sus gargantas. Les puedo ofrecer kirsch y Oporto...

Natalia Torrente, la decidida deportista, no encontraba áspero el aguardiente aquel, y, á la disimulada, se echó dos ó tres vasitos de los de afiligranada vaina de plata. Y afirmó después que todas las concurrentes al té, una por una y la que más y la que menos, habían aprovechado el consejo médico de la rusa, y que los dedales de cristal de Bohemia vermiculados no se vieron plenos ni un instante. Y la escena que siguió al té no tenía, á la verdad, otra explicación posible sino un ligero estado de... ¿cómo llamarlo?, de desorientación en las cabezas, por la virtud de los licores...

Sucedió que una de las convalecientes, la linda Toria Fuenseca, se lanzó á preguntar á la Kriloff si era cierto que sabía evocar los espíritus. La contestación fué una sonrisa enigmática; y otra de las convalecientes, Rosa María Mendoza, batió palmas, imploró á la rusa y exclamó:

—He oído también que vaticina usted el Destino... ¡Por Dios, díganos el nuestro!

La Kriloff cambió de semblante. A la sonrisa y á la amenidad de dueña de casa que recibe y obsequia, sucedió una expresión inquieta en su rostro singular, aureolado por la clara cabellera fosca.

—Es una experiencia — dijo — que hice alguna vez; pero... créanme..., vale más dejar al Destino envuelto en sus velos. ¡No quieran nunca saber el porvenir!

Todas, excitadas y vehementes, en pie, rodearon á la diplomática.

—¡Por Dios! ¡Sería usted tan amable! ¡El Destino, justamente, es lo que interesa! ¡El Destino!

La rusa frunció el entrecejo; se encogió de hombros, como diciendo: «allá ellas», y alzando un tapiz bordado de pájaros y flores imposibles, hizo entrar á las muchachas en un reducido aposento, alumbrado por la luz de una linterna de vidrios verdes, que difundía una luz semejante á la que en iten, en verano, las luciérnagas. Los rostros, á tal claridad, adquirían un tinte espectral. El fondo de la estancia lo formaba un enorme espejo, sin otro marco que las sedas de un doble cortinaje, que lo cubrían y que la rusa descorrió.

Las muchachas sintieron un sutil escalofrío al verse de pronto tan descoloridas, con tales ojos de sombra, en aquel cristal que parecía un sombrío lago cruzado por reflejos lunares.

—¡Silencio! — ordenó bajito la rusa —. ¡Vayan ustedes por turno acercándose; una sola; que las demás se retiren á un lado, vueltas hacia la puerta!

La primera que se lanzó á reclamar turno fué Natalia Torrente... Y allá en el fondo del lago, vió lo que la hizo exhalar un chillido agudo: En solitario camino, un automóvil volcado, debajo del cual, un grupo de hombres sacaban á una mujer cubierta de sangre, semejante á un pelele, con los miembros rotos... Natalia, horrorizada, se reconoció...

Nerviosamente se adelantó Rosa María Mendoza. Tardó algún tiempo en precisarse la imagen, vaga y como formada de humo; pero al fin se vió, y á su alrededor, tres hermosas criaturas: dos varoncitos y una hembra, lindos como amores. Y cuando se embelesaba en la contemplación de los niños que eran suyos, que eran de su misma carne — ¡qué cielos!, ¡qué soles! —, del fondo del lago salió una mano descarnada, esque-

lética, que les fué apretando la garganta uno á uno, y soltándolos tronchados, como rotos muñecos. Ella se veía luchar, luchar; querer desprender de los tiernos cuellos la mano horrible...; pero no podía, no podía, y las lágrimas rodaban de sus ojos, en hilos, hasta el suelo...

Al retirarse temblando Maria Rosa, se adelantó, emocionada, Toria Fuenseca, que, como no ignoraba nadie, estaba prendada hasta la médula de Enrique Ambas Castillas, y se consideraba probable la boda para cuando la novia recobrase completamente las fuerzas y la salud... ¿Qué iba á decir el espejo? Lo que dijo no se supo nunca, ¡porque Toria se lo calló muy bien! Lo dijeron los hechos: el casamiento de Iñigo, de allí á pocos meses, con una millonaria procedente de los países donde rueda el oro. En aquel momento sólo pudo verse que Toria, apartándose del espejo maldito, cayó con una convulsión violenta. Y la Kriloff, arrastrándola fuera del cuarto misterioso y haciéndola respirar un antiespasmódico, repetía:

—Se lo dije á ustedes... ¡No conviene consultar al Destino! En el porvenir hay siempre lo peor... Conste que yo no quería...

El resultado de la sesión fué muy penoso. Las muchachas aseguraron que lo habían pasado admirablemente, que no había cosa más divertida que un té así; pero fué lo positivo que dos ó tres quedaron enfermas y tristonas, y que Toria, al siguiente día, recayó con caracteres graves, y fué milagro que se la pudiese salvar. Con tal motivo se murmuró de la secretaria, y se le mostró un poco de frialdad en determinados círculos. No obstante lo cual, algunas señoras, de lo más cremoso, le pidieron que, en reserva, les permitiese consultar al espejo.

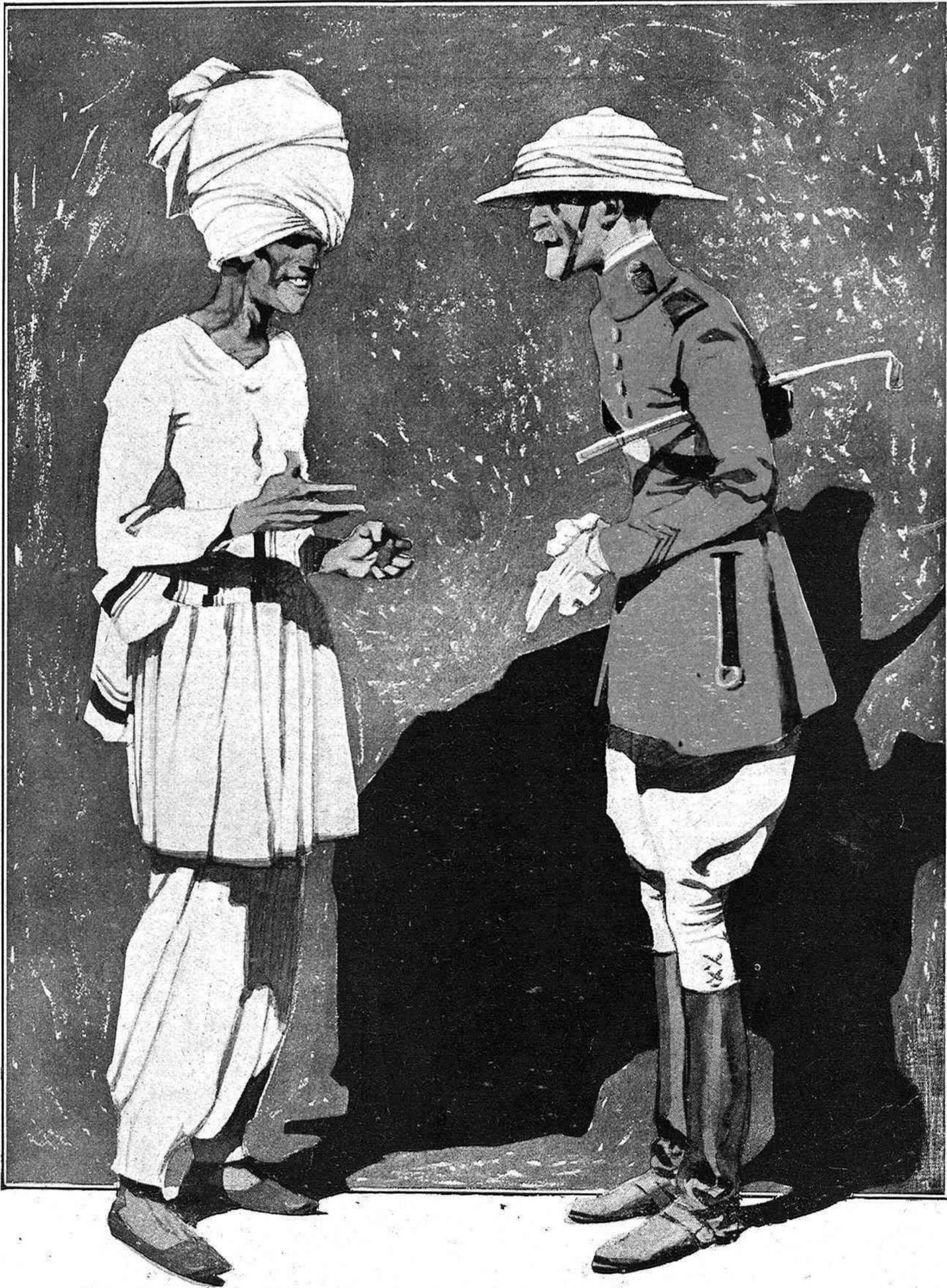
LA CONDESA DE PARDO BAZAN

D. BUJOS DE VARELA DE SEIJAS



INGLATERRA

EL "SAIS" DE MISS YOUGHAL



«Cuando hombre y mujer se entienden, ¿qué puede hacer el Kazi?»
(Proverbio mahometano)

Ciertas gentes dicen que no hay novela en la India. Esas gentes se engañan.

Nuestras vidas contienen tanta parte novelesca como sea precisa. Y á veces demasiado.

Strickland formaba parte de un Cuerpo de Policía sin que nadie le comprendiese. Decían que era un hombre bastante extraño, y se apartaban de él.

Por lo tanto, Strickland no podía contar sino consigo mismo.

Profesaba esa teoría extraordinaria de que

en la India un policeman debe conocer á los indígenas tanto como ellos mismos. Pero, en toda la extensión de la India superior, no hay más que un hombre que pueda á su capricho hacerse tomar por un indio ó por un mahometano, por un *chamar* ó por un *fakir*. Y es objeto de temor y de respeto por los indígenas, desde el Goor Kathri hasta el Jamma Musjid. Se cree que posee el poder de hacerse invisible y de que sean ejecutadas sus órdenes por un gran número de diablos. Sin embargo, ¿le ha servido de algo esto para obtener algún favor del Gobierno? De nada absolutamente. Nunca logró obtener el puesto de Simla, y su nombre es casi desconocido de los europeos.

Strickland cometió la estupidez de tomar á este hombre por modelo. Ajustándose á su absurda teoría, se metió en rincones poco perfumados, donde ningún hombre que se respete se atrevería á llevar sus exploraciones. Y todo esto en plena bribonería indígena. Llegó á formarse una educación especial durante siete años; sin que por ello fuese más apreciado que antes. Iba continuamente en *fantes* por en medio de los indígenas, lo cual, naturalmente, no inspira la menor confianza á un hombre de sentido común.

Bien pronto fué iniciado en el Sat Bhai, en Allahabad, donde estaba con permiso. Aprendió el canto del lagarto de los sansis, así como la danza del Halli-Hukk, que es un canción re-

ligioso de los más sorprendentes. Cuando un hombre ha aprendido á bailar el Halli-Hukk, y sabe cómo, de loando y en qué sitio se baila, ya sabe algo, de lo cual puede mostrarse orgulloso. Ha penetrado el carácter hindú antes que la piel.

Pero Strickland no se enorgullecía, aunque una vez en Jagadhri hubiese ayudado á pintar el toro de la muerte, cosa que un inglés no se atrevería jamás á mirar.

Ha aprendido á fondo el argot de los ladrones y de los *changars*. El solo detuvo á un ladrón de caballos de Eusufzai, cerca de Attozk. Permaneció de pie bajo el coro de una mezquita de la frontera, y presidió la ceremonia como si fuera un mollah sunita; pero su hazaña más extraordinaria fué la de pasar once días con un fakir en los jardines de Baba-Atal, en Amritsar, y de reunir á los hijos que contribuyeron á descubrir al asesino en el famoso proceso de Nasiban.

No resulta, sin embargo, infundado cuando se dice lo siguiente: «¿Por qué Strickland, en vez de permanecer en su oficina redactando su diario tranquilamente, se esfuerza en demostrar la incapacidad de sus superiores?» ¿Acaso el proceso del asesinato de Nasiban no le valió una buena nota en el departamento?

Pero después de su primer arrebato de cólera, volvió á la natural economía de meter las narices en el modo de vivir de los indios.

Añadamos, á propósito de esto, que cuando un hombre le toma el gusto á semejante diversión, ya no la abandona mientras vive. Resulta lo más atractivo del mundo, sin exceptuar siquiera el amor.

Así como otros hombres pedían diez días de permiso para pasarlos en las colinas, Strickland solicitaba licencia para lo que él llamaba un shikar (una caza).

Se disfrazaba del modo que le parecía más apropiado para las circunstancias; se confundía entre la multitud de pieles morenas, y desaparecía durante algún tiempo.

Era un hombre todavía joven, de aspecto tranquilo, de tez oscura, delgado, con ojos negros, y era, además, un compañero muy agradable cuando no pensaba en otra cosa. Constituía un verdadero regalo oír hablar á Strickland de la civilización indígena tal como él la había visto.

Los indígenas odiaban á Strickland, pero le tenían miedo. El estaba harto convencido de ello.

Cuando llegaron á la estación los Youghal, Strickland — con aquella extrema gravedad que ponía en todas sus cosas — se enamoró de miss Youghal, y, al cabo de algún tiempo, ella se enamoró de él porque le parecía un enigma.

Entonces, Strickland le pidió la mano á los padres; pero la señora Youghal contestó que no quería casar á su hija con uno de los empleados administrativos peor remunerados del Imperio. El viejo Youghal añadió, además, que el modo de vivir de Strickland no le inspiraba la menor confianza, y que le agradecería mucho no volviera á hablar ni escribir á su hija.

—Muy bien — contestó Strickland, que no tenía la pretensión de transformar su amor en un fardo pesado.

Luego tuvo una larga entrevista con miss Youghal, y después de ella no se volvió á hablar del asunto.

En Abril, los Youghal marcharon á Simla. En Julio, Strickland solicitó un permiso de tres meses para «asuntos personales urgentes». Cerró su casa, aunque ningún indígena, por nada del mundo, se hubiera atrevido á poner la mano sobre lo que pertenecía á «Sahib Estrekin», y se marchó á Tarn Taran, donde tenía un antiguo amigo tintorero. Allí se perdieron sus huellas, hasta el día en que un *sais* vino á buscarme á la diligencia de Simla y me entregó la siguiente extraordinaria carta:

«Mi querido y antiguo amigo: Sírvase entregar al portador una caja de cigarros, con preferencia de los *Superiores* número 1. En el Club es donde los tienen más frescos. Ya se los pagaré cuando reaparezca; pero, por el momento,

puedo asegurarle que estoy fuera de la sociedad.

«Siempre suyo, E. Strickland.» Encargué dos cajas y se las entregué al *sais*, con mis recuerdos.

Este *sais* era Strickland, y estaba al servicio del viejo Youghal, quien le había nombrado palafrenero del caballo árabe de miss Youghal. El pobre muchacho sufría viéndose privado del humo inglés, y estaba seguro que yo no diría una palabra hasta que se descubriera todo.

Un poco más tarde, miss Youghal, que era entusiasta de su doméstico, empezó á hablar en todas las casas que frecuentaba de que tenía un *sais* modelo — el hombre que se levantaba todas las mañanas muy temprano para coger flores, que le ponía sobre la mesa, y el hombre que sacaba brillo á los cascos de su caballo como hubiese hecho el mejor cochera inglés.

Dulloo — es decir, Strickland — hallaba recompensa en las lindas palabras que le decía



miss Youghal cuando ésta salía de paseo á caballo.

Sus padres estaban encantados al ver que había renunciado al estúpido capricho con el joven Strickland, y decían que era una buena muchacha.

Strickland reconoce que los dos meses pasados de este modo fueron para él la más severa disciplina mental que recibió nunca. Le permitía estudiar á fondo las costumbres y raterías de los *sais*, con las cuales había motivo suficiente para condenar la mitad de la población *chamar* del Punjab, si hubiese estado de servicio. Llegó á ser uno de los mejores jugadores de tabas, el deporte favorito de los *jampánis* y de los *sais*, mientras esperan por las noches á la puerta de la casa del Gobierno ó del Teatro de la Alegría. Aprendió á fumar del tabaco compuesto en sus tres cuartas partes de boñiga de vaca, y se aprovechó de la experiencia del Jemadar de caballos grises, que era el decano de los *sais* del Gobierno, y cuyas palabras tienen un valor. Vió muchas cosas que le divirtieron, y declara por su honor que nadie puede formarse idea exacta de lo que es Simla sin verla desde el punto de vista de los *sais*.

La descripción que hace Strickland de sus sufrimientos durante las noches húmedas, mientras oía la música y veía las luces del Benmore, y

cuando los pies sentían el deseo de valsar, mientras la cabeza se abrigaba con una manta de caballo, resulta bastante divertido.

Así, pues, fué un servidor fiel, como Jacob para Raquel, y ya iba á expirar el término de su licencia, cuando tuvo lugar la explosión.

Un general viejo y muy distinguido invitó á miss Youghal á dar un paseo á caballo, y comenzó su flirteo con esas palabras de usted no es más que una niña, que son muy difíciles de esquivar á ninguna mujer y que son tan molestas de oír.

Miss Youghal temblaba, porque al mismo tiempo de oírlas ella, las oía el *sais*. Dulloo-Strickland soportó todo lo que pudo; pero llegó el momento en que, cogiendo de las bridas el caballo del general y expresándose fácilmente en inglés, le invitó á largarse si no quería que lo tirase de cabeza. Un momento después, miss Youghal lloraba revelándole al general la historia de sus amores.

Strickland estaba dispuesto á seguir el asunto por la tremenda, Pero cuando el general, que era un buen viejo, muy corriente, se echó á reír — y sin ver el aspecto escandaloso del asunto, declaró que el padre Youghal era un estúpido —, soltó la brida del caballo é insinuó al general que lo mejor que podía hacer era ayudarles. Conocía bastante la debilidad de Youghal por las gentes que tienen títulos y que acumulan muchas abreviaturas honoríficas después de sus apellidos, ó que ocupan altas situaciones oficiales.

—Muy bien — dijo el general —. Todo esto se parece demasiado á una comedia; pero no tengo inconveniente en intervenir para que tenga usted buen éxito, aunque no sea más que por escapar de la paliza que he merecido. Vuelva usted á su casa, señor policeman-*sais*, vístase usted correctamente, y daré el asalto al señor Youghal. Y usted, miss Youghal, quiere hacerme el favor de volver al trote y esperarme?

Próximamente siete minutos más tarde, había en el Club un escándalo enorme. Un *sais*, con su cuerda al cuello, solicitaba á todos los conocidos.

—¡En nombre del cielo! Prestadme una ropa decente.

Como no le reconocían, hubo algunas escenas muy cómicas antes de que Strickland pudiera obtener un baño caliente, la camisa de uno, el pantalón de otro, y así sucesivamente.

Luego partió al galope, llevando sobre sí la mitad del guardarropa del Club, y montado sobre un *poney*, que le era absolutamente desconocido, camino de la casa de Youghal.

El general, dentro de su uniforme rojo, de fino paño, le había precedido. Nunca supo Strickland lo que le había dicho el general á Youghal.

Pero Youghal recibió á Strickland con moderada corrección, y mistress Youghal, conmovida del afecto que había demostrado el falso Dulloo á su hija, estuvo extremadamente amable. El general resplandecía frotándose las manos.

Miss Youghal entró entonces, y antes de que el padre Youghal se diera cuenta de ello, ya le habían arrancado el consentimiento, y Strickland se ponía en camino, acompañado de miss Youghal, de las oficinas de Telégrafos.

La última de sus molestias fué cuando un desconocido le abordó vivamente reclamándole el *poney* que había robado.

Así fué como Strickland y miss Youghal acabaron por casarse con la formal promesa, por parte de él, de que renunciaría á sus antiguos hábitos, obedeciendo á la rutina, que produce más dinero y el más rápido traslado á Simla. Strickland estaba demasiado enamorado de su mujer para quebrantar este voto; pero, sin embargo, era para él una penosa prueba, porque las calles y los bazares y las palabras que oía al pasar, estaban llenas de indicaciones para Strickland, y todo le invitaba á escaparse, á volver á sus peregrinaciones y pesquisas.

Cualquier día os diré cómo faltó á su promesa para salvar á un amigo.

RUDYARD KIPLING

DIBUJOS DE RIBAS

PRESAGIO

CON la cara pálida contra los cristales, la muchacha espera ansiosamente la llegada del novio. La larga enfermedad, luego de marchitar las rosas de salud en sus mejillas, ahondó sus ojos, desmedró su cuerpo é hizo anidar en su cabecita pájaros tan pronto rosados de ilusión como negros de desesperanza. Detrás de ella la madre teje con dos largas agujas bajo la lámpara, y se vuelve de rato en rato para mirarla dolorosamente con sus ojuelos lacrimosos de tiempo y de penas; y el hijo tardío, en cuya inquietud de cinco años parece haberse concentrado la lozanía que falta á la muchacha, juega con unos muñecos de papel.

—¿No viene aún?—dice la madre.

—Todavía no, pero no tardará—responde la enferma ladeando la cabeza para ver mejor el final de la calle toda llena de niebla. Y el niño, con egoísmo desnudo, añade:

—Hoy lo querré más porque traerá muchas cosas. Mamá dice que todos los días que acaba el año trae.

Estas palabras mueven dentro de la cabecita el nido de los pájaros tristes, y una bandada de pensamientos y recuerdos se eleva: «El año pasado, en este mismo día, ¡cuántos proyectos felices no cumplidos!» Debían casarse al empezar la primavera de aquel año que ahora estaba á punto de caer en el cementerio del tiempo; pero antes de la llegada de Abril, con las duras heladas, ella se sintió mal; la tos la sacudió igual que á un árbol débil, y poco á poco, merced á una prestidigitación terrible, las rosas de sus mejillas se fueron apagando mientras se pintaban en pañuelos convulsamente apretados contra la boca. Primero lo trató de ocultar, mas pronto fué imposible; vino el médico y hubo cuchicheos adivinados y temidos, hubo tristes sonrisas, hubo esa multitud de atenciones que demuestran á los marcados por la Muerte que ya no puede dejarse solos entre las fragancias excitantes de la vida... Y la boda se aplazó, y el novio, en el solo transcurso de unos meses, pasó á ser, no el amante que espera la suprema realización, sino el amigo que también espera... algo inconfesado.

Entretanto el niño, que se ha acercado á la ventana y penetra la bruma con su agudo mirar no velado por los recuerdos, grita:

—¡Ya viene, ya viene!

Y poco después se oye el crujir de la escalera y el trémulo sonar del timbre... Ya está el novio aquí. El paquete es grande: el niño palmotea y las dos mujeres sonríen. La impaciencia complica los nudos y se hace precisa la intervención de la navaja. De entre los papeles surge un muñeco, una toquilla aterciopelada, un estuche de perfumes, un frasco de medicamento y un almanaque para el año que pasadas muy pocas horas va á empezar. Es un momento cordial, efímero.

De la calle suben confusas las voces de júbilo de los trasnochadores; una campana suena tres golpes lentos y luego acelera su ritmo. La muchacha pálidece aun más y susurra:

—Creí que doblaba á muerto.

—¡Oh, nena!—dice él.

Y la madre:

—En todo quieres ver anuncios tristes... Tú que antes te reías de las supersticiones.

El niño, sin ser observado, ha puesto en el suelo el paquete, y hace rato trajina con él. Una voz mitad colérica, mitad sorprendida, lo aparta de su obra de exterminio:

—¿Qué has hecho, chico?

Ha hecho en pocos segundos la labor gigantesca de consumir el año entero. Una á una ha arrancado todas las hojas del almanaque, y los días, revueltos en montón, yacen por tierra. Aquí y allí se destacan las letras rojas de una fiesta, y cual si un vendaval hubiese aventado las cronologías, las fechas aparecen traspuestas, burlándose del orden. A los gritos, á las amenazas, á los reproches suaves de la madre, el niño, cual un dios caprichoso complacido al derrotar al tiempo, se inclina hacia el montón y, cogiendo una hoja, se la ofrece á su hermana; es una hoja que pone: *Noviembre, 2, martes*... Ella deja escapar un grito, y el novio, de un golpe, hace caer de la manecita la hoja, que va de nuevo á mezclarse con las demás; pero el dios niño vuelve, tenaz, á su propósito y, recobrándola certeramente entre la confusión de todas, se la ofrece á la enferma, muy serio, cual si le ofreciese su destino:

—Toma, es para ti... es la tuya.

La escena ha durado un minuto y ha sido al



fin ahogada entre risas, entre mimos. Ella ha hecho un esfuerzo y las lágrimas no han subido á sus ojos. «¡Qué chico, qué chico!», dicen los tres, y rien sin alegría. Pero la hoja ha quedado guardada en el seno enjuto; y cuando ya nadie se acuerde de ella, cuando los días pasen y tras la primavera florida y el estío pródigo llegue el

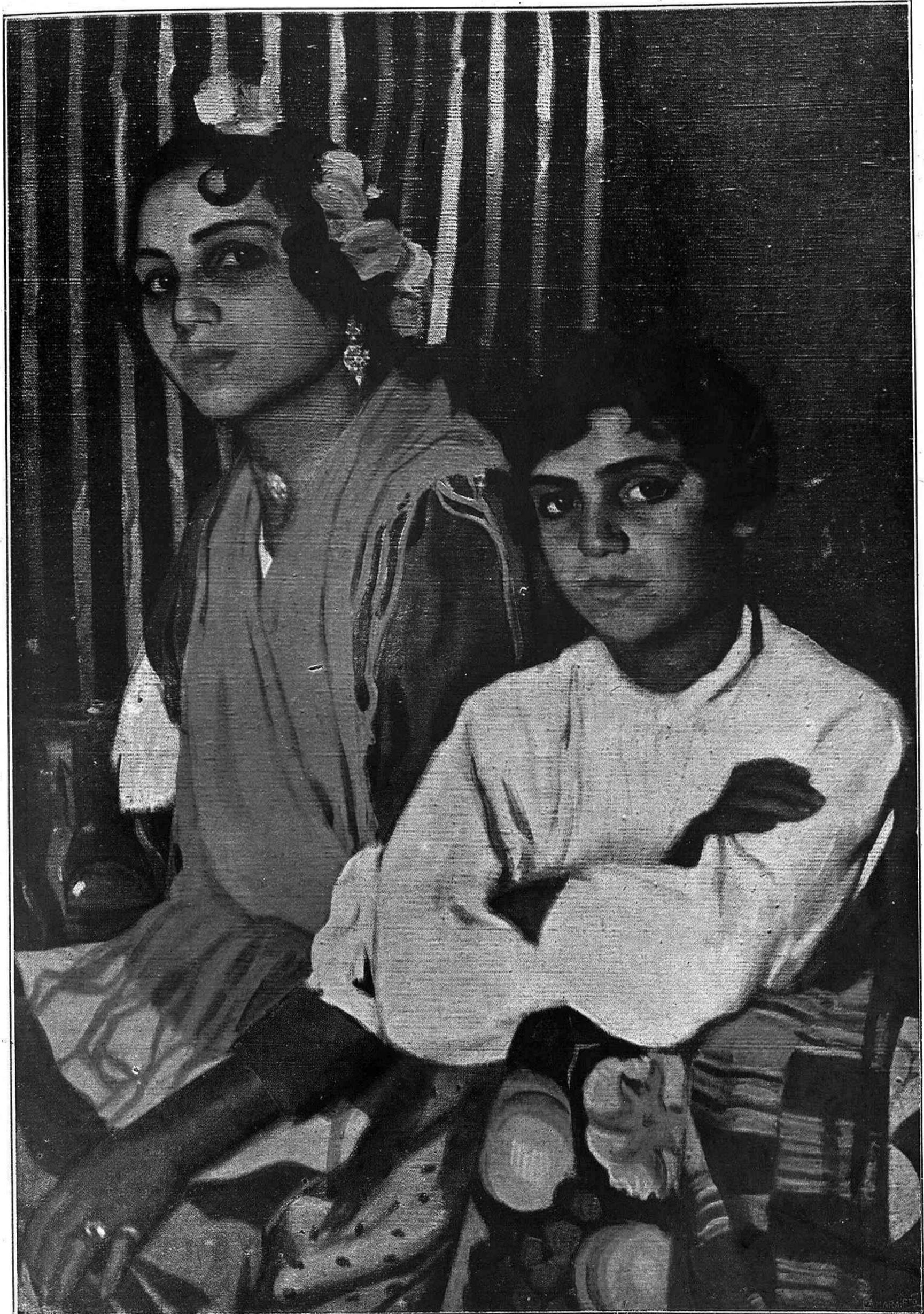
otoño y se acerque el día escogido por la inocencia, el pobre seno jadeará de temor y en los pobres ojos se encenderán esas llamas que animan la pupila cuando se espera alguna hora terrible, misteriosa é inevitable.

A. HERNANDEZ CATÁ

DIBUJO DE RIBAS

LA ESFERA

TIPOS ESPAÑOLES



GITANOS DEL SACRO MONTE

Detalle del cuadro original de José Rodríguez Acosta, que se conserva en el Museo de Arte Moderno





SONETOS



CAMARA-FOTO

EL RITMO UNIVERSAL

¡La ciencia No al abismo de las causas primeras
puede bajar. Lo obscuro la obliga á andar á gatas;
pero oye el cadencioso girar de las esferas
y torna en energía motriz las cataratas.

El fenómeno aislado carece de sentido;
es turbia, pero tiene su música la fuente;
el pájaro gorjea, pero teje su nido;
y el sueño diviniza la realidad ambiente.

Pero el hombre, perdida la brújula y la calma,
y ocultando las causas que á obrar así le mueven,
pide á diario á sus dioses milagros que le prueben

la existencia del mundo, la existencia del alma,
¡y no ve que, con ritmo cristalino y profundo,
de milagro en milagro sigue rodando el mundo!

LO MISMO

Tarde primaveral de rojas tintas
que sobre el campo te derrites lenta
y en la calma del cielo, en áureas cintas
te deshaces, ¡oh, tarde soñolienta!

Languideces cromáticas de ensueños
de los cristales por la luz heridos;
pinceles invisibles que en diseños
fijaron ilusiones y ruidos...

Susurro de los élitros y frondas
bajo el temblor astral; lejas estrellas,
vago rodar redondo de las ondas...

Sol, artista de fonjes agonías,
de que perduran refulgentes huellas...
¡me muero, como tú, todos los días!

MUERTOS QUE AGUARDAN

Antonia, Rita, Juana... —No recuerdo—.
—¿No te acuerdas de mí? ¡Cuánto me amaste!—
y evocando efemérides me pierdo
con sus recuerdos sin ningún engaste.

y la miro en la boca de hito en hito
y de sus ojos en el fondo obscuro;
hay surcos en su rostro, ya marchito,
y como un reto á la existencia, duro.

—¿y esa? —No sé; de su cabello rubio
sólo el nimbo perdura en su memoria,
y del cuerpo de aquélla, un vago efluvio...

Sombras que fueron, líbricos caprichos;
del prosaico vivir prosaica historia;
¡muertos que aguardan á que estén sus nichos!

Emilio BOBADILLA
(Fray Candil)

PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA



Flores del Campo

Primavera en Invierno obtendrá usted, si para la conservación y tersura del cutis emplea la espuma admirable de un buen jabón, untuoso, emoliente y libre de cáusticos, que sature la epidermis de fragancia y la llene de aterciopelado y blancura ideales. Tal es la maravillosa obra del exquisito **JABÓN "FLORES DEL CAMPO"**, que completan las demás afamadas creaciones de **FLORALIA**

DIBUJO DE PENAGOS

LAS PIELES Y LA MODA



La bella tiple señorita Rafaela Haro, luciendo una rica salida de teatro, de tisú plata y adornos de Zivelinette

Despacho central:
CALLE DE POSTAS, NÚM. 2

Oficinas, Almacenes y Talleres:
MAYOR, 7 Y 9

MADRID

LO QUE SERÁ DESPUÉS

PERSONAJES:

CHINITA: Una niña rubia. Seis años. Viste un trajecito escotado de encaje crema y lleva los brazos al aire. Por entre la pámela de encaje se escapan tirabuzones de pelo con reflejos áureos. Desnudas las piernecitas flacuchas y los piececitos sonrosados.

ENRIQUE: Tiene ocho años; el rostro enfermizo; los ojos, tristes y penetrantes, de un verde sucio. Lleva también desnudas las piernas y desnudos los pies. Demasiado alto para su edad. Viste blusa blanca, pantalón azul marino y boina de paja amarilla. Es primo de Chinita.

PACHO: siete años. Rechoncho y grueso. Tiene el pelo negro, corto y crespo; morenalacolor, y los ojos, azabachados; va descalzo de pie y pierna; la carne, cubierta de roña y arañazos. Viste una blusa harapienta y unos pantaloncillos remendados con cuadros de lienzo de distinto color.

EL AYA: inglesa insignificante. No habla, no se cuida de los niños; pero lee, para aprender el castellano y otras cosas, un libro de Joaquín Belda.

ESCENARIO:

Una playa del Cantábrico. Cercada de altos peñascos, la arena está sembrada de cestos, de grupos de gente, de sombrillas enormes y tiendas de campaña de lona blanca con rayas azules, rojas y verdes.

El mar es casi negro de tan azul, bajo el claro sol de la mañana de Julio. Suavemente, adormecedoramente, las horas se deslizan...

Chinita y Enrique juegan sertados en la arena, abriendo en ella cauces para que el agua, ya sin fuerza, de las olas rotas, entre por ellos con sus temblores de encaje de la espuma; levantan castillos frágiles ó hacen flanes oscuros con los cubos de hoja de lata, donde hay pintadas figuras holandesas.

Cerca de ellos, tizada en el suelo, una muñeca de porcelana vestida de seda azul—como la muñeca del romance infantil—y con los ojos cerrados.

Un poco más lejos, Pacho, enarcadas las piernas, sosteniendo una vara en la mano derecha y entretenido el dedo índice de la izquierda en la noble y pacífica tarea de hurgarse las narices, ve cómo juegan Chinita y Enrique.

Como está bajando la marea, las olas se detienen y no llegan hasta los cauces que trabajosamente les preparan los niños.

CHINITA (torciendo la boquita con un gesto de cansancio y mirando hacia el mar).—¿Ves? Son malas... No quieren venir.

ENRIQUE (sin levantar la cabeza y removiendo la arena con la pala).—Ya verás cómo vienen.

PACHO (metiéndose donde no le llaman).—Yo que baja la marea... (Chinita lo mira, asombrada de su audacia; luego, en un gesto de desdenosa burla, saca la lengüecilla roja. Pausa.)

Otra nueva ola parece que va á llegar, y se deshace á pocos pasos de los cauces y de los laberintos contruidos por los niños.

CHINITA (tirando la pala lejos de sí y levantándose).—¡Pues yo no trabajo más, ea! Mira, Enrique. Ahcra yo era la mamá y me baño con mi nena, ¿quieres?

ENRIQUE (que, enfermizo y soñador, empieza ya á pensar en románticos juegos de melancolía). No; mira: vamos á jugar á que nos habíamos casado y que habíamos tenido un niño y que se nos murió y que lo enterramos y tú llorabas, ¿eh?

CHINITA.—No; eso, no. Yo quiero bañar á la muñeca.

ENRIQUE.—Después, Chinita, después.

CHINITA.—¿Después de muerta?

ENRIQUE.—Claro.

CHINITA vuelve á mirarle asombrada, y vuelve á sacar burlona y despreciativa la roja lengüecilla.)

ENRIQUE (mirándole de arriba abajo).—¿Y á ti qué...? Sucio.

PACHO (encogiéndose de hombros).—Vas á mancarla.

CHINITA.—Bueno. Mejor, si la manca. Para eso es el papá... (Desenterrando la muñeca.) Ahora vamos á bañarla...

Los dos niños cogen de ambos brazos á la muñeca y entran en el agua. Al sentir el frío del agua en las piernas, lanzan un grito. Pacho, girando sobre sus pies y siempre con el dedo dentro de la nariz, continúa mirando lo que hacen los otros niños.

CHINITA (fingiendo el lloro de la muñeca. Tal y como ella llora cuando la bañan).—¡Ji! ¡Ji! No quiero... Sácame, sácame pronto, mamina, que está muy fría. (En voz natural.) No, señora; hay que mojarse bien. ¡Vaya con la niña! Pues hijo... ¡Tener miedo! ¿No te da veigüenza?

ENRIQUE (riendo).—Tampoco á ti te da cuando te baña Mamachel.

CHINITA (muy seria).—Bueno. Pero ahora como soy mamá, no tengo miedo.

Una ola mayor que las otras asusta á los dos niños. Huyen presurosos y Chinita abandona la muñeca. Al retirarse, el agua se la lleva mar adentro.

CHINITA.—¡Ay, mi muñeca! Anda, Enrique, tráemela.

ENRIQUE.—¡En seguida! Para que me ahogue yo también.

CHINITA.—Anda, Enrique... ¡Ay, mira, mira! (Rompe á llorar con las lágrimas que no supo encontrar cuando el falso entierro.)

Pacho penetra resueltamente en el agua. La muñeca está un poco lejos, pero Pacho no se arredra. Llega nadando hasta la muñeca y vuelve con ella á la orilla. Enrique se adelanta, y antes de que Pacho pueda acercarse á Chinita, le arrebató la muñeca y se la entrega á su prima. Pacho, al resistir, se queda con un pedazo de encaje entre las manos.

CHINITA (gozosa y cogiendo la muñeca de manos de Enrique).—

Gracias, Enrique, guapo... (Reparando en el rasgón que tiene el traje y mirando rencorosamente á Pacho, que continúa hurgándose las narices, pero un poco triste.) Mira, Enrique, qué roto le ha hecho ese bárbaro. (A Pacho, escupiéndole el insulto.) ¡Bruto! ¡Sucio!

MORALEJA DEL LECTOR:

Pues, señor; esta Chinita será una excelente muchacha, muy frívola y muy moderna. No sabrá escoger marido, pero tampoco elegirá bien los amantes. Enrique será poeta, uno de esos poetas de ahora, que se apoderan de las obras ajenas y las hacen pasar por suyas. En cuanto al pobre Pacho, tal vez se dé cuenta de que no se puede ser héroe cuando no se tiene buen tipo y se carece de buena ropa y... ¿quién sabe? Tal vez, al darse cuenta de esto, se hará bolcheviki.

José FRANCES



CÁMARA FOTO

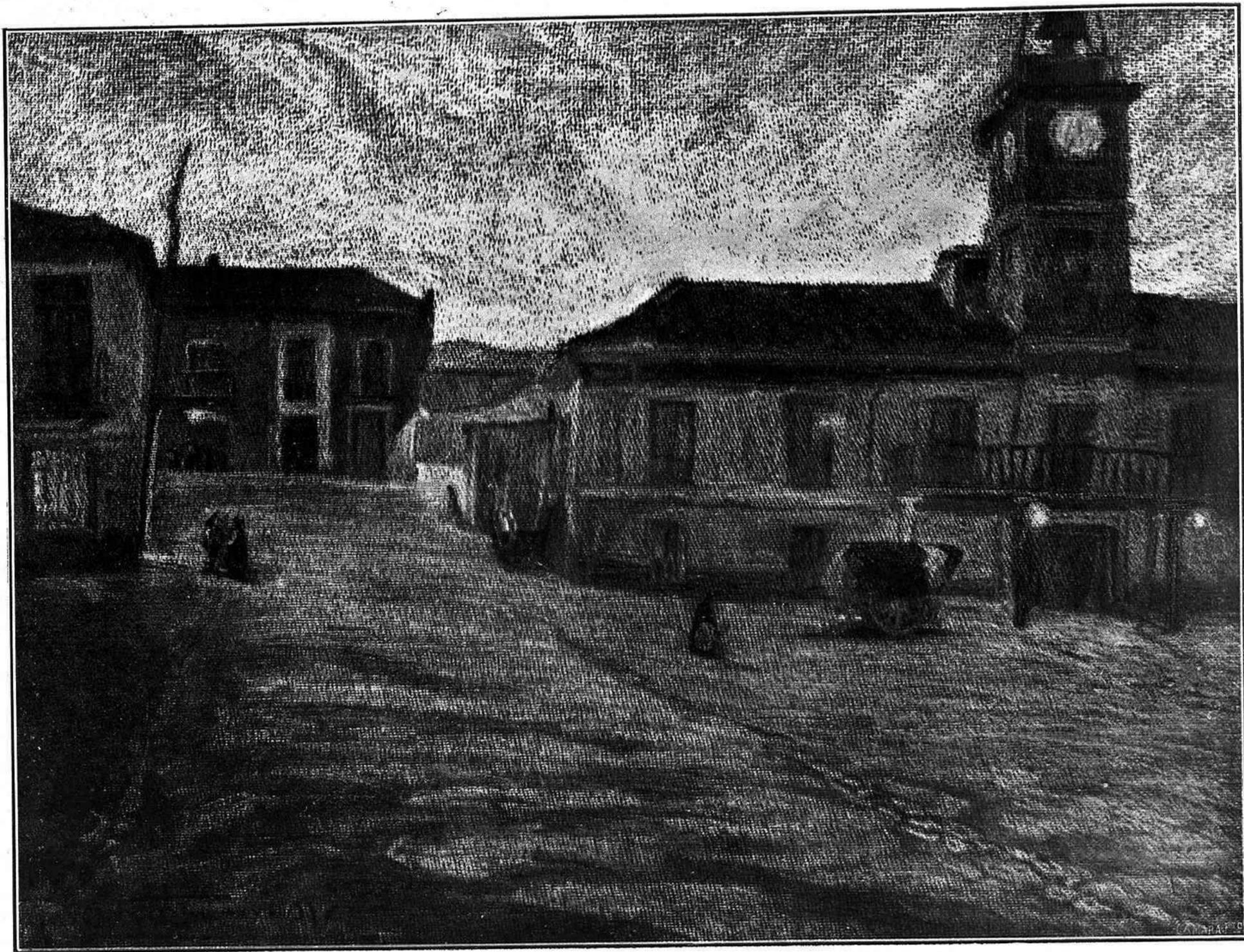
CHINITA (encogiéndose de hombros).—Bueno. Pero yo quiero bañarla.

ENRIQUE (cogiendo la muñeca con mucha solemnidad).—Así. Ahora la enterramos como enterró John á la perra Mina, ¿te acuerdas? ¡Ah! Y mira: vamos á hacer como en el entierro de tío Carlos. (Marcha á pasos largos y lentos é imitando una marcha fúnebre.) ¡Chin! Chin, chin, chin. ¡Chan! ¡Chan! ¡Pum, tran, tran!, ¡tran-tán!! (Volviéndose hacia Chinita, que le mira aburrida.) Pero ¿no lloras, tonta?

CHINITA.—No tengo gana. Vamos á bañar la muñeca.

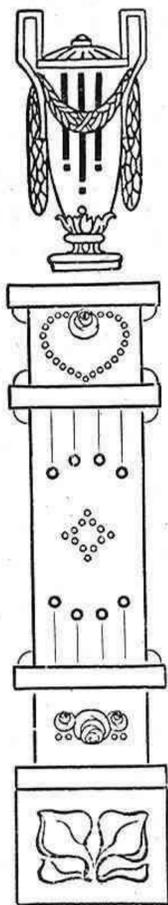
(Enrique aprovecha los instantes y entierra á la muñeca, echando paletadas de arena sobre ella.)

PACHO (que se ha acercado, como deseando trabar conversación y sin dejar de hurgar las narices).—¡Coime! ¡No tendrá frío la pepona! (Chi-



UN PUEBLO DE CASTILLA

Bajo el cielo inclemente,
tendido en la llanada
—como un púgil vencido,
sin coraje y sin armas,
partida en cien pedazos la espada reñidora,
deslucido el penacho y hundida la coraza—,
yace este pueblo adusto
de la Castilla heroica, hogaño resignada,
mostrando el torvo ceño de sus casas de piedra
con podridas ventanas
y puertas deleznales
de gemidoras tablas,
con débiles balcones
de vieja balaustrada,
y escudos centenarios
que decoran las hiedras y el jaramago esmalta.
La silenciosa torre
del viejo Consistorio perfila su espadaña
en el azul espléndido,
lo mismo que un fantasma,
silenciosos los broncees
de sus roncadas campanas,
rota la blanca esfera del reloj misterioso,
cuyas agujas marean
una hora dolorosa de ruina y vencimiento,
sin recias gallardías ni locas esperanzas.
¡Y es esta la Castilla
de fieras arrogancias,
la gloriosa Castilla que canta el Romancero
en versos inmortales, orgullo de la raza?
¿Es esta la Castilla sin par en las historias,
el victorioso pueblo de poema y de fábula,
que paseó su nombre bajo todos los cielos
en un brío de seda ó en un sagal de lana,
grabado en el flotante cordón de una bandera
y escrito en cifras de oro en la hoja de una espada?
Aquí fué... Lo pregonan
las piedras centenarias



y esosertos escudos
de orgullosos cuarteles y leyenda borrada.
Al pie del Consistorio,
y al son de sus campanas,
formóse en un instante la hueste de Juan Bravo,
y, fiera y desbordada,
rugiente como un río,
como un coreel indómito, dejó escapar su rabia,
amenazando el férreo dominio de los reyes,
pidiendo libertades y dando la garganta
al tajo del verdugo,
como el mejor trofeo de orgullo y de arrogancia.
Aquí fué... Pedro Crespo
enarbó su vara
de alcalde y de justicia,
y por el pueblo hablando, tuvieron sus palabras
acentos inflexibles,
razón tan firme y clara,
que dió á la villanía
contra el poder más fuerte, la decisión más sabia,
con que juzgar ofensas cuando á la vida importan
y castigar injurias cuando el honor maltratan.
¡Y es esta la Castilla
del yelmo y de la lanza,
la que del surco hacía cuartel de su nobleza,
bláson de su anguarina y manto de su capa?
La misma... Pero, dueñe,
tendida sobre el llano de su bregar descansa,
mientras las manos jóvenes le bruñen los arreos
y el nuevo sol alumbrá sus líricas jornadas.
Despertará... Y entonces,
este pueblo dormido sobre la tierra parda
tornará á sus justicias, mientras puebla el espacio
de sonos inmortales la voz de sus campanas.

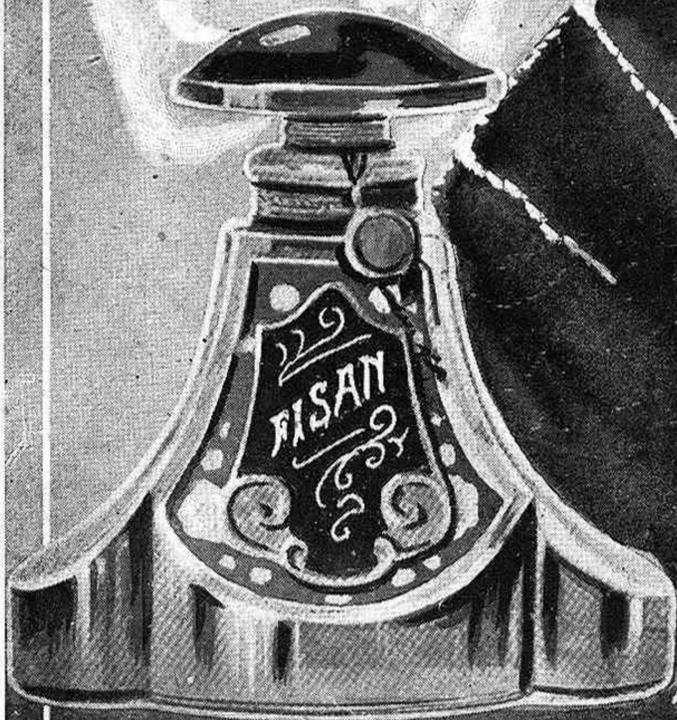
José MONTERO

DIBUJO DE MIGNONI



HELIOS

FISAN



ATRAE, ENCANTA, FASCINA
la belleza de la mujer que usa
CREMA FISAN

sin grasa, en preciosos tarritos
de Talavera

LOCIÓN FISAN, POLVOS COLONIAS,
ROM-QUINA, ESMALTES, DENTIFRICOS, ETC, ETC.

Estuche de propaganda: 4 productos 1 peseta

LAMARCA

Lámparas

"METAL"



Compañía General Española de Electricidad
APARTADO 150

PUERTA DEL SOL, NUM. 1

MADRID

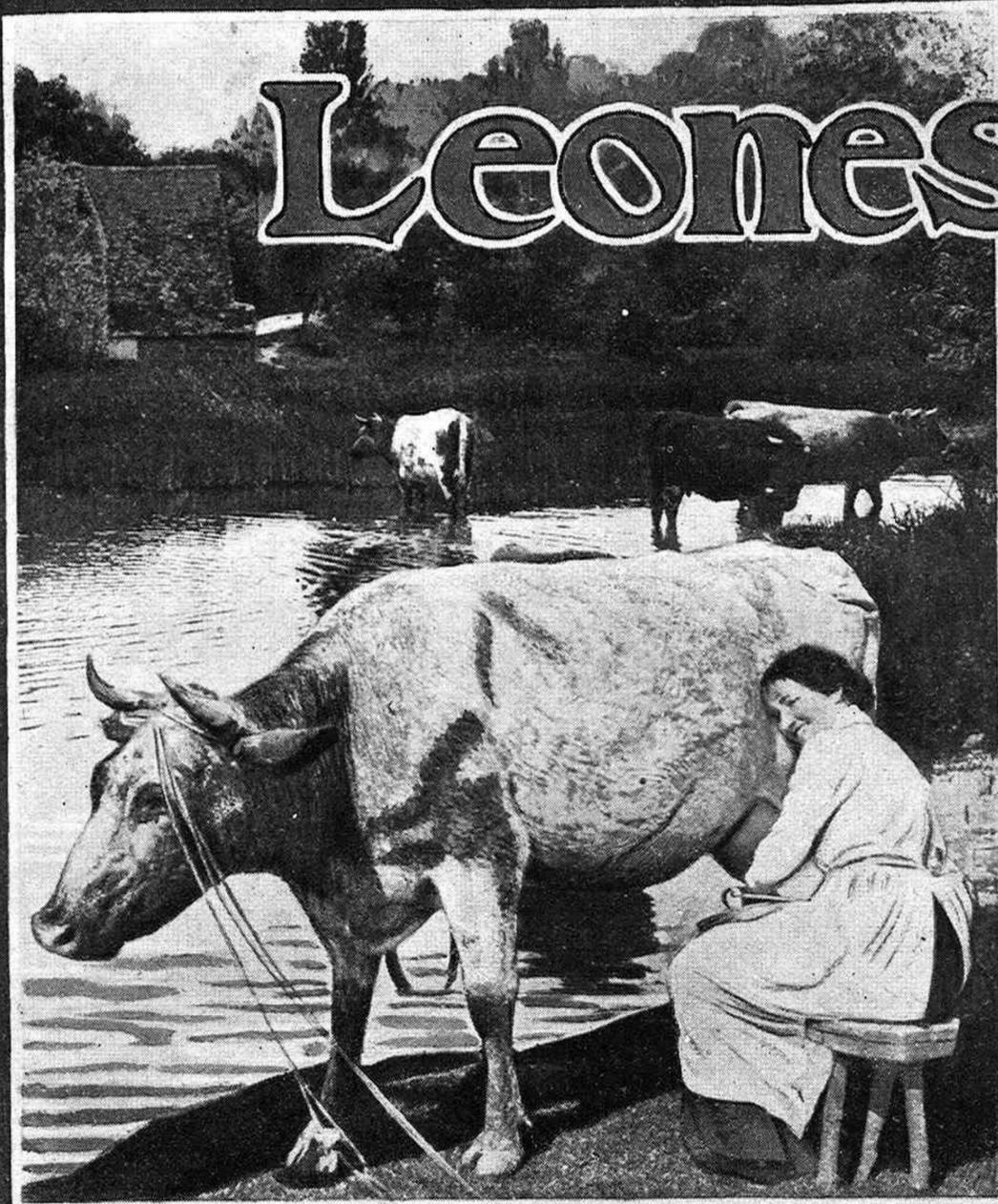
Las

UN REGALO "IDEAL"
PARA NAVIDAD Y AÑO NUEVO

Mantequeras

Leonesas

sin competencia
en
precios, y calidad



sin competencia
en
calidad y precios.

Comestibles finos

LAS MEJORES
MANTECAS y QUESOS

se venden en

LAS MANTEQUERÍAS LEONESAS

Nicolás María Rivera, 8. y 10-MADRID



¿Como curaría yo esta maldita jaqueca que me agobia constantemente?

Con el **SELLO YER** que solo cuesta **30 centimos**
y cuyos maravillosos resultados son instantáneos.

CAJA CON 12 SELLOS 3 PESETAS

De venta en todas las farmacias y droguerías

HELIOS.

El Cafeto



Estos exquisitos cafés tostados, marca "EL CAFETO", han obtenido grandes premios y medallas de oro en las Exposiciones de Londres, París, Marsella, Barcelona, Lyon, Nápoles, Amsterdam y Milán.

Hernán Cortés, 7. Almacén de coloniales. Teléfono M-973

Fuencarral, 33 (sucursal) Teléfono M-963

No hay mayor deleite que el ejecutar en uno de los artísticos Autopianos de la Casa Hazen



AUTOPIANOS
R. S. HOWARD
STROHBER Y ESTEY
de
New-York

CASA HAZEN Fuencarral, 55 Madrid

FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLANES, 12
Camisas, Guantes, Pañuelos,
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.

MOTOCICLETAS de 2 1/4, 4, 5 y 7 HP.
Indian AUTOMÓVIL SALON
BARCELONA: MADRID: VALENCIA:
Trafalgar, 52 Lagasca, 103 Paz, 33

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

CONSERVAS TREVIJANO
LOGROÑO

ARTURO VENTURA
GRAN PELETERÍA
1.ª Casa en modelos
CARMEN, 29, pral.-Teléf.º M-3.607.- Madrid

Para perfumar la boca
DENTALINA
Para conservar la dentadura
DENTALINA
1,25 ptas. frasco
CARMEN, 10, ALCOHOLERA

TINTAS
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS
DE
Pedro Closas
ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70 BARCELONA
Despacho: Unión, 21

RAMOS Bisofnés y postizos que
forman el poro natural, invención de esta casa, y recomendando su perfección. Se aplican tinturas y se hace la ondulación Marcel,
Huertas, 7, Madrid

ALCOHOLATO
Suaviza la piel
ALCOHOLATO
Para fricciones.
ALCOHOLATO
Perfume exquisito.
ALCOHOLATO
de Rosa, Quina, Violeta, Jazmín, Heliotropo ó Romero. Frasco, 6, 3 y 2 pesetas.
CARMEN, 10, ALCOHOLERA



—¿A qué se debe que antes no abundaban, como ahora, las mujeres bonitas?
—A que antes eran contadas las que usaban PECA-CURA, y ahora la usan casi todas las mujeres.

Jabón, 1,40.—Crema, 2,10.—Polvos, color moreno (siete matices), rosa ó blanco, 2,25.—Agua cutánea, 5,50.—Agua de Colonia, 3,25, 5, 8 y 11 pesetas, según frasco.

PROBAD los jabones, **PROBAD** los polvos color moreno (siete matices), rosa ó blanco, serie "IDEAL", perfumes: ROSA DE JERICO, ADMIRABLE, MATINAL, ROSA, GINESTA, CHIPRE, ROCIO FLOR, MIMOSA, VERTIGO, ACACIA, MUGUET, CLAVEL, VIOLETA, JAZMIN
3 pesetas pastilla; 4 pesetas caja. **NINGUNO** los supera, **NINGUNO** los iguala en perfume, clase ni presentación.—Últimas creaciones de Cortés Hermanos, BARCELONA.

Lea Ud. los viernes
la revista ilustrada

NUEVO MUNDO

40 céntimos número en toda España



"ENCICLOPEDIA ESPASA"

ALHAJAS

BRILLANTES, PERLAS, ORO, PLATA Y PLATINO SE PAGAN COMO EN NINGUNA PARTE :: VENTA DE BANDEJAS, CUBIERTOS, VAJILLAS Y VARIOS OBJETOS PLATA DE LEY, AL PESO FERNANDEZ Y VEIGA, ESPARTEROS, 16 Y 18, TELEFONO 2.529, MADRID

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista.
Dirigirse á Hermosilla, número 57.

ENCOMIENDE USTED LA DEFENSA DE SUS INTERESES A LA NOTABILÍSIMA OBRA TITULADA



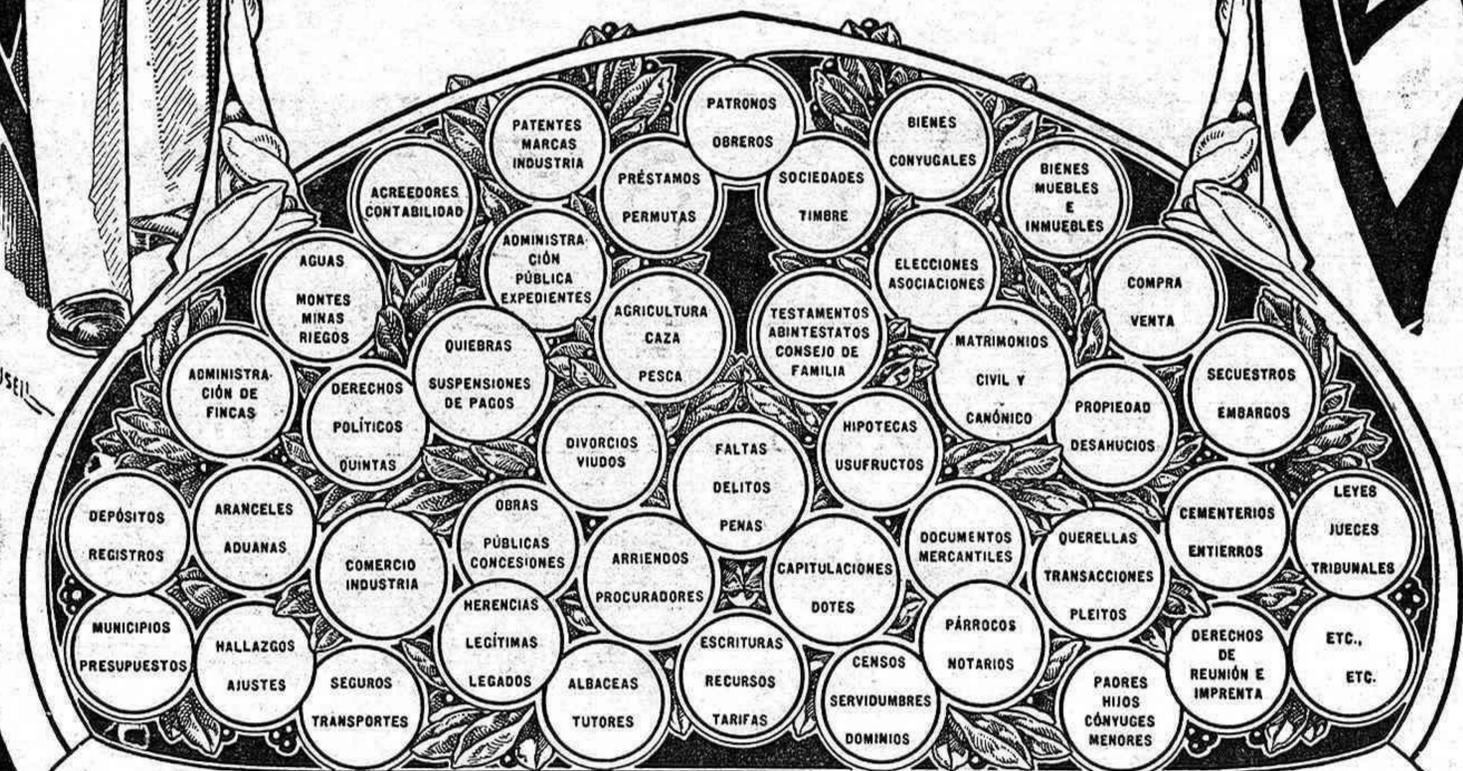
SEIS TOMOS
VOLUMINOSOS
17 1/2 X 26 Cms
ENCUADERNADOS CON UN
TOTAL DE 3755 PÁGINAS
Ptas 73
VENTA A PLAZOS
Y AL CONTADO

EL ABOGADO POPULAR

SEXTA EDICIÓN

El conocido publicista D. Pedro Huguet y Campaña ha reunido y expuesto en ella, con claridad y concisión admirables, todo cuanto se refiere a la vida legal del individuo y de la sociedad en España, presentando, avalorados con las respectivas citas legales, todos los casos en que se deba tener en cuenta el factor ley. Imaginando una serie interminable de consultas, desarrolladas en forma dialogada, hechas por un cliente a su abogado y contestadas por éste, aclarando dudas y poniendo ejemplos sobre todos los casos de la vida, y ampliadas con nutridas secciones de modelos de escrituras, testamentos, recursos y escritos dirigidos a las autoridades, tarifas, aranceles, formulario jurídico, etc., etc., se comprenderá en seguida que es, en resumen, una obra práctica, útil é

INDISPENSABLE PARA TODOS



"CALPE"

Compañía anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones:
Consejo de Ciento, 416 y 418.—Apartado de Correos 89
BARCELONA

LA PAPELERA ESPAÑOLA COMPañIA ANONIMA BILBAO

CAPITAL: 30.000.000 PTAS.

FABRICAS DE PAPEL

Aranguren. = Arrigorriaga. = Rentería Nueva. = Rentería Dieja. = Illarramendi. = Olarrain. = Dillava. = Palazuelos.

Sobres

Tarjetas

FABRICAS DE PASTAS

Aranguren. — Rentería. — Tolosa. — Villava. Palazuelos

TALLERES

Madrid. = Barcelona. = Tolosa. = Aranguren. = Arrigorriaga. Rentería. = Segovia.

Resmillería

Blocks

ALMACENES Y DEPOSITOS

Alicante. = Barcelona. = Bilbao. = Cospaña. = Gijón. = Madrid. = Málaga. Sevilla. = San Sebastián. = Valladoid. = Valencia. = Zaragoza. = Alcoy. Oviédo. = Pamplona.

Dirigid toda la correspondencia á

LA PAPELERA ESPAÑOLA

DELEGACIÓN EN MADRID: FLORIDA, 8

Dirección telegráfica: "Papelera"

Telefono núm. 1.498 J.

Apartado de Correos 316